m. a. lafae

LA COMUNIDAD

Una história de MicroTerrores.



LETRAS
ETERNAS

LA COMUNIDAD

Una historia de MicroTerrores

m.a. lafoz

Copyright © 2024 Miguel Ángel Lafoz

Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni trasmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empelado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Diseño de portada:
Noel Casells Bolinches (@messinfot)

Maquetación: Virginia Salazar (@vi.the.designer)

Corrección: Sonia Martínez Gimeno (@soniacorrectora)

INTRODUCCIÓN

Llega a casa temprano. Otro día igual a ayer y a anteayer. El cielo se tiñe de un ocre apagado, convirtiendo en fuego el horizonte que se esconde tras los tejados. De repente, su rabillo del ojo vuelve a advertirle… el vecino le espía de nuevo a través de las cortinas. Se vuelve, la sombra desaparece. Entra en casa, desde la distancia, la placa domótica le devuelve su enloquecedor parpadeo. Disgustado, se aproxima a ella, observa el pequeño fallo en el sistema. Desde hace unas semanas todo parece fallar a su alrededor. Aprieta varios botones. Todo parece correcto, pero la pequeña alarma que parpadea debe significar algo, está convencido de ello. La cafetera reclama de repente toda su atención, a través de un fuerte pitido repentino. Enfadado, golpea con el puño el cristal de la pantalla que tiene frente a él.

—Cariño, no creo que esa sea la mejor forma de arreglar las cosas.

Se gira. Mirta lo mira, apoyada en el marco de la puerta. Un fino camisón cubre su cuerpo desnudo. La observa atontado. Es lo más parecido a la perfección que ha conocido a lo largo de su vida.

—Últimamente todo falla —dice, a modo de excusa.

La mujer permanece callada. En su mirada hay… ¿reproche? «Últimamente todo son reproches», parece escuchar en el interior de su cabeza. Pero no, no todo son imaginaciones suyas. Mirta no puede esconder nada en la mirada de silicona presintética. Observa cómo, paciente, se acerca a la cafetera (que sigue pitando enloquecida) y la aparta del fuego. Si él hubiera hecho eso… ahora estaría gritando enloquecido por haberse quedado sin yema de los dedos. La mujer lo hace con esa sonrisa eterna que siempre parece

adornar sus labios. Su estructura molecular mataría de placer a los más grandes investigadores de la Tierra, si tuvieran acceso a ella.

—¿Qué tal el día? —pregunta, dejando un café oscuro y denso sobre la mesa de la cocina.

—Igual que todos —refunfuña en modo «niño enfadado». Al mirar a los ojos de la mujer, vuelve a observar… ¿reproche en su mirada? Es imposible, ¿o no?

Durante unos segundos, la estancia se llena de un silencio denso.

—He vuelto a pillar al vecino espiando —dice al fin, intentando cambiar de tema, tal vez más por necesidad propia que por ella.

La muchacha mira hacia la izquierda, como si pudiera traspasar las paredes que ahora mismo les rodean. Su cerebro, piensa, tal vez esté ahora mismo procesando la información que le acaba de proporcionar. Al cabo de unos segundos, se gira hacia él. Sonríe.

—Tómate el café antes de que se enfríe, cariño. Te tengo preparado el baño.

El hombre observa cómo se levanta y se marcha, tranquila. Toma el café, mientras vuelve a pensar en ese montón de cosas que últimamente sobrevuelan su cabeza. Algo no marcha bien… y no sabe si es cosa de él o del diabólico mundo que le rodea. Despertó en aquella comunidad hace ya muchos años. Mirta apareció poco después, endulzando su vida. Desde entonces, el despertador suena todos los días a las siete y media de la mañana. Trabajo estable de oficina, sueldo considerable, amigos envidiables y esposa servicial. Sí, servicial en todos los aspectos. La primera noche que fue seducido por su «esposa» supo que no era real. Su tacto, la suavidad de sus labios, el deseo anclado a sus pupilas. No, aquello era una especie de ¿máquina?

Pero todo era tan bueno… Sí, se dejó llevar. ¿Quién había sido él hasta aquel día? Un desgraciado. Ahora el mundo parecía girar a su alrededor, y ese mundo había comenzado a fallar desde hacía unas semanas.

La luz roja de aquella pantalla domótica sigue parpadeando. Una alarma que le confirma que algo no va bien. Mira a través de la ventana del enorme salón que hay a su espalda. Malos augurios provocan un retortijón en sus entrañas.

Se levanta. Sale corriendo de casa. Ya es noche cerrada. La puerta de su vecino está entreabierta. Corre hacia ella. Cuando entra al comedor de la vivienda, se encuentra un espectáculo dantesco. Mirta golpea sin control la cabeza de aquel pobre hombre, ya convertida en un amasijo de carne, huesos desquebrajados y masa encefálica. En su mirada hay un triunfo difícil de asimilar. Siente que se le descompone el cuerpo. Todo está salpicado de sangre espesa. Da dos pasos hacia atrás. La puerta por la que segundos antes ha entrado se ha medio cerrado y su espalda golpea contra la madera. Hace el ruido suficiente para que la mujer se vuelva hacia él, en su mirada ya vuelve a reinar la calma que la caracteriza.

—Cariño, ¿ya te has duchado? —pregunta tranquila, la sangre le gotea por los pómulos blancos de porcelana que tantas noches ha besado.

Horrorizado, intenta no perder el conocimiento. Mientras, la mujer se levanta con facilidad del suelo y, limpiándose las manos en la fina tela que acaricia sus caderas de infarto, se aproxima a él y lo toma con fuerza por la cintura, antes de que le fallen las piernas y caiga al suelo.

—Vamos a casa —le susurra, sensual, al oído.

Usando su fuerza sobrehumana, lo saca de aquella carnicería. El hombre, desorientado, asiente en silencio, sin poner resistencia. Su último pensamiento es para aquella alarma que desde hace días

rompe la tranquilidad de su vida, en aquella idílica comunidad en la que le tienen prisionero…

PARTE UNO

BIENVENIDOS A LA COMUNIDAD 2037...

EDWARD

Siempre tuvo la sensación de que su vida había sido un sueño. Su infancia borrosa, junto a esos progenitores desprovistos de cualquier tipo de empatía. Hijo único. Viviendo en las afueras de aquel pueblo medio abandonado. Sin apenas relación humana significativa.

Lo llevaban a un colegio en el que apenas había una docena niños. Al ser el más pequeño de todos, pues debido al reducido número, todos ocupaban la misma aula aunque tuvieran edades distintas, tuvo que acostumbrarse al extraño vacío de sus profesores… que sentían más necesidad de aplicar sus conocimientos sobre los más adultos, intentando evitar que acabaran esclavizados por la tierra, como les había ocurrido a sus padres y hermanos. El niño estaba terriblemente acostumbrado a ese vacío, y apenas le importaba. Se sentaba en una esquina, tomaba con destreza (para su edad) aquellas ceras de colores que tanto le gustaban y dibujada sin parar lugares imaginarios en los que conseguía esconderse de todo aquello que le rodeaba. Hasta que la profesora, con pesar, le tocaba el hombro suavemente, avisándole que su madre ya le esperaba fuera, siempre con cara de fastidio, fumando un cigarro tras otro (la causa de su muerte años después).

Creció sin el cariño de una madre. Su padre hizo lo que pudo, a su manera. Nunca le faltó nada ni recibió un bofetón injustificado. No fue de ese tipo de padre. Pero nunca recibió amabilidad ni frases de aliento. Habría sustituido una cosa por otra de buen grado.

Fue carne de cañón. De decenas de niños como él se alimentaba aquel asqueroso agujero llamado «pueblo» para permanecer habitado. De niño se convirtió en joven, de joven en adulto. Algunos de los niños que compartieron aquellas mismas

aulas ahora eran sus vecinos. La profesora no hizo del todo bien su trabajo, supongo, y siguieron los pasos de sus padres, cuidando tierra yerma que apenas daba para seguir subsistiendo, en un mundo de intercambios comerciales en el que cada vez apretaban más al que hacía y ganaba más el que se mantenía de brazos cruzados. Era el mundo que les había tocado vivir. Nada se podía cambiar.

Su padre murió de un infarto frente a él, un buen día, mientras trabajaban bajo un sol de justicia. Nunca lloró su ausencia. Apenas sintió algo cuando lo enterraban. Todo quedó a su nombre, pues no había nadie más con el que compartir lo poco que quedó después de la trágica muerte. Al día siguiente, se levantó a trabajar como si nada hubiera ocurrido.

El muchacho se convirtió en hombre con el paso de los años, mientras el mundo a su alrededor se marchitaba entre interminables jornadas de trabajo, duras tareas y sequías impredecibles. No todos supieron superar aquellos terribles años, no todos consiguieron mantenerse a flote. Edward no era como los demás en muchos aspectos. Era listo, decidido y tenía una cosa muy clara… No quería morir como su padre, en medio de aquel estercolero. Por eso se trabajó amistades necesarias, como él las denominaba. Se ganó la confianza de comerciantes y distribuidores de sus productos. A base de engaños, en los que se dejaba embaucar por seres sin escrúpulos, vendiendo cereales y legumbres a bajo coste, se benefició de relaciones más íntimas e interesadas. Se forjó alianzas importantes. Pasó muchas tardes de charlas y cervezas con agentes comerciales de trajes y zapatos caros. Aprendió. Mintió. Engañó. Se dejó engañar.

Un día, uno de esos tipos le ofreció una oferta que no pudo rechazar. Le abrió las puertas de algo distinto. Solo tenía que dejarse llevar. Y lo hizo. No tuvo vértigo alguno de vender todo cuanto tenía, meter en una mugrienta maleta los cuatro trapos viejos con los que cubría su exiguo cuerpo y marchar a la ciudad. Por aquel entonces, se compraban bien sus conocimientos sobre materias primas,

temporadas de cultivo y el aprovechamiento malicioso del analfabetismo rural. No es que él fuera un lumbreras, nunca lo fue ni se las dio de ello, pero supo cobijarse bajo buenos y gruesos árboles.

La ciudad no fue mucho más benevolente con su vida, ni mucho menos. Un piso diminuto, una finca mugrienta, las afueras de una ciudad ruidosa. Pero cualquier cosa parecía el paraíso al lado del lugar del que procedía. El trabajo de comercial le daba para llegar a final de mes sin tener que mendigar. El paso de los días se hizo más placentero. Nunca necesitó mucho más, se había criado en un mundo de muy pocas cosas.

ΔΔΔ

Pasó el tiempo, los días se convirtieron en meses, los meses en años, y poco a poco se fue borrando de la parte más oscura de su mente ese pasado del que creía que nunca iba a poder desprenderse.

Y aunque es cierto que, mirándolo con frialdad, se había metido en otro bucle del que tampoco iba a resultarle nada fácil salir… no hay infierno indeseable si es uno mismo el que se lanza con gusto al caldero hirviendo.

Edward supo adaptarse al pesimismo del paso de sus días, a ese despertador que, sin misericordia, rompía sus pesadillas temprano para devolverle a ese mismo hoy que parecía encallado con rabia en las paredes de su cuarto, a esa soledad autoimpuesta, a ese despreciable trabajo mal remunerado, a ese gris opaco en forma de ciudad que se dibujaba en el cristal sucio de su ventana…

Hasta aquella extraña mañana en la que todo cambió.

LA CASA

Despierta en el suelo, dolorido y roto. No se acuerda nada de lo que ha ocurrido en las últimas horas. Recuerda haberse levantando, como cada día. Un desayuno rápido y una ducha caliente. Salir de casa acelerado. Llegaba tarde a alguna parte. Tomó un taxi, sí… tomó un taxi. Tenía una reunión con alguien del mundillo y la dirección estaba en la otra punta de la ciudad. No es que viviera en un lugar muy extenso, apenas quince minutos de punta a punta, pero no tenía ni cinco para llegar fuera del plazo fijado. El taxi que descansaba a los pies de su edificio le pareció, en un primer momento, la solución más acertada.

No recuerda al conductor. Sí recuerda una conversación acelerada. De esas de tiempos, fríos y chorradas. Él afirmaba, sin apenas mover los labios. Nunca tuvo un buen despertar. Tampoco estaba acostumbrado al trato personal… salvo que fuera estrictamente profesional. Bonito cóctel para mantener una conversación agradable.

Llegó a tiempo a la cita. Lo sabe porque miró el reloj y, asombrado, observó que apenas se habían movido las manecillas. Pagó y bajó corriendo… dejando colgado un «que pase un buen día» en los labios del conductor. Por supuesto, al que no correspondió.

Tiene algo borroso cómo era el edificio que se mostraba ante él. ¿Oscuro? ¿Grande? No recuerda los pisos que tenía ni el nombre de la calle. Recuerda que le dio un papel con su nombre escrito al conductor del taxi. Se mete las manos en los bolsillos, por si acaso, pero no encuentra nada en ellos. Sí recuerda una cosa, algo que le llamó la atención en aquel momento. Las persianas de todas las ventanas estaban bajadas. Pensó que el interior estaría oscuro, demasiado… lo cual no tenía sentido alguno si el sol ya alumbraba

con fuerza el horizonte. Miró en todas direcciones y no encontró nada que le llamase la atención. Entonces entró en el edificio.

Como se temía, el interior estaba oscuro como una cueva siniestra. Intentó localizar un interruptor. Tras comprobar que aquel portal no era de esos que se iluminan de forma automática al detectar movimientos, fue el azar el que le hizo encontrar la clavija que dio luz a la estancia.

Recuerda sofás oscuros, un recibidor vacío frente a un mueble de madera. ¿Tal vez el lugar ocupado por un conserje en algún otro momento? Recuerda una planta de extensiones exageradas en una esquina. Desorientado, recuerda que buscó algo que le ayudara a saber hacia dónde dirigirse. Tenía una dirección, nada más. En aquellas paredes vacías no encontró ni carteles ni anuncios ni nada. ¿Y ahora qué?

Desde el suelo en el que se ha despertado hace unos minutos, soportando un dolor intenso que le taladra la parte trasera del cráneo, recuerda algo más, algo que le hace estremecer. La luz se apagó de repente. Se asustó mucho. Si la estancia no disponía de ningún sensor o temporizador… eso solo podía significar que alguien la había apagado a consciencia.

Como respuesta a sus miedos, notó un movimiento a su espalda. Se volvió justo en el momento que algo le golpeaba el cráneo de forma contundente.

ΔΔΔ

Una claridad exagerada es la causa de su vuelta al mundo.

Está en el suelo, bocabajo. Aún nota el sabor metálico de la sangre en su boca. Sus primeros intentos de incorporarse son infructuosos. No le responde el cuerpo. Intenta abrir los ojos, pero tanta luz le hace daño. Tras unos segundos, se percata de que se trata del sol, que entra con fuerza a través de una persiana que, tal vez, se ha puesto en marcha de forma automática. Nota calor en la

piel, aunque sigue sintiendo un frío atroz recorriendo su columna vertebral.

Poco a poco comienza a notar, a través de pequeños calambres, que su cuerpo le responde. Se alza, como buenamente puede, mientras su mirada acaba de aclararse y es capaz de observar cuanto le rodea. Está en una amplia sala con sofás, mesa en el centro y enorme televisor encastrado a la pared. Unos grandes ventanales, los que durante minutos han cegado su mundo, le muestran un enorme jardín de césped bien cuidado. Al volverse, puede observar una cocina, unida a la estancia en la que se encuentra de forma diáfana, y unas escaleras que supone que darán a un piso superior. Todo es de color claro y algún material plástico que no es capaz de definir del todo. Parece el típico piso piloto que te enseñarían en una de esas obras americanas antiguas de urbanizaciones de los años setenta. ¿Dónde coño está?

No sabe muy bien qué hacer. La desorientación es total… y las fuertes punzadas que recorren su cabeza, como rayos enfurecidos en una tormenta apocalíptica, no son de gran ayuda. Decide dirigirse hacia su derecha, ha observado un enorme portón que entiende que será la salida al exterior. Trastabilla ligeramente hasta llegar a él. Apoya la mano sobre el pomo de bronce e intenta girarlo. No puede. Lo vuelve a intentar. Se enfada al darse cuenta de que apenas es capaz de moverlo.

Vuelve al centro del salón. Va hacia las enormes ventanas. Apoya las palmas de las manos sobre el cristal y nota el calor que desprenden. Un nuevo relámpago, en forma de dolor, hace que instintivamente se lleve una de sus manos a la coronilla. Nota la sangre seca que apelmaza sus cabellos. ¿Cómo mierdas ha llegado hasta allí?

Llama su atención un movimiento tras la valla de madera que delimita el jardín de su propiedad de la que se encuentra justo detrás de la suya. No es una valla muy elevada, por lo que

presupone que la figura que se esconde detrás de ella debe de estar agazapada.

Comienza a gritar, con todas sus fuerzas, mientras golpea el cristal cada vez con una rabia más difícil de controlar. Pero enseguida se da cuenta de que su grosor es endemoniado. Ningún ruido del exterior se filtra a través de ellos al interior de la estancia. Supone que ninguno de sus gritos se oirá fuera de ella.

Maldiciendo todo cuanto conoce en este mundo, baja la mirada a una pequeña mesita de ese mismo material plástico que le ha pasado inadvertida en un principio. Las cortinas descorridas y atadas a ambos lados de los ventanales la han tenido medio escondida en todo momento. Sobre ella descansa un teléfono antiguo, de esos que se unen a la red a través de cables… y un montón de hojas unidas entre ellas gracias a un muelle de gusanillo negro, formando un arcaico libro.

Lo toma entre sus dedos. En la portada se puede leer…

CAPITULO PRIMERO
ESPECIFICACIONES BÁSICAS

LOS DÍAS DE ADAPTACIÓN

Lleva cuatro días conviviendo con aquel cómodo sofá, desde el que es capaz de controlar gran parte de la planta baja de aquella casa. Ya sabe muchas cosas, aunque apenas sea capaz de comprender nada. El manual de instrucciones (porque realmente eso es lo que tiene entre sus manos) le ha descrito, entre sus páginas, una locura sin límites en la que algo o alguien le ha introducido sin permiso. Planos de la vivienda, funcionamiento de los electrodomésticos, temporizadores domóticos de inteligencia nano-milimétrica, horarios predefinidos de una vida entera. Casi todo tiene cabida en esas páginas. Las ha leído tantas veces… que muchos de los folios han quedado sucios y arrugados por culpa de su poco cuidado. Pero aun así no encuentra razón alguna para todo aquello.

En la parte inferior de la vivienda, además de la enorme sala donde se encuentra y la cocina, hay un baño casi tan grande como el apartamento en el que vagamente recuerda haber vivido hace unos días, en otra vida que en ocasiones ya le parece sacada de un sueño. Subiendo las escaleras, hay tres habitaciones. Una de matrimonio y dos más pequeñas. ¿Tal vez de niños? En su interior no hay nada, pero la pintura de las paredes y algunos detalles nimios le hacen pensar que están preparadas para posibles futuras descendencias. Otro baño, totalmente equipado, finaliza la estancia. El suelo es de tarima de madera delicada. Las paredes no tienen ni un desperfecto. Todo está extrañamente limpio y ordenado.

Vuelve a sentir un extraño escalofrío recorrer su espalda. Mira de reojo el frigorífico. Se ha percatado de que todos los días amanece completo y ordenado. Las persianas se alzan solas a las siete y media de la mañana, cuando el sol ya domina el horizonte. Hoy ha corrido de nuevo al electrodoméstico. Ayer lo desordenó a

conciencia. Al abrir la puerta, todo estaba en su sitio, repuesto, perfecto. Y eso le hace pensar…

Ha intentado permanecer despierto alguno de estos días. Sin embargo, siempre acaba sucumbiendo a un cansancio repentino. ¿Comida narcotizada? No tiene ninguna sensación en el estómago que le haga concluir tal cosa. ¿Algún tipo de gas en el ambiente? Es posible, hay infinidad de rendijas blancas disimuladas en muchas partes de la casa. Quiere pensar que es la climatización. Pero también es cierto que nunca acaba viendo cuando se bajan las persianas. Y siempre se despierta con la nueva apertura, y el endiablado sol.

¿Quién está detrás de todo esto? ¿Y por qué?

Vuelve a mirar el libro. De eso nada indican sus páginas ya arrugadas.

La puerta continúa cerrada. Ha intentado romper alguna ventana, forzar alguna salida, pero parece imposible. En el manual también se habla de la central domótica que lo controla todo desde la cocina. Está recubierta de un cristal similar al de las ventanas. Parece irrompible. Lo ha probado casi todo. Es como si los materiales de aquel lugar pertenecieran a otro planeta, que tuvieran una estructura molecular diferente a todo lo conocido. Aunque también es cierto que él no está muy puesto en esas cosas. Él solo conoce de cereales y legumbres, y de épocas de cosecha. Como mucho, alguna que otra novedad en forma de aperos de labranza. Pero tampoco es tonto, lleva ya tiempo viviendo en una gran ciudad y entiende lo que es posible e imposible. Y todo aquello parece…

Vuelve a centrarse en las páginas de su manual de instrucciones. A parte de la utilización y uso de las cosas relacionadas con el día a día, poco más indica. Las últimas páginas, casi diez del total de las cuarenta y pico que lo forman, son advertencias de cosas que no se pueden hacer. Apenas las ha leído, enfadado por la situación y la sinrazón en la que vive desde que está encerrado en esa casa.

De repente, algo vuelve a llamar su atención. Observa, a través de los grandes ventanales, como el vecino vuelve a observar a través de las rendijas de la valla que delimita sus propiedades. Ya no se alza, como en otras ocasiones, intentando llamar su atención. Sabe que es imposible que le escuche. Lo ha intentado casi todo. Además, el hombre tampoco pone demasiado interés en comunicarse. Podrían haberse hecho señas. Se siente derrotado.

Y para colmo, sigue sin recordar apenas nada de lo ocurrido en aquel edificio, al que no sabría volver si la vida le diera una segunda oportunidad. ¿Qué demonios le ocurrió en su interior? ¿Fue aquel lugar el comienzo de toda esta locura?

Suspira, cansado de darle vueltas a las mismas cosas. Y al regresar a la quietud de su sofá… ve por primera vez que sobre la mesa donde sigue descansando aquel viejo teléfono (que sigue sin línea, por supuesto) ha aparecido otro montón de hojas unidas por un alambre con forma de gusanillo negro.

Durante unos segundos se queda quieto, paralizado. Un miedo extraño le revuelve las tripas. Ese montón de folios no estaba ahí hace tan solo unos minutos. Al final, los coge, con desconfianza. Es estúpido… tal vez simplemente no se haya fijado en ellos hasta ahora.

Les da la vuelta, despacio.

En la portada puede leer…

CAPITULO SEGUNDO
LA COMUNIDAD

LA COMUNIDAD

Bienvenido a la Comunidad 2037,
donde todos tus sueños se hacen realidad…

Vuelve a releer la primera frase de ese segundo libro que alguien ha dejado sobre lo que en un primer momento confundió con una simple mesa, pero tras un concienzudo análisis, ha constatado que se trata de alguna extraña máquina que, sin saber con claridad su funcionamiento, es capaz de extraer de sus entrañas manuales de instrucciones que han convertido sus sospechas en realidades. Sí, aquel agujero en el que despertó hace ya más de una semana… es una puta locura difícil de asimilar.

Vuelve a releer una y otra vez aquella primera frase, mientras involuntariamente vuelve a frotarse la nuca, justo en la zona donde tan explícitamente le indica una página de aquel libro que le han insertado una especie de mini microprocesador. No lo nota. No lo puede ver, por mucho que se haya inspeccionado frente a todos los espejos que hay en el interior de aquella casa. Los manuales no le han mentido en ningún otro aspecto, ¿por qué iban a hacerlo en esta ocasión?

No es dañino. No es de geolocalización. En la Comunidad tendrás plena libertad de movimientos. No es ningún tipo de controlador ni inhibidor de acciones. Solo nos servirá para tener plena conciencia de que aceptas todos los términos del contrato con la compañía. Cuando estés preparado, se activará de forma automática. Se alimenta de tu córtex cerebral. Él nos indicará el momento exacto en el que tu cuerpo y tu mente estarán preparados para dar el siguiente paso. Y el siguiente. Y el siguiente…

Ha releído ese párrafo miles de veces. Ha llegado a la conclusión de que el siguiente paso será, tal vez, que se abra la maldita puerta que lo tiene preso entre aquellas paredes. O que se libere el cristal irrompible que protege la placa domótica que parece controlar todos los movimientos de la casa. Quien sabe qué más pasos serán.

Por ahora todo sigue igual. Bueno, todo no. La tranquilidad ha llegado a su cuerpo después de más de una semana dentro de esa casa. Ha decidido dormir en la habitación confeccionada para ello. Ya se alimenta con regularidad con los alimentos que cada día aparecen en su frigorífico. Ha dejado de preguntarse el porqué de muchas cosas que mueven los engranajes de su nueva vida. Si duerme gracias a algún tipo de fármaco o narcótico que desprende la casa en algún determinado momento del día… ¿Qué más da? No parece dañino para su salud. Al contrario, se encuentra mejor que nunca, tanto de salud como de fuerza física.

Ha perdido la ansiedad de su jornada de cientos de horas de trabajo semanal. Ahora tan solo se alimenta, hace ejercicio con los instrumentos que le indicaron en una de las páginas de los manuales que podía encontrar en uno de los cientos de armarios que hay ubicados, de forma estratégica por toda la casa. Lee y relee cientos de veces esos manuales y curiosea los movimientos extraños de su vecino, para él tan solo una sombra que se esconde entre tablones de madera.

Y aunque aún le genera cierta molestia el seguir intentando abrir la puerta que da acceso al exterior… sin conseguirlo, cada vez se molesta menos por las limitaciones que su nueva vida le ha autoimpuesto.

El segundo de aquellos volúmenes, que ha estudiado a conciencia, le detalla todos los pormenores y curiosidades que podrá encontrar en la Comunidad en la que despertó hace ya casi diez días. Supone que este segundo manual le ofrecerá mayor rendimiento en un futuro, cuando finalice su cautiverio. Mapas,

localizaciones, servicios, parques… Todo está debidamente detallado. Una ciudad entera. Y aunque es intrigante que llegado a un determinado punto, solo la nada parezca rellenar los huecos de las páginas, da la sensación de que en aquel lugar no se ha escatimado en esfuerzos ni ganas para que los miles y miles de individuos que allí parecen convivir (porque también hay datos sobre demografía, franjas de edad, sexos e incluso de animales domésticos) lo hagan con las mayores comodidades posibles.

Mira con curiosidad por uno de los grandes ventanales que adorna una de las paredes de aquella sala de estar que supone que en breve volverá a quedar cerrada de forma hermética por orden de su placa domótica, y esas ganas de aventura que desde hace unos días revolotean alrededor de su estómago aparecen con fuerza.

Vuelve a sentarse en el sofá y abre de nuevo el segundo de los manuales, por una página al azar. En ella se detallan los edificios destinados a las jornadas laborales. Aparecen fotografiados desde varios puntos de vista, edificios de casi diez plantas de altura ubicados en la zona norte de la Comunidad. No puede verlos desde sus ventanas, porque están orientadas hacia el sur. Se buscó por curiosidad un día en uno de los mapas. Un punto rojo le indicaba, con un práctico «usted está aquí», donde se encontraba. Habían habilitado un montón de unifamiliares en la parte sur de la ciudad, formando barrios. En la parte norte trabajo y ocio, aunque apenas se narraba la existencia de una biblioteca, un restaurante y una zona lúdica que no se acababa de especificar con mucho esfuerzo. ¿Se suponía que en aquel lugar iba a trabajar de algo?

—Pues claro, tonto estúpido —se contestó a sí mismo, rompiendo el silencio que habitualmente lo acompañaba—, ¿crees que alguien iba a molestarse en darte tanto sin pedir nada a cambio?

Soltó una carcajada, por lo ridículo que le parecía hablarse a sí mismo. Pero la verdad era que desde hacía días había aumentado

sus conversaciones. Tal vez fuera una excusa para sentirse un poquito más cuerdo, rodeado de tanta locura.

ΔΔΔ

Cuando ya llevaba más veinte días en el interior de aquella casa, las rutinas comenzaron a regir su día a día. Después de despertarse, animado por la música que desprendía su diminuto despertador, se duchaba y vestía. Ponía la lavadora, con la ropa sucia acumulada de días anteriores, y paseaba por toda la casa hasta llegar a la cocina. Un desayuno rico en fibra y cereales, utilizando una de las muchas propuestas sobre alimentación saludable que había encontrado en el interior de uno de los cajones de la enorme encimera, que tomaba en aquella mesa de cristal que había, con forma de isla, en la cocina. Allí desayunaba, comía y cenaba de forma ligera… mientras ojeaba el extraño dosier, en forma de periódico, que desde hacía unos días alguien introducía en su casa mientras dormía. Era una hoja grande desplegable, que imitaba a los periódicos dominicales, en los que tan solo aparecían anuncios de marcas que no conocía, fotografías de lo que suponía «partes de aquella Comunidad» y, rara vez, alguna noticia escueta, de logros imposibles alcanzados por la ingeniería del momento.

Pero aquella mañana, cuando estaba a punto de introducir la cuchara en un nuevo cuenco de cereales, algo llamó su atención. El cristal que cubría la placa domótica había desaparecido. Por unos instantes permaneció quieto. ¿Asustado? No, no era miedo. Tras un largo silencio, acabó alzándose. Se acercó a la placa y observó que algunas de las luces que hasta ayer mismo estaban apagadas… hoy habían amanecido en verde. Una de ellas era…

Se volvió hacia la sala de estar. Como un robot, se aproximó a la puerta de entrada de la casa. Por el camino, por inercia adquirida con el paso de los días, miró hacia la mesilla en la que desde hacía tiempo no había vuelto a aparecer un nuevo manual de instrucciones. Pero hoy sí… hoy sí había un nuevo montón de folios encuadernados en gusanillo negro.

El hombre siguió caminando hacia la puerta de entrada. Ya habría tiempo después para una nueva lectura. Llegó al trozo de madera grueso que hasta ese momento le había separado del resto del mundo y posó una de sus manos sobre el pomo que hasta la fecha no había conseguido girar ni un miserable milímetro. Respiró hondo, esta vez sí… con mucho miedo. ¿Y si no…?

Pero el pomo giró, al fin.

Y la puerta a un nuevo mundo se abrió ante él.

EL PRIMER DÍA DEL RESTO DE TU VIDA

Observa de nuevo la enorme pantalla del ordenador que hay frente a él. Sobre un fondo oscuro, un montón de símbolos que no tiene la menor idea para qué puedan servir. Se dedica a meter, gracias a un teclado especial con unas teclas adaptadas para ello, páginas y páginas de esos extraños símbolos. Si se equivoca en uno de ellos, la pantalla provoca un pequeño zumbido. Si todo está correcto, un ronroneo extraño le invita a continuar con la tarea. Lleva ya casi quince días realizando esa función, en una delicada jornada laboral de siete horas y media, jornada partida que le permite descansar a la hora de la comida en un comedor habilitado para ello con todo lujo de detalles.

Muchas cosas han cambiado desde aquel día que por fin el pomo de la puerta le permitió escapar del cautiverio que le habían impuesto. Al abrir aquella puerta, un mundo entero se abrió ante él. Había memorizado decenas de mapas que durante días repasó, una y otra vez, sentado en el sofá de su sala de estar. Tenía ganas de recorrer todas las calles que se dibujaban en su cabeza, todos los locales que le invitaban a visitar, todos los parques y parajes por los que podría pasear. En el suelo encontró un sobre, cerrado, con su nombre escrito en uno de los lados. Al abrirlo, en una gruesa cartulina blanca y con letra de *lettering* cuidada, se podía leer…

Bienvenido al primer día del resto de tu vida…

Un escalofrío recorrió su espalda. Aún hoy, después de todos los cambios que ha podido vivir estos últimos días, sigue sin tener muy claro si aquel escalofrío fue una mala premonición, o una

reacción lógica al montón de nuevos matices que se le venían encima, en forma de tsunami emocional.

ΔΔΔ

Pasó una semana entera recorriendo calles poco transitadas. Muchas casas se encontraban cerradas. Algunas incluso daban la sensación de estar abandonadas. Se sentía como en medio de una enorme ciudad a medio fabricar, en la que faltara una chispa de vida. De las personas con las que se cruzaba, apenas recibía saludos tenues o miradas huidizas. No era miedo, no. Era desconfianza. Al final del día, agotado de tanto caminar, llegaba a casa derrotado. Visitó la biblioteca, los locales de ocio, pero estaban aún en construcción. Visitó los edificios de oficinas que en los manuales aparecían como lugares de trabajo. Ahí la vida sí parecía moverse a otro ritmo. Pero tan pronto como se acercaba a ellos, sentía la necesidad de escapar. Tal vez, pensaba, aún no se encontraba preparado para tal grado de socialización.

Una noche, al sentarse en el sofá, derrotado después de enfrentarse a un recorrido de decenas de nuevas calles que explorar, bajo ese sol de justicia que parecía dominar todos los días de su vida allí, poco antes de que las persianas volvieran a descender de forma automática, dos nuevos manuales descansaban sobre aquel armatoste, del cual ya había concluido con certeza que se trataba de algún extraño artilugio programado para ir facilitando manuales, en función del grado de satisfacción que se desprendía de su comportamiento. No había que ser muy inteligente para llegar a dicha conclusión.

Uno de los manuales, bastante escueto si se comparaba con los otros dos anteriores, describía en su portada…

CAPITULO TERCERO
TU NUEVO TRABAJO

En él se detallaba el que sería su nuevo empleo desde la mañana siguiente. Durante siete horas y media aproximadamente, en jornada partida, debía acudir a una oficina ubicada en el interior del edificio número cuatro. Ya sabía, por el anterior manual, que los edificios dedicados a oficinas eran un total de veinticinco. En concreto, el suyo se ubicaría en la tercera planta, despacho 308. Aparte de la situación exacta, del horario, de la definición de las salas de descanso, aseos y salas comunes, horarios de comida, etc., poco más se especificaba en aquel manual al respecto. El trabajo consistía en introducir unos símbolos en una computadora. No hablaba de objetivos, no hablaba de metas, no hablaba de ritmos. La verdad, todo era demasiado incierto si lo comparabas con los anteriores manuales.

El otro manual era más extraño todavía…

CAPITULO CUARTO
REGALÍAS

En este manual se detallaba el funcionamiento económico de todo el tinglado. En la primera de las páginas se encontró, pegada en el centro del folio, una especie de tarjeta de crédito con su nombre. Se le invitaba a arrancarla de allí y guardarla con cuidado en un lugar seguro. En ella se irían recargando y reduciendo, de forma automática, lo que ellos llamaban los créditos o regalías. Se podían conseguir gracias al trabajo, a la realización de deportes, al cuidado de las cosas que te rodeaban… incluso gracias al buen comportamiento. Había una extensa lista de ejemplos definidos con esmero y dedicación. Era como un código civil del buen comportamiento. De la misma forma, en las páginas posteriores se hablaba de las posibles reducciones de regalías. Compras o adquisiciones de servicios, por supuesto. Incluso destrozos o mal

comportamiento, ausencias laborales, malestar vecinal, ruidos, gamberradas… Había cientos de cosas que tuvo que leerse a conciencia y memorizar con cuidado.

La acumulación de créditos también conllevaba otros premios más avanzados. Pero en ese caso, la información que aparecía en el manual era poco precisa. Digamos que… incierta. Le frustraba que le dieran la información a cuentagotas. A veces le daba la sensación de que lo trataban como a un niño estúpido. Pero ya estaba acostumbrándose a ello. Llevaba meses metido en ese circo.

Antes de dormirse, en su cabeza volvió a formarse aquella frase que leyó en la tarjeta que le esperaba en el felpudo de su puerta, al abrirse por primera vez. Bienvenido al primer día del resto de tu vida. Esa noche, como tantas otras, volvió a dormir inquieto.

ΔΔΔ

Aún recuerda perfectamente cómo despertó aquel día, con ese extraño sabor amargo en la boca del estómago. Lo achacó enseguida a los nervios. Era su primer día de trabajo.

Encontró con facilidad el edificio, el despacho, los que serían desde aquel día su ordenador y silla de trabajo. Y aunque es cierto que las primeras horas fueron frustrantes, pues nunca se había enfrentado a un teclado de computadora, poco a poco fue adquiriendo agilidad en lo que le parecía la estupidez más grande de su vida. ¿Para qué demonios servirían aquellos extraños símbolos que había que introducir, con exactitud, en una computadora que tenía pinta de nave espacial? Por supuesto, en el manual de instrucciones que había estudiado hasta la saciedad nada se decía al respecto.

Aun así, se adaptó con facilidad a los cambios. La rutina era llevadera y agradeció, más de lo que en un principio quiso admitir, que sus días pudieran llenarse con algo más que simples paseos de ocio y tiempo libre. Comenzó a dormir mejor, cesaron sus inquietudes, se olvidó de los malos augurios que le producían ese

montón de cosas que le rodeaban y no era capaz de entender. ¿Acaso la vida no le había hecho un regalo increíble con todo aquello? ¿No había mejorado su bienestar de una forma exponencial? Sí, eso era cierto. Había acabado allí a la fuerza, en contra de su voluntad y sin explicación alguna. ¿Pero era comparable todo aquello con la miserable vida que llevaba en la ciudad? No, no lo era. De ninguna de las maneras.

¿Y todo a cambio de qué? De introducir símbolos en una computadora. ¿Tenía derecho a quejarse?

ΔΔΔ

Vuelve a su pantalla, a la fila de símbolos donde se ha quedado encallado. Últimamente se pierde con facilidad en sus propios pensamientos. Es cierto que todo está tomando una velocidad vertiginosa a su alrededor, y a veces es necesario parar, agarrarse con fuerza a lo que sea y respirar… Se adapta bien y rápido a los giros que va tomando la historia, pero…

Vuelve a posar la mirada en el montón de folios que hay a su izquierda, donde aparecen las sucesiones de símbolos que debe ir introduciendo, día a día, y vuelve a pensar en lo que ha ocurrido esa misma mañana. Está convencido de que su docilidad y facilidad a la adaptación han provocado el nuevo escenario en el que ahora se encuentra inmerso. Al despertar, tras el habitual sonido rítmico de su despertador, se ha sorprendido al encontrarse a Mirta durmiendo plácidamente a su lado.

¿Era un nuevo nivel en aquella vida extraña regida por instrumental domótico de última generación y manuales de instrucciones? En aquel momento no fue capaz de imaginar cuánta razón tenían aquellos pensamientos.

MIRTA

Desde que Mirta entró en su vida, despertando aquel día a su lado, todo cambió.

Preciosa, perfecta, dulce, servicial. Un ser volcado por y para él. Atenta, educada. Ojos de océanos profundos, labios sensuales de terciopelo, piel de porcelana. No le hizo falta leer ningún manual para saber, casi al instante de tenerla entre sus brazos, que Mirta no era una mujer como tal. Pero era tan perfecta, tan real… que el cerebro no era capaz de asimilar que formara parte de todo aquel tinglado. Acariciaba su piel mientras dormía, asombrado por su tacto. Era algo tan perfecto…

Dio sentido al paso de sus días. Llenó la casa de ruidos y momentos. Le despedía con tristeza al comenzar la jornada de trabajo y le esperaba, con una sonrisa intensa, al llegar a casa. Las noches eran especiales. El sexo era maravilloso para él, que apenas había tenido contacto alguno con el sexo femenino a lo largo de su vida. La sensualidad que desprendían sus curvas era enloquecedora. Todos los poros de su piel buscaban siempre su proximidad, su contacto.

Pero no todo era ideal entre ambos. En ocasiones, había discusiones. No seguía orden aparente, ni lógica en sus actuaciones. No estaba allí para satisfacer las tonterías del hombre. Tenía opinión propia, actitudes, tozudez cuando hacía falta. A veces chocaban ante determinada opinión o actitud. Tenía la sensación de que habían realizado la mujer perfecta a sus deseos y la habían dejado, con mimo, una buena mañana, junto a él en el lado opuesto de la cama.

Leyó el manual de instrucciones que iba sobre ella a escondidas. Lo dejaron sobre el mueble a los tres días de que ella

apareciera. No sabía si hacía bien escondiéndole su secreto. No sabía si la muchacha era consciente de los mecanismos que se escondían bajo su sedosa piel. La vio llorar tantas veces, de alegría, de emoción, de tristeza… que llegó a la conclusión de que tal vez ella no sabía ni lo que era. ¿No había leído alguna vez, en alguna novela de robots, que no eran conscientes de su propia naturaleza? ¿Era Mirta un ejemplo de esta ignorancia? ¿Había en el mundo alguna tecnología capaz de realizar algo tan perfecto? Viendo toda la parafernalia que habían montado en aquella Comunidad, con tanto grado de perfección y cuidado… Sí, alguien debía esconderse detrás de todo aquello con la tecnología suficiente como para conseguirlo.

ΔΔΔ

El paso del tiempo al lado de Mirta dio un significado especial a la vida de Edward. Si ya durante los primeros meses de estancia allí, su capacidad de adaptación había sido brutal, estar rodeado de los brazos de la muchacha le dio un sentido pleno. Y aunque es cierto que algunas noches seguía replanteándose algunas cosas del mundo en el que habitaba, los años pasaron sin sobresaltos reseñables. Envejeció, al lado de ella, de la forma más placentera que podía imaginar. La vida se convirtió en un placer. Paseos al atardecer, visitas a los locales de ocio (ya plenamente construidos y repletos de gente), sesiones en gimnasios con las más altas tecnologías en salud. Incluso comprobó, asombrado, como Mirta parecía envejecer a su lado. Era como si su piel se fuera adaptando, cual ser humano normal, al paso del tiempo.

La Comunidad creció, tanto en comodidades como en personas. El paso del tiempo había llenado las aceras de seres humanos de todo tipo, sexo y condición. Y lo que al principio tan solo eran miradas furtivas y miedos velados, con el paso del tiempo se convirtieron en saludos afectuosos y miradas cómplices. Pudo entender que casi todas las personas tenían a un ser replicado para hacerles compañía. Al principio costaba mucho reconocerlos. Eran tan perfectos que era casi imposible diferenciarlos de los seres

humanos. Con el paso del tiempo fue más fácil, para un Edward cada vez más integrado, hacer esa distinción. Había algo en la mirada de esos seres, algún vacío difícil de definir, que les restaba algo de vida.

También le pareció curioso en un principio que el rol desempeñado por dichos seres no siguiera lógica alguna. Encontró, con el paso del tiempo, compañeros de trabajo que resultaron ser droides que casi rozaban la condición humana. Uno de sus primeros «amigos» en las salas de alimentación de su edificio de trabajo resultó ser uno de ellos. Le sorprendió y desorientó en un principio. No tenía sentido para él. ¿Acaso no trabajaban como contraprestación a aquella idílica vida? ¿Qué sentido tenía un robot allí dentro?

Pudo observar, en alguna que otra ocasión, una familia entera compuesta por estos seres. Vivían en una bonita casa a un par de manzanas de la suya. Algunas cosas de aquel mundo no parecían tener sentido alguno, pero el hombre dejó de plantearse muchas cosas con el paso de los años. No tenía sentido martirizarse con preguntas que nadie se iba a encargar de contestar.

Recibió, por aquel entonces, un par de manuales más, pero apenas intranscendentes para su vida diaria. Uno de ellos sobre ocio y tiempo libre, que leyó junto a su amada Mirta, anotando en los bordes de este todo aquello que harían cuando el tiempo les diera un respiro. Otro de ellos iba sobre la descendencia. Edward lo escondió a conciencia, pues, aunque había aprendido a amar con locura y sin límites a la mujer que compartía su lecho, hasta el punto de verla como un ser casi humano, no se podía imaginar tener descendencia con un trozo de piel y metal. ¿Qué sería realmente el niño? ¿Qué sería él para ese ser?

ΔΔΔ

Los años convirtieron a Edward y Mirta en un matrimonio ejemplar. Y aunque no estuvieran casados, a ojos de vecinos y extraños eran

una pareja que rozaba la perfección. En poco tiempo hicieron buenas migas con vecinos y compañeros de trabajo, realizaron meriendas y fiestas comunales, salidas nocturnas a los restaurantes habilitados para ello. Nada les faltaba, todo era perfecto. Apenas recordaba ya nada de la vida que había dejado atrás, aquella extraña mañana ya lejana en la que despertó, bajo la estridencia de su maldito despertador… para aparecer, de repente, confundido y roto, en aquel agujero del mundo que ahora era su hogar.

Mirta le dio otro sentido a todo. ¿Se enamoró? Suponía que hasta el punto en el que un humano podía enamorarse de lo que demonios fuera la muchacha. Pero sí, de alguna forma que no era capaz ni de definir, se había enamorado. Y su vida idílica, la siempre soñada, se afianzó con el paso de sus días… convirtiendo sus sueños de niño, en aquel pueblo olvidado, en aquella escuela medio destartalada, en una realidad casi perfecta.

Hasta que un buen día, de esos que no se anuncian en los calendarios, pero que acaban quedándose grabados para siempre en la memoria, todo comenzó a cambiar.

¿Fue aquel siete de julio el principio del fin del mundo idealizado que alguien creó, sin razón aparente, a través de aquella Comunidad idílica?

Edward tuvo el convencimiento, con el paso del tiempo, de que, efectivamente, todo cambió después de aquel día…

UN FALLO EN EL SISTEMA

Lleva más de ocho años en la Comunidad. Apenas recuerda ya su vida anterior. Los recuerdos son dibujos borrosos creados por la impaciente mano de un niño. Aprieta las teclas de su computadora introduciendo esos extraños símbolos que ha comenzado a odiar con todas sus fuerzas. ¿Por qué? Ni tan siquiera entiende últimamente su comportamiento. ¿Acaso no se lo han dado todo? Una casa maravillosa, en la que no falta ningún lujo de detalle (y si es capaz de echar en falta algo, por pequeño o estúpido que sea, pronto aparece de una forma u otra en alguno de sus armarios, junto a un pequeño manual de instrucciones). Una mujer perfecta, adiestrada para quererle bajo cualquier circunstancia. Un trabajo ejemplar, en el que ya ha escalado alguna que otra posición en el interior del edificio que le ha sido asignado. Una planta mayor, mayor número de créditos, jornadas laborales más laxas, etc. No tiene limitación alguna en su tiempo libre. Puede acudir a la biblioteca, gimnasios, restaurantes, parques, zonas de ocio… Ha evolucionado de forma muy positiva en aquel lugar…

Y, sin embargo… Sí, hay algo oscuro rondando su cabeza. ¿Cómo saben cuándo le falta algo? ¿Su mujer le habría querido tanto de haberse conocido en otras circunstancias, en cualquier otro lugar, si bajo su piel hubiera…? «No, joder, Edward, no seas estúpido», se repite enfadado una y otra vez, apretando con furia las teclas. Tampoco tiene opciones de salir de allí. Ha estudiado los límites de la Comunidad. Un día, por curiosidad, mientras corría haciendo un poco de ejercicio al aire libre, se quiso aproximar a uno de sus límites. Estaba lejos, mucho. Sabía que tendría problemas para volver a casa a tiempo. Aun así, quiso ir, y…

Detiene las teclas, un sudor frío le agarrota los dedos. Le han pasado demasiadas cosas estas últimas semanas. Nunca ha sido muy listo, siempre se ha dejado llevar por las circunstancias, y no sabe cómo reaccionar ante los cambios que se están produciendo a su alrededor.

Todo comenzó hace diez días, mientras desayunaba. Una luz roja, pequeña pero insistente, se iluminó de forma automática en su pantalla domótica, la que podía observar desde la mesa que ocupaba, en forma de isla, en el centro de la cocina. Detuvo la cuchara repleta de cereales a medio camino de su boca. Se quedó mirando aquella luz. Nunca había aparecido. Mirta siguió su mirada, estaba sentada frente a él, aún untándose la tostada de la mermelada esa tan rara que le gustaba a rabiar, y también se quedó observando la luz. Durante unos segundos nada ocurrió. Todo se quedó preso en un extraño silencio. Sabía que era temprano, que era fin de semana y la calle estaría poco concurrida a esas horas. Aun así, tuvo la sensación de que se silenció el mundo entero. Al cabo de unos segundos, su mujer se volvió hacia él, sonriendo. «No será nada», susurró. Pero Mirta no sabía mentir, suponía que no estaba preparada para ello. Se le notó a la legua que sí era algo.

Edward procuró no darle mayor importancia… e intentó vivir con aquella luz parpadeante que, aunque lo probó de mil formas distintas, no consiguió apagar. Lo más extraño era que no apareciera ninguno de esos endemoniados manuales de instrucciones dando alguna explicación.

A los pocos días, llegaron los comportamientos extraños de Mirta. En mitad de la noche, de repente, los gritos histéricos de la mujer lo despertaron. Al principio, desorientado, no supo qué ocurría. La verdad es que no estaba acostumbrado a que algo o alguien interrumpiera su sueño, salvo que fueran sus propios pensamientos los que le martillearan las sienes. E incluso en esos casos, lo que ya daba por hecho después de darle muchas vueltas (y aunque nadie le había comentado nada al respecto), intuía que el chip que tenía implantado en la nuca, y en el que ya apenas

pensaba, influía en él de alguna forma para que acabara durmiendo de forma plácida. Por eso le asustó tanto ese abrupto despertar…

Mirta se abrazaba las piernas, a los pies de la cama. La mirada perdida. Aun entre penumbras, pudo distinguir las lágrimas recorriendo sus mejillas. A sus primeras palabras de preocupación apenas respondió. Cuando estaba a punto de rozar su piel desnuda con la yema de los dedos, esta se volvió hacia él, sobresaltada.

—He vivido otra vida —le dijo.
—¿Cómo? —preguntó él, extrañado.

Y aunque en un primer momento, la mujer no fue capaz de explicarse, soltando frases entrecortadas con las que intentaba describir algo que no parecía tener ningún sentido, al final, Edward pudo concluir que su esposa había tenido una simple pesadilla. Pero ¿era posible eso? Revisó concienzudamente sus manuales, después de conseguir que se tranquilizara y volviera a apagar sus circuitos, nada encontró en ellos que diera ni tan siquiera la remota posibilidad de que eso fuera posible.

No quiso darle mayor importancia. Pero días después, al llegar a casa del trabajo, observó que la muchacha se mantenía erguida en el marco de la puerta de una de las habitaciones vacías que había en la parte superior de la casa, mientras acariciaba su abdomen y sonreía de forma extraña

—¿Estás bien, Mirta? —preguntó.

La mujer volvió en sí y se puso tensa al verse estudiada por su esposo. Ya habían hablado largo y tendido sobre la conveniencia o no de la descendencia. Y aunque la muchacha siempre se había movido en la franja de la indiferencia, ante la negatividad del hombre, aquella sonrisa le hizo pensar que no siempre era sincera del todo. ¿Acaso no era uno de sus principios básicos? ¿No estaban programados para ello?

ΔΔΔ

Mil cosas rondaban la cabeza del hombre aquella mañana de domingo en la que salió a correr, como hacía cuando necesitaba reducir las malas vibraciones de su cuerpo y con el gimnasio no tenía suficiente. El comportamiento de su mujer, la dichosa señal de alarma que seguía revoloteando sobre la placa domótica de la cocina…

No se dio cuenta de lo lejos que había llegado hasta que se detuvo, en medio de una enorme avenida, en la que parecía que las casas estuvieran medio abandonadas, algunas de ellas incluso sin acabar de construir del todo. Intentó orientarse buscando con la mirada edificios conocidos. A su izquierda, lejanos, sobresalían los edificios destinados a las jornadas laborales. Y aunque la curiosidad no era una de las principales cualidades de Edward, miró hacia el final de aquella avenida y pensó ¿qué demonios habrá al final del todo?

A su cabeza llegó el recuerdo de aquella estupenda película que vio cuando era niño, en la que un pueblo perdido americano se quedaba atrapado bajo una enorme cúpula de cristal. Incluso recordaba la escena del ganado partido por la mitad por el inesperado proceso. ¿Habría al final de la calle también un cristal que le haría romperse las narices contra la nada? No, aquello no era una película barata de serie B.

Tal vez por eso, decidió ir hacia allí, aun sabiendo que más pronto que tarde se arrepentiría de ello, aunque tan solo fuera en forma de calambres por el sobreesfuerzo.

Pero no llegó. Pues cuando se acercaba a una zona próxima en la que todo parecía borroso y mal dibujado (así se lo repetiría en más de una ocasión a Mirta, asustado, al intentar recordar lo que le había ocurrido), algo pareció estallar en el interior de su cabeza y cayó al suelo, aparentemente muerto.

Abrió los ojos en una cama de hospital, fuertemente agarrado a la mano de Mirta, que le observaba con terror en la mirada. Al ver

que su esposo al fin respondía, apretando débilmente sus dedos, le sonrió.

—Ya ha pasado todo —le susurró con su dulce tono de voz. Mientras Edward volvía a perder el conocimiento pocos segundos después.

ΔΔΔ

Despertó en el sofá de su casa, tapado con una sábana, desorientado. Apenas recordaba nada de lo que le había ocurrido. Aturdido, observó que las persianas se encontraban bajadas. Mirta dormitaba en un sillón individual a su lado. Al notar que el hombre comenzaba a dar débiles señales de vida, despertó, impulsada por un muelle invisible, y le sonrió.

—¿Estas mejor?

—Sí —dijo, intentando incorporarse, y viendo que podía hacerlo sin problemas.

La verdad es que si se detenía a pensarlo… nada le dolía, por lo que se sentó en el sofá y apartó la manta. Involuntariamente, se pasó la mano por la nuca. Una pequeña descarga eléctrica hizo que tuviera que apartar los dedos de su propia piel. Mirta los tomó y comenzó a masajearlos, tras sentarse a su lado.

—Menudo susto, ¿verdad? —le susurró, entrelazando sus manos.

El hombre asintió, aun sin saber muy bien qué había ocurrido y cómo había llegado hasta allí. Pero al volverse hacia la cocina, que se encontraba a oscuras, volvió a observar aquella demoníaca lucecita roja parpadeante en la placa domótica. El dichoso fallo, el que no parecía importarle a nadie y que había sido incapaz de apagar. Volvió a mirar a su mujer, observó que fugazmente ella también había mirado en aquella dirección.

—¿Llevo mucho tiempo aquí? —preguntó, señalando el sofá.

—No, cariño. Los médicos me dijeron que ya estabas bien y te traje a casa. Llamé al trabajo…

—¡¡El trabajo!! —gritó Edward, intentando alzarse del sofá de golpe. Hasta aquel momento nunca había faltado al trabajo sin justificación alguna. No sabía ni qué día era. La mujer, con esa fuerza sobrehumana que en ocasiones solía utilizar, le impidió alzarse.

—Tranquilo. He hablado con Eva y me ha dicho que no te preocuparas de nada, que ahora toca descansar. Ella hablará con los superiores y les explicará todo lo que ha ocurrido. Hoy es lunes. Mañana, si te encuentras bien, ya podrás ponerte al día…

Edward le sonrió, agradecido. Eva era una de sus más cercanas compañeras de trabajo, de las primeras personas que conoció cuando su vida en la Comunidad se llenó de obligaciones laborales a tiempo parcial. El paso del tiempo y las sesiones de recreo habían convertido dicha relación en algo más que una simple amistad laboral. Su impecable relación con Marcos, su pareja domótica, había ayudado mucho a reforzar aquella relación tanto fuera como dentro de los despachos.

—Gracias —susurró al fin, mientras volvía a mirar fugazmente aquella lucecita roja parpadeante. ¿Qué demonios podía significar aquel fallo?

ΔΔΔ

Sus recuerdos le llevan de nuevo frente a su pantalla de ordenador, frente a esas teclas que durante unos minutos ha dejado de apretar. A su lado, montones de hojas que cada día alguien le deja allí mismo para que las transcriba a los servidores que ocupan las primeras plantas de aquellos edificios. No sabe para qué demonios sirve todo aquello. Tal vez para mantenerlos ocupados de alguna forma. Pero le resulta una conclusión demasiado simplista. ¿O no? Y vuelve a pensar en Eva, y en los comentarios que hace dos días le hizo, entre susurros, aprovechando la hora de descanso para comer, en un momento en que se quedaron a solas.

Abre la mano, después de mirar en todas direcciones. Hoy se ha quedado hasta más tarde a propósito y ahora no hay nadie por los pasillos. Tendrá que buscarse alguna excusa cuando llegue a casa. Y ha de ser convincente. Mirta está muy protectora estos últimos días y aunque no hable, tiene un algo extraño anclado a sus pupilas de océanos profundos.

Entre sus dedos hay un pequeño papel arrugado. En él hay escritos unos números. Para alguien que no sepa qué está mirando, más parece un número de teléfono que otra cosa. La muchacha ha sido concienzuda en todos los detalles. Para alguien que lleva años aporreando esas teclas, sabe que es la dirección de una carpeta, un tomo, una página.

Antes de hacer algo que seguramente le traerá problemas, vuelve a recordar aquel encuentro, hace apenas dos días. El mismo martes que volvió al trabajo después del desvanecimiento, ante los reproches de su mujer que le pedía un nuevo día de reposo. Pero estaba bien, y necesitaba no pensar más en lo que le había ocurrido aquel domingo. No lo hablaba con Mirta, por miedo a que le reprochara cosas que ni él mismo sabía por qué había hecho. Suponía que ella lo sabía, alguien lo había encontrado tirado en el suelo, en medio de la carretera, en una zona en la que no debería haber estado. Su mente seguía formando, a la menor oportunidad, aquel paisaje borroso, mal dibujado… Despeja rápidamente la mente a base de movimientos bruscos de cabeza. No quiere pensar más en eso.

Eva llevaba un tiempo comportándose de forma extraña. Aunque cuando la conoció vio en ella a alguien reservada y muy cerrada en sí misma, el paso del tiempo entre aquellos despachos convirtió su relación en algo mucho más distendido. Edward ya sabía de la existencia de los droides casi humanos (ya disfrutaba de la compañía de Mirta por aquel entonces) y era casi capaz de distinguirlos de entre el resto de seres humanos, aunque a veces alguno rozara tanto la perfección que más de una sorpresa se había

llevado por el camino. Pero a Eva la caló enseguida. Tenía luz en la mirada, algo que no ocurría con los otros.

Congenió con ella casi desde el principio. Y aunque nunca tuvieron mucha relación (ella era reacia a los grandes encuentros), en más de una ocasión tuvieron charlas distendidas.

El paso de los años les hizo coincidir en varios eventos de tipo social, e incluso cuando se adaptó a su pareja, por supuesto, de la misma naturaleza que Mirta, cambió tanto su carácter que llegaron a salir los cuatro juntos en un par de ocasiones, visitando los restaurantes de la zona este. Era una buena chica.

Por eso le extrañó que de repente volviera a ser esa mujer ausente y escurridiza, asustada. No quería inmiscuirse en sus asuntos. Edward nunca tuvo muchas dotes sociales, pero en su rabillo del ojo siempre había un hueco para la muchacha. Cuando aprovechó la soledad de la zona de descanso para dejarle en la mano aquel papel y susurrarle, casi sin aliento, aquellas palabras…

«tienes que saber esto»

mientras le cerraba la mano con fuerza y le decía «no, aquí no», mirando en todas direcciones, supo seguro que algo aterraba a la que hasta ese día había considerado su amiga.

Y aunque había tardado dos días en atreverse a hacer algo, todos los temas que rondaban su cabeza, de forma maliciosa, le impulsaron a tomar una decisión que con total seguridad le acarrearía algún que otro problema en el futuro.

Pero allí estaba, observando aquellos números casi a oscuras, pensando qué le iba a decir a su mujer cuando llegara tarde a casa.

ΔΔΔ

El funcionamiento de aquellos edificios destinados a la jornada laboral era bastante sencillo. Edward pensaba que se debía a que en la Comunidad se concentraba una nutrida mezcolanza de seres

humanos. Nadie hablaba casi nunca de su vida antes de…, aunque nadie lo dijera, era una especie de código autoimpuesto. Las enormes lagunas que adornaban esos pasados tampoco ayudaban mucho a formar historias que sustentaran alguna lógica o hilo argumental. También era cierto que, cuando la gente se relajaba, hablaba más de la cuenta. Y sin decirlo de forma explícita, uno llegaba a la conclusión de que estar allí no correspondía a ningún tipo de lógica funcional. Él había estado ligado desde pequeño a la tierra, luego fue comercial, ahora introducía símbolos en un ordenador. Pero allí había encontrado ejemplos de casi todo. Desde trabajadores de campo hasta directores de banca. De oficios básicos pero indispensables a dependientas de supermercado o simples barrenderos. Por eso, suponía, aquel trabajo debía seguir unas pautas muy básicas.

Cierto era que, en cuanto el sistema detectaba a alguien ágil en los procedimientos, solía subirlo con rapidez dentro del organigrama básico de la organización. Eso mismo había ocurrido con Edward, el cual había ido subiendo escalones y ahora era el encargado del guardado de los registros. Básicamente se dedicaba a llevar las hojas ya introducidas en los ordenadores. Cada mañana, al llegar a la oficina, un montón de quinientas hojas justas (todo era milimétricamente enfermizo) te esperaban a la izquierda de tu teclado. Y lo único que había que hacer era introducir en el ordenador dichas hojas. No había un tiempo estipulado. Tardabas lo que tardabas. Cuando se terminaban las quinientas hojas, llamabas a Edward y él las llevaba a la segunda planta, donde se encontraban los megaservidores que almacenaban la documentación. Allí entregaba los folios a Mike, uno de esos seres mecanizados (era bastante básico, por eso al hombre no le costó mucho identificar su naturaleza), que amablemente proporcionaba quinientos folios más que nuestro hombre debía volver a facilitar al trabajador. No sabía para qué servían. No sabía quién los imprimía. Tampoco le importaba demasiado. Solo cumplía con su cometido.

Un día, por error, observó como Mike hacía algo en su teclado y la pantalla cambiaba. Fue casi imperceptible. Cuando el droide se sintió observado, rápidamente apagó su ordenador. Pero al volver a su puesto, Edward intentó hacer ese mismo movimiento de teclas. En un primer momento sus intentos fallaron. Pero cuando consiguió teclear la combinación exacta, esa pantalla oscura donde cada día debía introducir aquellos símbolos dio paso a una pantalla de escritorio normal y corriente. En ella encontró decenas de carpetas con numeraciones. Dentro de ellas había más carpetas, con más numeraciones. Y dentro de esas mismas… las hojas que ellos introducían, a modo de archivos. Por miedo, apenas estuvo unos segundos curioseando. Pero al ver que nadie venía a reprocharle nada, poco a poco fue curioseando un poco más. Hasta aprenderse, casi de memoria, numeraciones y cifrados.

Por eso, en cuanto observó el papel arrugado que Eva había dejado en el interior de su mano, supo que se trataba de un recorrido informático. La muchacha quería que observara algo de una de aquellas páginas. Pero ¿qué? ¿Y cómo se había enterado ella de todo aquello?

Después de comprobar cien veces que ya nadie quedaba en el pasillo y sus proximidades, usó la combinación de teclas necesarias para acceder al escritorio de su ordenador. Siguió los pasos marcados en el papel. No quería estar fuera de su formato más tiempo del necesario, no le habría hecho ninguna gracia que alguien le descubriera *in fraganti*. Buscó la carpeta, la carpeta dentro de la carpeta, el folio que le indicaba aquel papel… y se quedó tremendamente sorprendido de lo que allí se encontró.

¿Aquello era…?

Apenas tuvo tiempo de detenerse a pensar en lo que estaba observando en su pantalla… pues segundos después de asombrarse con lo que había encontrado, su mundo saltó en pedazos.

Una explosión brutal, que pareció desquebrajar el mundo bajo sus pies, hizo tambalearse todo el edificio. Parte del techo, donde

descansaban las placas de led que daban luz a la estancia, se le vino encima. Y un terrible golpe, producido por uno de los paneles que le separaban del despacho que había a su derecha, se rompió en pedazos sobre su cabeza y hombro. Edward tuvo un terrible último pensamiento antes de perder el conocimiento, mientras escuchaba como el mundo seguía desquebrajándose a su alrededor. Iba a morir allí dentro.

FUNERALES

Fueron unos funerales multitudinarios. Edward tuvo la sensación de que toda la Comunidad se había congregado en aquella llanura verde. Tuvo que discutir largo y tendido con Mirta para poder asistir, y al final, tan solo lo consiguió gracias a claudicar en lo referente a acudir en silla de ruedas. Ya se encontraba bien, después de más de una semana desde la terrible explosión. Solo estuvo un par de días en observación. Su edificio fue uno de los menos afectados. Apenas unos rasguños por la caída de aquel muro de materiales plásticos endurecidos. Murieron treinta y nueve personas, entre droides y humanos. El edificio número doce, de los veinticinco que formaban la colmena dedicada a las jornadas laborales, desapareció de la faz de la tierra. Quedaron dañados estructuralmente todos los de su alrededor. Las obras se pusieron en marcha de forma inmediata, al día siguiente de la deflagración. No sobrevivió nadie que estuviera en el interior en ese momento. Tuvieron suerte, al menos, gracias a la hora en la que se produjo el incidente, casi no había nadie en los despachos. Personal de limpieza, droides de vigilancia y algún que otro rezagado que quería apurar las últimas páginas que le quedaban. Pobres desgraciados.

Decidieron enterrarlos en la misma fosa, bajo una enorme lápida conmemorativa que ahora descubrían ante los rostros llorosos de los asistentes. Siempre hubo un pequeño cementerio habilitado para muertes o pérdidas ocasionales. Pero nada estaba preparado para una tragedia semejante.

Mirta cogía con fuerza la mano de su marido, mientras lloraba de forma desconsolada. Edward tenía la cabeza en otro lugar. Sentía pena por las personas de las que se despedían en aquel momento, por supuesto, pero tenía preocupaciones más graves en su cabeza.

No había vuelto a ver a Eva desde aquel día en el comedor, cuando le entregó aquel papel arrugado. Los habían ubicado por zonas residenciales. La organización era algo casi enfermizo en aquel mundo prefabricado. La mujer debería haber estado con ellos, por allí cerca. Había observado a Marcos, su compañero droide. No de tan buena calidad como su Mirta, se veía a la legua que bajo la piel del hombre se escondían circuitos eléctricos y chapa metálica. Lo había observado solo, con un rostro serio y siniestro. No vio oportuno acercarse a preguntar por ella. Todo le parecía demasiado raro. ¿Se estaba volviendo un paranoico?

De repente, la música dejó de sonar. Charls Reo III, lo más parecido a una autoridad en la Comunidad, subió a lo alto de un pequeño escenario, con atril y micrófono, que habían habilitado junto a la lápida conmemorativa. Era el momento de decir adiós.

Edward solo tenía ojos para Marcos. Allí estaba plantado, con los brazos juntos entrelazados sobre su pecho, vestido con un traje oscuro y repeinado a conciencia. Mirada ausente. Si no fuera porque de vez en cuando movía el pecho, daría la sensación de haberse muerto de repente de pie, allí en medio de todos.

—Señoras y señores miembros de la Comunidad 2037. Es un día triste el que nos reúne aquí…

De repente, Marcos se sintió observado. Se volvió directamente hacia Edward, que con rapidez miró al frente, intentando prestar atención a las palabras que se hacían enormes gracias a dos potentes altavoces que se habían colocado a ambos lados de la pradera.

—…trágico para nuestra ciudad. Hoy decimos adiós a treinta y nueve compañeros, a treinta y nueve amigos…

Edward respiró hondo. No podía quitarse de la cabeza lo ocurrido segundos antes de que el mundo saltara por los aires, a su alrededor. Recordaba a la perfección cada segundo vivido. Cómo, con rapidez y angustia, buscaba entre las carpetas la dirección que

le había entregado Eva, escrita de su puño y letra en aquel papel. Cómo había encontrado la página indicada. Al abrirla, miles de páginas de símbolos transcritas por cualquiera de los cientos de personas que trabajaban en aquellos edificios. El papel le susurró donde debía buscar. Encontró la página indicada. Posó el dedo sobre la pantalla táctil. Se desplegó su contenido…

Cuando introducían el código que aparecía en los folios que él mismo repartía cada mañana, estos, si eran los correctos, tomaban un trasfondo de color verde. Cuando te equivocabas en alguno de ellos, la secuencia se volvía de color rojo claro. Eso te indicaba un error, que debía ser subsanado para poder seguir con la nueva secuencia. En aquella página, la que se había desplegado frente a sus ojos, alguien había conseguido guardar en el sistema, de alguna forma, decenas de secuencias que se encontraban en color colorado. Alguien había introducido un fallo en el sistema. ¿De forma deliberada? ¿Había sido todo un error? ¿Cómo demonios lo habían conseguido? ¿Y con qué razón?

Todas sus preguntas quedaron apagadas por la explosión del edificio número doce, gracias a todos los dioses del mundo, medio vacío a esas horas de la tarde.

No había podido quitarse aquella visión de la cabeza desde entonces…

¿La introducción de aquellos errores en el sistema había sido algo deliberado? ¿Tenía alguna relación con la explosión del edificio? ¿Qué consecuencias tenía aquel fallo? ¿Y por qué demonios Eva conocía su existencia?

La cabeza le amenazó con un nuevo estallido de dolor. Mirta le apretó la mano. Al volverse hacia ella, se topó de nuevo con su cálida sonrisa. Su rabillo del ojo captó también un ligero movimiento en aquel hombre, que no había dejado de observarlo desde entonces… ¿Era una sonrisa lo que amenazaba con romper la seriedad de sus labios?

—…saldremos de esta tragedia más fortalecidos que nunca, sí. Porque unidos llegaremos al fondo del asunto, aclararemos qué ha ocurrido y cortaremos de raíz el problema. Y esta lápida, en la que hoy escribimos el nombre de los treinta y nueve compañeros que nos han abandonado, nos recordará que hoy decimos NO. Que hoy no bajaremos la mirada. Que nunca olvidaremos…

Edward escucha las últimas palabras de aquel hombre y un escalofrío recorre todo su cuerpo como un relámpago a la deriva. Ha notado la amenaza implícita en aquellas palabras. Siente de repente que algo está a punto de cambiar… como si en aquel día, en aquel instante, sobre aquella llanura, comenzara una nueva declaración de guerra. Pero ¿contra quién?

Los aplausos enfervorecidos de los allí presentes consiguen que se le revuelvan las tripas de golpe.

Y la sonrisa de Marcos, aún nítida en su cabeza, hace que un miedo atroz le presione el alma, hasta casi el punto de desfallecer…

VECINOS

Faltan más de dos horas para la hora señalada en su mensaje de WhatsApp, y, aun así, Jacob ya merodea por aquellas calles que desconoce. Le han citado para una extraña entrevista de trabajo. El edificio, desde su posición, resguardado entre las sombras de la mañana, parece abandonado. Persianas bajadas y ventanas cerradas. Apenas una luz ilumina las enormes puertas que hacen de entrada. Hace rato que ha decidido no acudir a la cita, algo le da muy mala espina. Pero una extraña atracción le ha hecho quedarse allí escondido. Mientras intenta convencerse de que lo mejor es salir de allí lo más rápidamente posible, un taxi se detiene ante la puerta. Ese simple hecho ha roto sus sistemas de alarma, ganando la curiosidad. De su interior sale un hombre. Se detiene ante aquel portón unos segundos, para acabar entrando poco después. ¿Otra entrevista? ¿Tal vez se ha equivocado siendo tan cauteloso? Decide esperar. Tal vez si sale el hombre y lo aborda, con cuidado y amabilidad, podría resolver todas sus dudas y mitigar sus miedos. A los diez minutos escasos una furgoneta negra, de cristales tintados y matrícula falsa, aparca en la entrada frente a sus ojos. De ella bajan dos hombres extraños. Su caminar no parece cierto, es algo difícil de explicar. Entran en el edificio. A los cinco minutos salen con algo cargado a sus hombros. Una enorme bolsa. En su interior, ¿tal vez va…? Uno de esos extraños se vuelve hacia la esquina en la que se esconde. Se acojona, para qué engañarse. Sale corriendo del rincón donde está escondido como alma que lleva el diablo.

ΔΔΔ

Llega a casa exhausto. Durante el trayecto no ha podido borrar de su cabeza aquella mirada vacía, observándole con parsimonia desde la distancia. ¿Lo habrán visto? Ha corrido tanto como le han

permitido sus cuarenta y cinco años recién cumplidos, mal cuidados y desorganizados. Es decir, en estos momentos está a punto de perder el conocimiento de lo rápido que le late el corazón. Ha dado varias vueltas en vez de ir directo a su casa, por si alguien ha decidido seguir sus pasos. Abre el portal y lo cierra con estrépito tras él. Sube las escaleras hasta el segundo piso. Por el camino va preparando la llave adecuada, para no perder ni un segundo en…, pero se encuentra su puerta entreabierta. El pánico más absoluto bloquea de repente su cerebro. Cuando el paso de los segundos vuelve a poner en marcha la vida que le rodea e intenta reaccionar, ya es demasiado tarde. Al intentar darse la vuelta, para volver por donde ha llegado, algo le golpea la cabeza, dejándole inconsciente.

ΔΔΔ

Lleva semanas encerrado en aquella casa. Las persianas bajadas las veinticuatro horas del día no le permiten saber dónde demonios se encuentra. Despertó en el suelo del gran salón, desorientado. No recordaba ni su nombre. Fue como volver a nacer, aunque al mirarse en el espejo recordara tener cuarenta y cinco años y llamarse Jacob. Sobre una mesa encontró un manual de instrucciones. En él le daban la bienvenida a esa nueva vida, a esa nueva casa, a esa nueva pesadilla. Han sido días duros, en los que por mucho que se ha esforzado, no ha sido capaz de encontrarle el sentido a nada de lo que le está ocurriendo…

ΔΔΔ

Se ha resistido con todas sus fuerzas a formar parte de aquel teatro. Ha intentado no comer, no dormir, no leerse los estúpidos manuales que aparecen sobre aquella mesa que ha intentado romper a patadas… pues desde el principio supo que era algo más que un simple mueble. Nada de lo que le rodea es lo que parece. Está encerrado en una cárcel. Y él es el preso. Pero ¿de qué? Sigue sin comprender nada, sin recordar. Hay cosas que por alguna razón sí sabe. Su cuerpo está reaccionando mal ante algún tipo de fármaco.

No sabe si entiende o no de medicamentos, pero en ocasiones su consciencia recorre caminos que a él le cuesta seguir. Tal vez haya sido médico. El Dr. Jacob. No le suena nada mal. Ha decidido estudiar los alimentos que diariamente alguien le introduce en el frigorífico, aprovechando su sueño autoimpuesto. Usando cosas que tiene a su alcance es capaz de hacerlo. Apenas sabe cómo, sus manos parecen funcionar solas. Ha encontrado la sustancia que le impide recordar. Se ha encontrado en una encrucijada. Acaba de releer la parte del manual que habla del microprocesador que le han introducido en la parte trasera del cráneo. ¿Hasta qué punto serán capaces de conocer sus planes? Decide por el momento seguir jugando a este juego…

ΔΔΔ

Ya han pasado unos meses y han comenzado a abrirse las persianas. Lo que ve a través de ellas le ha recordado una película de ciencia ficción. El cielo no parece un cielo. Las casas de los alrededores, todas idénticas, le dan escalofríos. Intenta evitar los alimentos que intuye que llevan en sus componentes los medicamentos que no le dejan recordar. Pero es complejo… cada cierto tiempo los cambian. Gracias a ello, ha comenzado a tener fogonazos en su cerebro. Fotografías que le llegan de repente, desquebrajando sus sueños. Despierta de todos ellos desorientado y roto, con lágrimas emborronando su mirada, después, ya apenas puede pegar ojo. La puerta de la casa sigue cerrada. ¿Con qué intenciones? Algo le dice que de allí no podrá escapar jamás.

ΔΔΔ

Se adapta con mayor rapidez de lo que esperaba a su nueva vida. El trabajo, introduciendo extraños símbolos en un ordenador, no le ha costado demasiado asimilar. En un edificio anodino, de no muchas plantas de altura, encuentra el comienzo de una nueva fase de su vida. La monotonía lo engulle con el paso de sus días. Amante de los animales y poco dado a los afectos sociales, un día, un pequeño

gatito aparece en su vida. El manual de instrucciones que aparece aquel mismo día en su mueble le explica con asombro (y todo lujo de detalles) que debajo de aquel pelaje mil circuitos ayudan a su funcionamiento. Le parece tan inverosímil que aquel animal no sea un ser vivo… que durante mucho tiempo lo rehúye con miedo, pensando que aquella Comunidad debe pertenecer a algún tipo de infierno moderno del que jamás será capaz de escapar.

ΔΔΔ

Los años comienzan a acumularse en los calendarios a una velocidad vertiginosa. Dócil como su gato, aprende a sobrellevar esa extraña vida que un día le autoimpusieron. Si lo piensa con frialdad, en verdad todo lo que le ha pasado allí han sido cosas positivas. Aun así, en ocasiones, algo rompe la tranquilidad de sus noches. Asustado, despierta. Missy duerme tranquilo a los pies de su cama. Una nueva pesadilla, en forma de la vida que dejó atrás a la fuerza, le reprocha cosas que no es capaz de comprender. En esas noches, en las que el miedo ya no le deja dormir más, vuelve a sus experimentos en busca de los medicamentos que utilizan para hacerle olvidar. Se ha dado cuenta de que el paso del tiempo los ha vuelto más descuidados. Desde hace unas semanas ya no cambian con tanta asiduidad los alimentos ligeramente tratados. Eso le ayuda bastante a la hora de localizarlos. Y también a recordar. Y a tener mayores y más recurrentes pesadillas. Y a…

Desde hace unos días, una alarma se enciende en su pantalla domótica, de forma intermitente, roja como el fuego del averno. No puede dejar de mirarla, con desconfianza, en esas noches en vela en las que los recuerdos no le dejan seguir.

La luz le trae malos augurios.

ΔΔΔ

La explosión es atronadora. Hace que su mundo entero se retuerza. Ha vuelto pronto a casa, hoy no tenía ganas de trabajar y, total,

nadie controla nada en aquellos estúpidos y sin sentido puestos de trabajo. Desde la ventana, cuando el terror se lo ha permitido, abrazando con fuerza a su gato que ronronea confundido, observa cómo se forma en el horizonte una enorme seta en forma de humo negro y denso. Es oscura y siniestra. Sabe en aquel momento que algo terrible ha ocurrido, y que ese algo va a cambiar para siempre la convivencia en aquella Comunidad que se ha intentado vender como algo idílico. Pero siempre se acaba guardando la mierda debajo de la alfombra cuando no sabes donde arrojarla. En ese momento se vuelve hacia la placa domótica. Aun desde la distancia puede observar hipnotizado aquella luz que no ha dejado de parpadear desde hace tiempo. Algo o alguien ha barrido demasiada mierda debajo de sus suelos.

ΔΔΔ

Anoche recordó muchas cosas de su vida pasada. Alguien le ha borrado el sabor de los besos de Laura, la suavidad de la yema de sus dedos recorriendo su espalda, el placer escondido en los recovecos de su cuerpo. La perdió una vez, meses antes de llegar a la Comunidad. Alguien le ha obligado a volver a perderla, a olvidarla a la fuerza. Durante todos estos años no le han dejado pensarla, soñarla, llorarla, nada. Y los odia por eso, demasiado. Vuelve a apretarse las sienes. Los recuerdos duelen. Mientras se viste con su traje negro, frente al espejo, vuelve a recordar todos los momentos vividos junto a la que fue su esposa. Las lágrimas vuelven a recorrer sus mejillas. Desde hace días llora por casi cualquier cosa. Se siente un yonki pasando el síndrome de abstinencia. Además de narcóticos para olvidar, los alimentos llevaban muchas más cosas. Ahora que lleva días sin probarlos, se ha dado cuenta de ello. Laura ha vuelto a su vida, y mucho más. Mira el reloj, es casi la hora. Debe marcharse. Missy ronronea inquieto entre sus piernas.

—No te preocupes, pequeño —le dice mientras se agacha y acaricia su lomo—, a ti no te olvidaré.

Hoy han montado el circo de los funerales. Todo el mundo acudirá a la cita. Apenas tiene relación con nadie desde hace mucho, aun así, treinta y nueve personas perdieron la vida en lo que se ha vendido como un accidente. Está seguro de que no es así. No sabe el porqué, pero lo sabe. Cuando está a punto de salir de casa, de forma involuntaria, se vuelve hacia la luz intermitente que ilumina de rojo su pantalla domótica. Desde ayer son ya tres las que parpadean. No tiene idea de lo que está pasando allí, pero sabe que no es ningún accidente.

ΔΔΔ

Vuelve a casa asustado. Ahora lo recuerda todo. La cita. Estar agazapado en aquella esquina. El hombre que bajó del taxi frente a aquel edificio. Las máquinas (porque sí, ya entonces supo que su comportamiento extraño pertenecía a algún tipo de máquina con forma humana muy evolucionada). Correr hasta su edificio. Aquella sombra. Y el terrible golpe que lo dejó inconsciente hasta aparecer en aquel mundo que sí, ahora sabe que es una pesadilla. Y lo ha recordado todo al mirarle a la cara. A aquel hombre, que iba en silla de ruedas, aferrado con fuerza a una de esas máquinas con forma diabólica de mujer. Aquel hombre fue el que vio entrar en aquel edificio, desde su escondite. Ahora lo recuerda a la perfección. Se ha fijado en él porque desde la distancia lo ha visto nervioso, volviéndose en todas direcciones, como si buscara algo. Ha podido verle perfectamente el rostro. Sí, era él. Y resulta que es uno de sus vecinos. Casi casi puede verlo desde las ventanas de su propio salón. ¿Cuántas veces, en los últimos años, le ha deseado los buenos días? Ahora ha recordado. Tiene que hacer algo.

Pero ¿qué?

ΔΔΔ

A través de la ventana vuelve a observarlo. Llega a casa tranquilo. Ese engendro metálico seguro que le espera en el interior, con sonrisa de terciopelo y cuerpo de infarto. ¿Sabrá lo que es

realmente? Lleva varios días sin querer salir. Ni tan siquiera ha avisado en el trabajo. Sus compañeros ya le han mandado un par de mensajes. Está convencido de que le están espiando. Pero le repulsa la realidad de plástico y cartón que han creado a su alrededor, ha decidido no seguir jugando a este juego. Ayer destrozó a martillazos al gato, no aguantaba más su falsa mirada. Aún no ha podido limpiar del todo la sangre que salpica las paredes de la cocina. Tiene que advertirle, tiene que decirle que están en peligro. ¿Lo están? Sí, cada vez está más convencido de ello. La explosión solo ha sido el principio. Están narcotizados, todos. Y él es tan solo uno. No sabe por dónde empezar. Y entonces traza un plan, sentado en la mesa de su enorme salón, apenas iluminado por un puñado de velas. Por su espalda aún corretea, juguetona, alguna gota de sangre. Mira a su derecha. Sobre la tarjeta de visita que recibió la primera vez que accedió al mundo exterior, la que encontró en el felpudo de su casa (y que por alguna extraña razón siempre ha guardado con recelo), ha dejado aún ensangrentado el microprocesador que con cuidado se ha arrancado él mismo de la parte posterior de su cráneo. No sabe cuánto tiempo tardarán en darse cuenta de la anomalía, por eso siente la necesidad de darse prisa. Coge un par de folios y un bolígrafo y comienza a escribir.

En un primer momento, no sabe ni por dónde comenzar. Su mirada se desvía hacia el microprocesador. Y hacia esa tarjeta de bienvenida.

Bienvenido a la Comunidad 2037,
dónde todos tus sueños se hacen realidad

Mira en silencio el texto. Con el bolígrafo tacha de forma nerviosa la palabra «sueños». En su lugar escribe lo primero que le viene a la cabeza.

Luego, como si esa acción haya sido el faro en mitad de la tormenta, la claridad llega a su cabeza. Y escribe…

—Querido vecino:

—Tú no me recuerdas. Pero no te preocupes, yo te haré recordar…

ΔΔΔ

Se ha escondido agazapado entre las sombras. Cree que le ha vuelto a pillar observándole a través de la ventana. No sabe cómo llegar hasta él. Entre el miedo que le ha cogido al exterior y ese engendro metálico que siempre le acompaña… le resulta imposible. Ha escrito en un montón de folios, que guarda con recelo, todas las cosas que no se ve capaz de decirle a la cara. Pero no encuentra la forma de abordarle. Vuelve a mirar la pantalla domótica que se ubica en una de las paredes de su cocina. Siete lucecitas parpadean de forma enloquecedora. Cada vez son más las luces que parpadean. Y es algo que le aterra, aunque no sabe por qué.

Vuelve a la tranquilidad de su sofá y se recuesta. El dolor de cabeza que sufre desde hace días es antinatural. Nada es capaz de mitigarlo. En ese momento, la puerta de su casa se abre. No, no se abre exactamente, algo o alguien la ha forzado, casi extrayéndola de sus goznes. A través del hueco, borrosa por la cantidad de luz que entra por él, el hombre observa a ¿Mirta? ¿Qué hace ese diablo en su casa?

Intenta alzarse. Sus huesos últimamente no son su mejor compañía. Cuando apenas está a medio camino de conseguirlo, Mirta ya está casi sobre él. ¿Cómo ha podido desplazarse con tanta rapidez? Antes incluso de que su cerebro sea capaz de responderse a sí mismo, un terrible puñetazo en la cara lo lanza del sofá al suelo. El hombre escupe, intentando no tragarse la sangre que se apelotona en su boca. Observa aterrado como pequeños trozos de dientes caen sobre la alfombra. Apenas tiene tiempo de réplica alguna, una patada en el estómago lo lanza contra la pared. Algo se desquebraja en su pecho. Es un muñeco de trapo al lado del engendro. El pensamiento le da más miedo que su mirada enloquecida.

Otro golpe en la cabeza, con un puño que más parece un martillo que una extremidad, lo lanza de nuevo contra el suelo.

El siguiente golpe, el que al fin le rompe las paredes del cráneo, hundiéndole algunos de sus trozos en su masa encefálica y provocándole la muerte en el acto, es el causante de que desaparezcan de repente todas las preocupaciones que desde hace días lo tienen recluido en aquella cárcel con forma de casa en la que se había guarecido.



PARTE DOS

...DONDE TODOS TUS ~~SUEÑOS~~ SE HACEN REALIDAD.

PESADILLAS

PARTE DOS

... DONDE TODOS TUS SUEÑOS (PESADILLAS) SE HACEN REALIDAD.

EVA

Han pasado más de diez días y sigue sin saber cómo actuar. Un dolor de espalda extraño lo ha mantenido alejado del trabajo durante todo ese tiempo. El doctor, al que acudió por insistencia de Mirta, no encontró nada en las pruebas realizadas. «Será el estrés», concluyó el hombre, tras repasar mil veces los informes en los que no fue capaz de encontrar nada que tranquilizara a la mujer que se sentaba frente a él. «Será el pánico más absoluto», vuelve a pensar él, mientras observa como la cosa que hace las labores de esposa sigue enfrascada en algo que la tiene entretenida en la cocina desde hace un rato.

No ha vuelto a comentar con su esposa nada al respecto del incidente acaecido con el vecino. La locura se apoderó de sus circuitos, supone. Si cierra los ojos, la oscuridad vuelve a mostrarle en su cabeza toda aquella sangre, aquella cabeza destrozada, los ojos de satisfacción de su esposa mientras seguía golpeando. Durante todos estos años ha aprendido a mirarla como a una igual. Al principio le costó, no nos vamos a engañar. El manual de instrucciones que la acompañaba era muy concienzudo a la hora de definirla. El cariño, las caricias, las noches de pasión desenfrenada consiguieron que se adaptara a ella. Fue como si hubieran fabricado su pareja perfecta. La quiere, la ha querido con locura. Pero tras el incidente… la teme con toda su alma.

Como si presintiera que está pensando en ella, Mirta se vuelve hacia él y le sonríe. Él vuelve a fingir que está leyendo aquel libro que apenas le está entreteniendo en el paso de sus horas.

Nadie ha dicho nada al respecto. ¿Es que acaso nadie vio el asesinato? Mirta regresó a casa tranquila. Se desnudó delante de él, fue a la ducha, la ropa fue calcinada en la barbacoa en la que tantas

veces han cocinado. El hombre estuvo dos días mirando por la ventana, esperando que un circo de policías e investigadores acudieran a la casa alarmados por cualquier cosa. Para su sorpresa, nada de todo eso ocurrió. Al tercer día, unos hombres, ataviados con trajes de plástico y gorras blancas, entraron en la edificación y lo limpiaron todo. Bajaron las persianas, cerraron la puerta y se marcharon. Incluso uno de ellos, con parsimonia, perdió el tiempo cortando el césped del jardín trasero de la estancia. Edward casi enloqueció ante aquellas imágenes. Se estaban llevando el cuerpo de un ser humano en bolsas de basura de plástico negro, ¿y a alguien se le ocurría cortar el puto césped?

—Cariño, ¿te ocurre algo? —le preguntó Mirta, sobresaltándole.

Recuerda perfectamente que se asustó, mientras se volvía hacia la voz. Se sintió como ese niño pequeño al que acaban de pillar con la mano en el interior del bote de las galletas. La mujer, de forma fugaz, miró a los hombres que abandonaban la casa después de haber cumplido su cometido. Una incertidumbre que no pudo borrar se quedó encallada en su mirada. ¿Era posible que sus circuitos lo hubieran borrado todo de su CPU?

Pasaron los días y Mirta siguió sin decir ni una palabra al respecto. El hombre, en más de una ocasión, sintió la necesidad de sacar el tema a relucir, sus noches se habían llenado de pesadillas y era incapaz de soportarlas a solas. Pues si impactante había sido el incidente de su vecino, no menos lo era lo que le había enseñado su compañera de trabajo, Eva, a través de aquella nota escrita entregada de forma misteriosa aprovechando la ausencia de gente en aquella sala de descanso. ¿Qué significado tenía lo que había visto minutos antes de que aquel edificio saltara por los aires? ¿Era posible que todo lo que le estaba ocurriendo guardara alguna extraña relación?

A lo largo de los años, Edward había llegado a formar una extraña teoría en su cabeza. No se la había comentado nunca a

nadie. No tenía amistades tan cercanas como para compartir sus inquietudes y miedos. Se arrepentía de no haber aprovechado alguna ocasión para hacerlo. Tal vez no se sentiría tan solo ahora.

No, no quería volver a lamentarse con sus estupideces del pasado. Tampoco quería pensar qué demonios le había ocurrido a su compañera de trabajo, desaparecida desde hacía ya tantos días. Pero la mirada de Marcos, su compañero de vida, en aquel funeral de estado orquestado con prisas y malas intenciones, seguía poniéndole los pelos de punta. ¿Dónde se había metido la muchacha? No contestaba al teléfono de casa, no había vuelto a acudir a su puesto de trabajo… Incluso Mirta, instigada por las dudas del hombre, fue a llevarle unos pasteles de crema para celebrar una mentira que se había inventado a marchas forzadas el marido. Pero esta volvió a casa extrañada, indicándole que nadie había contestado a su insistencia en forma de golpes con los nudillos a la puerta.

Y ahora esto…

Vuelve a mirar a Mirta, que sigue enfrascada en algo que le está quitando el tiempo en la cocina. Aprovecha para sacar de uno de sus bolsillos la pequeña nota de cartón que esa misma mañana ha encontrado en la parte más honda del buzón de su entrada. En el reverso hay unas palabras escritas. Si no le hubiesen ocurrido tantas cosas en los últimos días, no hubiera entendido nada de lo ocurrido y habría tirado sin más el trozo de cartulina a la basura, pensando en que todo formaba parte de una broma pesada. Pero le habían ocurrido demasiadas cosas, no podía dejar de leer aquellas letras escritas en mayúsculas, con letras de imprenta…

NO CREAS. NO ACEPTES. NO TEMAS

Y debajo de ellas, en bolígrafo y pulso irregular, alguien le había escrito de forma apresurada:

¡Busca a Eva!

ΔΔΔ

Despierta desorientada. Todo está oscuro. Le duele tanto la cabeza que apenas es capaz de pensar con claridad. Respira de forma entrecortada. Un sabor extraño, como a metálico, inunda su boca. Poco a poco va volviendo en sí. Al hacerlo, al intentar moverse, se percata de que está atada de pies y manos, con gruesas cuerdas, a lo que parece un pilar de hormigón a sus espaldas. Al revolverse, por instinto, nota como la piel de sus muñecas se cuartea. ¿Qué demonios le ha ocurrido? Cierra los ojos, intenta aclarar sus pensamientos. Pero duele todo demasiado… y acaba perdiendo el conocimiento, de nuevo.

Vuelve en sí. No sabe cuánto tiempo ha estado inconsciente. Ahora hay más luz a su alrededor. Observa que la pared es de roca mal cortada. ¿Una cueva? ¿Una gruta? En un pilar próximo a ella hay otra persona atada.

—¿Adam? —pregunta angustiada, al observar el estado en el que se encuentra el hombre. Está medio desnudo, su cuerpo lleno de extraños hematomas de colores horribles.

El hombre se vuelve hacia ella, con dificultad. Un ojo lo lleva tan hinchado que apenas es capaz de abrirlo unos milímetros.

—¿Dónde estamos? —pregunta ella, con miedo a que pierda la consciencia y la deje allí sola. El estado de su compañero es lamentable.

—No tengo la menor idea —susurra sin fuerzas—, parece que en el interior de una cueva. ¿Cómo estás?

—Mal —responde, pero se arrepiente de sus palabras de inmediato al comparar su estado con el del hombre que no hace mucho era uno de sus compañeros de trabajo.

El silencio se hace incómodo. Quiere preguntarle un millón de cosas, pero no sabe ni por dónde comenzar.

—Están casi todos aquí —le dice el hombre de repente, como si pudiera leerle la mente y resolviera así todas sus dudas y miedos.

—¿Todos? —Ahora en su voz hay un terror muy marcado.

¿Están allí por…? Eso es imposible. Ella no ha hecho nada. Apenas ha participado en un par de acciones sin importancia. ¿Es que acaso el mundo se está volviendo loco de repente?

Algo se rompe en el interior de su alma. Y de golpe piensa en Edward. ¿Lo habrá puesto en peligro al darle de forma inconsciente aquel trozo de papel?

Vuelve a mirar a Adam.

Ahora Eva sí que está terriblemente asustada.

ACTIVIDADES CLANDESTINAS

Camina despacio. En un enorme muro, que unos droides están pintando de blanco a marchas forzadas, aún pueden leerse las palabras NO CREAS. NO…

Edward apenas echa un vistazo al muro. Aun así, uno de esos engendros, que ya apenas disimulan su aspecto y condición, le recomienda que siga caminando y no se detenga. No tenía ninguna intención de hacerlo. El hombre que se lo ha dicho, de malos modos, tiene un brazo y una pierna robóticos. Ninguna piel sintética (o lo que demonios los recubra) disimula su estado. Algo sigue degenerándose en la Comunidad a marchas forzadas, y parece que los que están arriba del todo son incapaces de encontrar una solución al problema.

Hoy es su primer día de trabajo, después de casi tres semanas de baja médica por estrés. No ha superado ninguno de sus miedos, por supuesto. Al contrario, el pecho se le ha contraído de tal manera al salir hoy… que casi muere fulminado sobre el felpudo de la entrada de su casa al sentir el calor del sol sobre su rostro en una mañana esplendida, una más en aquel agujero insoportable. ¿Es que jamás iba a llover en esa diabólica Comunidad? Mirta se ha despedido de él con mil besos tiernos y miedo en su mirada. Ella también sabe que no está bien, pero calla. «¿Cuántas cosas sabrá realmente?», se pregunta el hombre, mientras camina con las manos en los bolsillos. «¿Y hasta cuando permanecerá callada?».

Intenta desprenderse de los malos augurios que estos últimos días inundan su cabeza. El edificio número cuatro aparece frente a él. Aquella puerta oscura de doble hoja de cristal le recuerda algo del pasado que no sabe definir, no del todo. Respira hondo y se adentra en sus entrañas oscuras. Siente que, de nuevo, el día a día

lo devora. Se ha levantado más pronto de lo normal. Mirta aún dormitaba a su lado, inquieta. Estas últimas noches, en las que no ha sido capaz de dormir ni utilizando medicamentos que su médico le receta sin medida alguna, se ha dedicado a estudiar su sueño (o lo que sea que haga). Un extraño ronroneo se escucha en el interior de su pecho, como si una enfermedad respiratoria la estuviera consumiendo. Supone que serán sus engranajes, en algún modo *slow*. Antes, al menor movimiento, despertaba de repente. Siempre la sintió, a su lado, como una preciosa y sofisticada alarma de seguridad. Pero ahora ya no despierta con tanta facilidad. Ahora ya nada es como antes.

Se ha levantado más temprano porque no quería encontrarse con nadie por el camino. Y eso que ha podido observar, desde la ventana de su salón, que el mundo parece haberse vaciado de repente, desde hace unos días, desde la explosión, si se detenía más de la cuenta a pensar en esas cosas. Los pasillos de su edificio también se encuentran siniestramente vacíos a esas horas. Lo han arreglado todo a conciencia en muy poco tiempo. Todo está igual que hace unas semanas. En el solar que ha quedado del edificio desaparecido, aún con algunas montañas de escombros, las autoridades tienen pensado construir una zona verde. Pero todo son proyectos e ideas inútiles. Y Edward piensa, desde hace tiempo, que solo hay oscuridad como futuro en aquel agujero del mundo en el que parecen haberse quedado encallados.

Se sienta en su silla. Los quinientos folios rellenos de símbolos que lo mantendrán entretenido las próximas semanas ya descansan, pacientes, a su derecha. Enciende el ordenador y mientras arranca su procesador… vuelve a pensar en el riesgo que corrió hace unas semanas, movido por una curiosidad que aún ahora no logra comprender.

¿Por qué lo hizo?

Todavía no lo sabe. Pero conseguir los papeles que lleva en la parte interna de su chaqueta, los que guarda con recelo por miedo a

dejarlos en cualquier parte escondidos y que alguien los encuentre (Mirta, para que no los encuentre ella fundamentalmente), bien han valido la pena correr ese riesgo.

No ha podido leerlos con detenimiento. Pero algunos párrafos que ha ojeado, aprovechando los descuidos de su esposa, le han puesto los pelos de punta.

ΔΔΔ

Se vuelve hacia su mujer. Sigue produciendo ese ronroneo que le preocupa. Al no mover el pecho apenas, parece muerta. Un escalofrío lo arranca de la fragilidad de las sábanas, angustiado. Se dirige a la cocina y llena un vaso con agua. Mientras lo bebe, pierde la mirada en la pantalla domótica que controla su vida. Varias luces rojas le siguen recordando que ya nada parece funcionar en condiciones a su alrededor. Por inercia, se acerca al salón. Sobre el mueble del teléfono hace mucho tiempo que ya no aparece ninguno de esos diabólicos manuales. Observa por la ventana, aprovechando el anonimato que le regala la persiana a medio cerrar. Desde hace años bajan movidas por su propia voluntad. Sonríe al recordar aquellos primeros días en los que no le dejaban controlar nada, ni tan siquiera algo tan básico como salir de su propio hogar. A través del grueso cristal (Mirta le ha comentado en alguna ocasión que son tan gruesos que ni una ametralladora sería capaz de resquebrajarlos) observa la casa cerrada de su vecino.

Ya han pasado más de dos semanas desde el extraño incidente. La policía estuvo por allí, merodeando. El equipo de limpieza se llevó un camión lleno de bolsas de basura blancas. Lo limpiaron todo a conciencia. Desde entonces, la casa permanece cerrada y a oscuras. Para Edward se ha convertido en algo parecido a un mausoleo.

Vuelve a desviar la mirada hacia las escaleras que conducen a la parte superior de su hogar. Y en contra de toda lógica, decide por fin pasar a la acción.

Sale de casa por el jardín trasero. Llega a la valla que separa ambas propiedades y, mirando en todas direcciones, afloja una de las tablas y se cuela por su parte inferior. El corazón le late a mil por hora. Llega corriendo a la casa de su vecino y fuerza la cerradura. La parte racional de su cerebro le sigue repitiendo que la puerta estará cerrada y que tendrá que volver a casa con el rabo entre las piernas, como se suele decir. En contra de toda lógica, la puerta se abre con un pequeño esfuerzo de sus manos y se cuela con premura en la oscuridad que vive allí retenida. Saca de uno de sus bolsillos la linterna que no recuerda haber dejado allí dentro. Y vuelve a pensar en aquella nota de papel manuscrita que alguien dejó hace unos días en su buzón. Va a la pequeña alacena que hay en la parte inferior de las escaleras que dan al piso de arriba. La casa es casi un calco a la suya, por eso en la oscuridad se mueve como pez en el agua. Abre la puerta de la pequeña estancia, un lugar secreto para quien no sepa qué está buscando. Palpa la pared, hecha de tiras de ese material parecido al plástico que parece formarlo casi todo en aquel lugar maldito. Tercera tira. Golpea con los nudillos. Sí, está hueco. La arranca con sus propias uñas. Se lastima un dedo, pero la adrenalina apenas le permite darse cuenta de ello. Cuando consigue sacarla del hueco que hasta entonces ha ocupado… unos papeles caen al suelo. Al principio los observa con miedo, como si al cogerlos, estos pudieran quemarle las yemas de los dedos. Por un momento, algo en su cerebro reza para que la nota que encontró en el buzón fuera una broma de mal gusto. Pero allí están esos papeles, donde decía que estarían. ¿Dónde demonios se está metiendo sin pensarlo?

Un ruido llama su atención. Recoge los papeles con prisa. Ya los leerá en otro momento. Vuelve a clavar el trozo de plástico y sale de su escondite. No ve nada mientras se desliza entre las sombras.

Sale corriendo de aquel lugar como alma que lleva el diablo.

ΔΔΔ

Frente al ordenador, vuelve a observar esos papeles, los que ya están en su poder desde hace varios días. Todavía no los ha leído con detenimiento, Mirta últimamente está demasiado pendiente de sus movimientos. No la teme, pero quiere ahorrarse una bronca por sus últimas actividades clandestinas.

Vuelve a mirar hacia el pasillo, vacío todavía a esas horas de la mañana. La oscuridad es casi total tras las ventanas.

Coge el primero de los folios. Observa por unos segundos esa letra de caligrafía pobre, rápida y asustada. Vuelve a replantearse si es buena idea leer lo que allí se expone. Algo dentro de él le advierte que aquellas palabras van a cambiar muchas cosas en la cómoda vida que le han impuesto en aquella Comunidad. Al final, resignado, comienza a leer…

—Querido vecino:

—Tú no me recuerdas. Pero no te preocupes, yo te haré recordar…

CONVERSACIONES

¿Hola?

Durante unos segundos, nada ocurre en su pantalla de ordenador. Teme haberse equivocado en algo. Ha seguido los pasos al pie de la letra. Ha llegado al trabajo temprano. Ha comprobado que nadie le seguía. Ya frente a su ordenador, después de comprobar que no había nadie en los departamentos de los alrededores, ha introducido la relación de símbolos que le han facilitado. La pantalla se ha puesto inmediatamente en rojo, por supuesto… se trataba de un código erróneo. Pero cuando iba a borrarlo por simple inercia adquirida con el paso de los años, algo ha ocurrido frente a sus ojos. La pantalla se ha quedado en negro. Y un puntito intermitente le ha invitado a escribir algo. Lleva ya unos minutos frente a la pantalla sin que nadie conteste a la única pregunta que se le ha ocurrido escribir. Y vuelve a pensar, por enésima vez, si se habrá equivocado en algo…

Hola, amigo.

La pantalla al fin le devuelve el saludo. Sonríe nervioso. Nota que el mundo se desquebraja a sus pies y más que caer, ha decidido saltar al vacío de cabeza.

Aquí estoy.

No se le ocurre qué más escribir. Ni tan siquiera sabe por qué se está metiendo en semejante embrollo. Está desapareciendo gente, hay una mayor presencia policial en las calles, hay murmullos… se habla de intencionalidades. Y él jugando a los espías.

Buenos días, compañero. Antes de nada, queremos agradecerte el riesgo que estás corriendo al estar ahí.

Lo sé. Aún no tengo muy claro ni porqué estoy haciendo esto…

Porque sabes que algo anda mal, ¿verdad?

Un escalofrío recorre su espalda. A su cabeza llega la imagen de la pantalla domótica de su cocina, llena de luces intermitentes de color rojo. Sus oídos se llenan de los ronroneos nocturnos de Mirta cuando duerme…

Y ¿qué queréis de mí?

Avisarte. Avisaros a todos. Esto debe cambiar.

Edward se levanta nervioso. Observa el pasillo que une los distintos departamentos. No ve a nadie por ningún lado. Vuelve a sentarse intranquilo.

¿En qué puedo ayudar?

Buscando personas afines. Debes advertirles de nuestra existencia. Convencerles…

«¿Personas afines?», piensa. Su vecino está muerto. Eva está desaparecida…

¿Sabéis donde está Eva?

El silencio que acompaña a su pregunta le parece de las cosas más aterradoras que ha sufrido en los últimos días, y ha sufrido muchas.

Están desapareciendo, todos. No sabemos dónde los llevan. No sabemos si siguen vivos ni cómo nos están encontrando. Están por todas partes…

Edward nota de repente que le cuesta respirar. El miedo ha agarrotado sus dedos. La ansiedad le provoca punzadas en el pecho.

Tengo algo para vosotros.

¿El qué?

Unos documentos. Mi vecino los escribió para mí. Ahora está muerto. Dicen cosas que tal vez sean importantes para vosotros.

A sus palabras le acompaña un nuevo silencio. Tal vez la persona con la que habla esté discutiendo con alguien sobre el siguiente paso a seguir.

¿Puedes pasárnoslos?

¿Es seguro?

Otro silencio prolongado se produce tras su pregunta. Es un silencio bastante esclarecedor. No, no es seguro.

Nos arriesgaremos. Debajo de cada pantalla hay una pequeña entrada de USB, casi invisible. No uses la tuya. Manda los documentos desde cualquier otra pantalla, una de un departamento que esté vacío desde hace tiempo…

De acuerdo.

No lo hagas ahora. Espera unas horas. O incluso un día entero. Recuerda que están por todas partes.

Edward asiente. Está tan asustado que ni siquiera se detiene a pensar que no pueden verlo. De repente, siente la necesidad imperiosa de cortar la comunicación. Se está exponiendo demasiado. Pero debe hacer esa última pregunta que acaba de encenderse en su cabeza.

¿Por qué me estáis ayudando? ¿Por qué a mí?

El nuevo silencio que sigue a su pregunta es desquiciante.

Nosotros no te estamos ayudando.
Tú contactaste con nosotros.

Edward mira la pantalla extrañado. No es cierto esto último. Desde hace tiempo recibe información sobre cosas. Alguien le dijo que buscara a Eva. Alguien le dijo dónde encontrar los documentos que le había escondido su vecino. Alguien le dijo cómo contactar con las personas que están detrás de aquella conversación…

Antes de que pueda escribir algo, antes incluso de que su cabeza embotada por toda aquella información sea capaz de procesar la pregunta que martillea sus sienes, la pantalla vuelve a su posición original. Y una nueva fila de símbolos, tal vez la última que introdujo hace ya lo que parecen cien años, aparece ante sus ojos.

Piensa por unos segundos volver a presionar la combinación que le lleve a ese nuevo mundo en el que se ha introducido, sin valorar con pausa sus consecuencias, pero una voz le devuelve al mundo de plásticos, circuitos y mentiras en el que vive en realidad.

—Hola, Edward, ¿madrugando?

La voz le hiela la sangre en el interior de sus venas. Ya lo ha visto por los pasillos, tras incorporarse al trabajo al superar sus problemas de estrés. Pero ha intentado rehuir sus miradas vacías en todo momento.

Se gira, despacio. Le aterra pensar cuánto tiempo lleva allí plantado. ¿Qué habrá llegado a ver? Se encuentra ante la imponente figura de Marcos, que, apoyado en el marco de la puerta, le observa atento, con los brazos cruzados sobre su pecho.

Como buenamente puede, supera aquellos angustiosos segundos iniciales. Al final Marcos sonríe. Pero hay tristeza anclada en la mirada de aquel ser. Conoce esa sensación, la ha podido ver muchas veces en los ojos de plástico de su propia esposa estos últimos tiempos.

—Trabajo atrasado —suelta al fin, señalando el montón de folios que descansan en uno de los lados de su teclado, apenas utilizando un hilo de voz.

El droide, como si aquella conversación no fuera con él, lo sigue observando durante unos segundos en silencio. Asiente con la cabeza, de forma casi imperceptible. Si no fuera por lo que estaba haciendo hace apenas unos segundos, Edward pensaría que su acompañante dudaba entre invitarle a un café o seguir con lo que demonios estuviera haciendo a esas horas por aquellos pasillos.

Al final, el droide da media vuelta, sin decir nada más, y sigue su camino.

PADRES

Un extraño sueño lo sobresalta. Apenas recuerda nada de él. Tan solo que estaba atado a una columna, en un sótano oscuro. Las paredes de roca mal cortada. A su alrededor, más columnas. De ellas colgaban cuerpos sin vida, algunos de ellos ya putrefactos. Intentaba gritar, una rendija de hierros oxidados, en el techo, debía conducir a alguna parte. Sus labios estaban sellados. De repente, una rata enorme, de pelos apelmazados y mirada enloquecida, se aproximaba al cadáver que tenía a su izquierda. Olisqueaba sus pies con parsimonia. Los movimientos de repugnancia del hombre, por unos segundos, llamaban su atención. Pero pronto volvía a esa pierna retorcida y deformada, tal vez por algún golpe fortuito. Hincaba con descaro sus dientes en una carne que se desprendía con facilidad. Edward intentaba gritar de nuevo, asqueado. Y aunque se intentaba convencer a sí mismo de que no reconoció el rostro del cadáver que había a su lado, al volver a mirarlo, se percataba de que efectivamente se trataba de Eva, su Eva. Le produjo tal impresión aquella visión, que, de repente, despertó en su cama, gritando, apretando con fuerza las sábanas entre sus dedos. ¿Lloraba?

Al volverse hacia su derecha, volviendo en sí y repitiéndose cien veces que toda aquella locura tan solo había formado parte de un sueño, observa extrañado que Mirta no está a su lado. Es raro que no se la encuentre mirándole, en silencio, con esos enormes y profundos ojos desprovistos de vida. En ese momento no es capaz de dar forma a la inquietud que le aprieta el alma. No sabe si es peor encontrarla observándole en silencio, de repente al despertar, o aquella ausencia a la que no lo tiene nada acostumbrado.

Baja las escaleras, sigue dándole vueltas a ese montón de malos augurios que últimamente llenan su cabeza. Entonces la ve,

asomada a la ventana, observando algo entre las sombras de la mañana. Las persianas ya están alzadas, seguramente ha sido ella la que las ha subido. Está tentado a romper la escena diciendo algo, pero tiene miedo a sobresaltarla. ¿Es posible sobresaltarla de alguna forma? Hace unos meses habría sabido contestar aquella pregunta de forma contundente. Decide acercarse a la cocina y comienza a trastear en la nevera. Hace como que busca algo, intentando hacer el mayor ruido posible. La pantalla domótica, a su lado, sigue rompiendo la oscuridad de la casa con sus diabólicas lucecitas rojas.

—Hoy deberías quedarte en casa.

Edward se gira hacia su mujer. Ni tan siquiera se ha vuelto hacia él para hablarle.

Sí, piensa. Hoy sería un buen día para quedarse en casa. La vida en la Comunidad se está volviendo extraña. Hay rumores, y muchos. Incursiones nocturnas en casas apacibles. Desapariciones. La gente tiene miedo. Ayer el jefe les dijo que hoy interrumpirían parte de su jornada laboral. La policía quería hacer unos interrogatorios. «¿Para qué?», preguntaron algunos de sus compañeros, asustados. Apenas susurros ocupando las últimas filas. Pero tan solo obtuvieron silencios por parte de la directiva. Sí, hoy sería un buen día para quedarse en casa.

Pero sabe que no es posible. Tiene que seguir indagando en un montón de cosas que le revuelven las tripas. Ha aprovechado la soledad de su despacho para leerse mil veces los folios que le escribió su vecino poco antes de… En ellos se describen locuras que no sabe si quiere creerse. Mató a su propio gato a martillazos porque pensaba que le controlaban a través de él. Se arrancó el microprocesador que tenía en la parte trasera del cráneo, utilizando un cuchillo de cocina. En uno de aquellos folios le explica cómo hacerlo con todo lujo de detalles. Le invita a hacerlo. Se le ponen los pelos de punta con tan solo pensarlo. También le dice que los alimentos están narcotizados con una potente enzima que les deja más dóciles de lo normal. Habla de un complejo mecanismo de

rotación de materias primas, y de como un simple compuesto, realizado con materiales que puede encontrar por casa de forma habitual, podía desvirtuar su eficacia. Lo intentó hace un par de días, por simple curiosidad, aprovechando un paseo de Mirta. Sufrió una jaqueca enorme esa misma noche. Ha jurado no volver a intentarlo por ahora.

Apoya una de sus manos, con suavidad, en la espalda de su esposa. Tan solo un fino camisón cubre su cuerpo de escándalo. Ella se gira con una media sonrisa forzada en sus labios. El hombre vuelve a pensar que últimamente la pena es mucho más densa en sus pupilas oscuras. Cuando la observa de tan cerca, a Edward le fascina su constitución. Aunque no lo ha hecho a la misma velocidad que él, la mujer ha ido envejeciendo a su lado a lo largo de los años en aquella Comunidad. ¿Cómo pueden haber conseguido una tecnología tan perfecta?

El hombre observa por la ventana. No sabe qué es exactamente lo que miraba la mujer, pero a parte de la casa de su vecino, detrás de ambos jardines colindantes, y la valla de madera blanca que desde hace tiempo ya necesita una buena mano de pintura, no sabe qué otra cosa podría estar observando.

—El vecino no está —susurra ella. A Edward un escalofrío le recorre la espalda—. ¿Crees que también lo habrán detenido?

No quiere mirarla a los ojos, no quiere que vea el miedo con el que convive desde hace tiempo (tal vez, si lo piensa con detenimiento, desde que desapareció su compañera de trabajo, o desde que aquel edificio salió volando por los aires, o desde que fue consciente de que Marcos parece estar persiguiéndolo donde quiera que vaya, o desde que su vecino le escribió aquellas notas, o desde que conversó con aquellos extraños a través de un ordenador elegido al azar, o desde que comenzaron las famosas incursiones nocturnas…). No, no quiere mirarla a los ojos porque se ha convencido, a la fuerza, de que la muchacha no recuerda nada de

aquel episodio. ¿O finge? ¿Podría llegar a fingir tan terriblemente bien?

—Tal vez…

Comienza la frase. Pero en verdad no tiene la menor idea de qué contestar.

La mujer apoya la cabeza en su hombro. Él la abraza con delicadeza. Su cuerpo está frío, como siempre.

—Desayunemos, o se me hará tarde.

La mujer lo observa de reojo. Sabe que no lo va a convencer en eso de quedarse en casa. Su marido siempre ha sido muy meticuloso con sus obligaciones. Es una de las cosas que más le gustan de él.

Asiente, resignada, y en silencio se aproximan a la mesa que centra el espacio de la sala que hace de cocina, donde tantas veces han desayunado a lo largo de los años de residencia forzada en aquel lugar recóndito del mundo que denominan La Comunidad.

Mientras él prepara los vasos y los cubiertos, Mirta calienta la leche y saca los cereales con fruta natural. Desayuno rico en fibras, como recomiendan los manuales. Se los sirve a él y luego se sienta enfrente. Todavía tiene la mirada extraviada. La conversación aún no ha alcanzado ese punto final que cierre el círculo en el que parecen haberse quedado encallados esta mañana.

Edward introduce la cuchara en el bol y espera. Los años junto a Mirta le han enseñado que hay que darle espacio para que sea capaz de rellenar sus tiempos. Después de todo, no deja de ser una máquina casi perfecta. Mirando la cuchara cubierta de cereales, frente a él, a la cabeza le llega el susurro de su vecino, en forma de nota escrita de su puño y letra. La comida narcotizada. La mano tiembla al acercarse la cuchara a la boca. Traga con dificultad, como si estuviera comiéndose una enorme bola de pelos.

—Quiero ser madre.

La mujer ni tan siquiera ha tocado los cubiertos. Ahora lo observa sin pestañear, como hace cuando es férrea en un pensamiento. Edward sabe que no va a poder quitarle esa idea de la cabeza, por mucho que discutan. No es la primera vez que se enfrentan a un tema tan peliagudo (el hombre ha intentado dejar clara su opinión en más de una ocasión). Pero tal vez, al enfrentarse a esa mirada llena de lágrimas densas, sí sea la última.

ΔΔΔ

Aún con una terrible incertidumbre embotando su cabeza, Edward llega a su puesto de trabajo esa mañana. La sonrisa de Mirta, tal vez la primera sonrisa sincera en las últimas semanas, ha conseguido insuflar algo de paz a su alma. Al final le ha prometido estudiar a fondo el tema de la paternidad. Irán al experto. Estudiarán todas las consecuencias. Para la mujer ha significado un triunfo personal, aunque no haya pasado más allá de la sonrisa que ya no ha abandonado sus labios. ¿Ha sido todo un error?

Sabe que no es el momento ideal para tomar una decisión tan compleja. Son momentos difíciles en la Comunidad. Los rumores de que algo malo ocurre inundan los callejones oscuros a los que ya nadie quiere entrar, por miedo. Las casas, por las noches, quedan atrancadas por dentro. Antes podías dormir en el jardín en ropa interior sin ningún tipo de preocupación. Ahora cualquier sombra hace que te vuelvas con el corazón entre los dientes.

Ha visto varios coches de policía aparcados en la puerta de su edificio de trabajo. Los jefes, con preocupación en sus rostros, los estaban esperando en la entrada para comunicarles, serios, que ocuparan sus puestos de trabajo habituales y que poco a poco irían informándoles de los pasos a seguir. Habían habilitado espacios comunes en la quinta planta para «charlar» amablemente con los agentes.

Alguien ha entrado hace unos minutos para indicarle que ya era su turno. Apenas ha metido un par de párrafos de esos endemoniados símbolos en las horas que lleva allí sentado. Hoy no se puede quitar los murmullos de la cabeza. ¿Y si tiene que mentir? ¿Y si el microprocesador de la parte trasera de su cráneo es lo que dicen sus notas? Le vendieron, hace miles de años, que apenas era un botón para controlar la ansiedad inicial de su nueva vida. Ha releído mil veces en los últimos días el párrafo del manual en el que se lo explicaron, aunque en las notas de su vecino se decían cosas totalmente distintas. Cosas inverosímiles, difíciles de creer. Pero ¿acaso aquel mundo entero es fácil de creer?

Se alza por inercia y camina despacio hacia las escaleras que lo llevarán a la quinta planta. No tiene ganas de tomar el ascensor. Mientras camina, indeciso, su mente vuelve a repetirle una y otra vez las anotaciones de su vecino.

Un aparato con el que pueden controlar las emociones, la voluntad, tal vez incluso hasta los pensamientos. Localizador GPS… ¿Quién sabe qué más puede hacer? Pero no te preocupes, yo te enseñaré cómo deshacerte de él.

En un par de ocasiones intentó quitarse aquel diabólico aparato él mismo, siguiendo las recomendaciones del extraño personaje que durante tantos años vivió a su lado sin decirle apenas más que «holas» tenues o movimientos de cabeza. Pero es débil en sus convicciones. Nunca consiguió ni tan siquiera rozar su nuca con la cuchilla de afeitar que, temblando, mantenía entre sus dedos. Y ahora marcha hacia aquella «charla», denominada así por sus jefes. Interrogatorio en toda regla. ¿Será capaz de enterrar todos sus miedos ante la atenta mirada de aquellos seres de metal? ¿Se rendirá a las primeras de cambio?

Con muy poca atención en lo que está haciendo, llega hasta la puerta cerrada que le han indicado. Ausente, no se percata de que alguien sale de forma apresurada de su interior. Chocan y, de la fuerza del impacto, pierde la verticalidad. Siente la sensación de que

le ha arroyado un tren a toda velocidad. Cuando está cayendo, nota como unas manos fuertes lo retienen y evitan el golpe contra el suelo. Una mano en la espalda, otra en la nuca. Un frío extraño traspasa su piel. Le hace volver de los miedos que lo tenían retenido segundos antes. Y se encuentra con la mirada de Marcos, oscura y vacía. Contra él ha chocado. Salía del interior de aquella sala. ¿También los están interrogando a ellos? ¿Qué sentido puede tener algo así?

La pareja de Eva, el hombre con el que en el pasado mantuvo interesantes charlas y buenos momentos, lo ayuda a recuperar la verticalidad de nuevo. Mira fugazmente hacia el interior de la sala de la que acaba de salir de forma apresurada. Luego, vuelve a mirar a Edward, en silencio.

—Suerte —le susurra, y se marcha de su lado como alma escapada del inframundo.

ΔΔΔ

Vuelve a casa derrotado, después de un día extraño. El mundo parece pesarle demasiado a sus espaldas.

Mirta lo espera, sonriente, tumbada en el sofá. Al hombre no le pasa inadvertido que se está acariciando el vientre por encima de la fina tela en forma de camisón que adorna su cuerpo. La mujer cambia el semblante del rostro cuando observa el pesar en la mirada del hombre.

—¿Todo bien? —pregunta indecisa, incorporándose. Con la mano da palmadas en el sofá, invitándolo a sentarse cerca de ella.

El hombre se deja caer, abatido.

¿Todo bien?, se pregunta en silencio, y lo que más le preocupa es que no sabe qué contestarse. El interrogatorio, que ha resultado ser cruel y demasiado subido de tono, le ha causado tal pavor que, aún ahora, después de una jornada larga de trabajo, le

produce escalofríos. Desde el primer momento sintió que le trataban como a un criminal, y que las palabras que surgían por su boca eran simples excusas para no acabar quemado en una enorme pira, en medio de la plaza principal del pueblo, como hacían con las brujas malas en sus cuentos de niño. Una extraña máquina, en una de las esquinas de aquella sala en penumbras, provocaba extraños ronroneos cuando abría la boca y dejaba escapar palabras en forma de lamentos. ¿Cuáles eran las intenciones de aquel artefacto? ¿Tal vez se estaban metiendo en su propia alma y rebuscaban, con ansia y profesionalidad, la excusa perfecta para darle el tiro de gracia? En un par de ocasiones se encontró frotándose con ansia la parte trasera de su cráneo. En esos casos, los interrogadores detenían su verborrea. Miraban de reojo al que tenía la mirada anclada en la pantalla de aquella máquina. Cuando este asentía, sin abrir los labios, proseguían con sus dardos envenenados.

Le preguntaron mil cosas intranscendentes. Sus pautas de vida, sus gustos, en qué ocupaba su tiempo libre… Entre medias de esas preguntas que no parecían ir a ninguna parte, dejaban caer frases sangrantes. Querían saber si conocía de alguna forma al grupo que denominaban NO, si había tenido algún contacto con ellos, si conocía a los instigadores de actos de los que ni tan siquiera había oído hablar, si había tenido algo que ver con la explosión del edificio número doce… Edward, asustado, contestaba negativamente a todo. Algunas cosas ni tan siquiera se le habían pasado por la cabeza que se hubieran producido por culpa de alguien. ¿La explosión del edificio no había sido un accidente? Sí conocía la existencia de ese grupo, hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que eran los mismos con los que había hablado por ordenador hacía tan solo un puñado de días.

De reojo, seguía mirando aquella máquina que ronroneaba cada vez que sus labios se movían. ¿Hasta cuándo podría seguir mintiéndoles?

En contra de toda lógica, consiguió salir ileso de una conversación que apenas había tenido de «charla» la introducción

inicial. Y a pesar de los interrogantes que con claridad pudieron encontrarse en sus titubeos, de nada pudieron culparle. Volvió a su puesto de trabajo sin comprender qué había ocurrido realmente.

—Todo bien —acaba diciendo a su esposa, después de abrazarla y darle un beso en esos labios de mentira que tanto le gustaba besar.

La mujer aprovecha la situación para sentarse a horcajadas sobre sus piernas, presionándolo contra el sofá. Él le rodea la cintura con sus brazos y la atrae hacia él todo lo que le permite su cuerpo. Comienza a besarle el cuello, de forma sensual. Se detiene en su oído…

—Nos lo han concedido —le dice, apartándose de él lo suficiente para poder mirarlo a los ojos. Las lágrimas se apelotonan en el contorno de sus párpados, amenazando con saltar al vacío.

Cuando Edward ve que la mujer desvía la mirada hacia su derecha, hace lo mismo. Y observa, con asombro, como un nuevo manual ha aparecido junto a aquel teléfono que no recordaba haber utilizado nunca. Hacía mucho tiempo que no aparecía ninguno ya…

La mujer estira uno de sus brazos y lo coge con confianza. Se lo enseña a su marido.

En la portada del manual se puede leer…

CAPITULO VEINTE
FELICIDADES, PAPÁS

LOS DÍAS OSCUROS

Pasan los días y aumentan las incertidumbres. Tiene miedo, mucho miedo. Mirta vive en el interior de su burbuja personal, esa que ella misma ha creado alrededor de su nuevo estado. Ya se le nota el vientre abultado, y para ella ya no hay otra cosa en el mundo que no sea su pequeño. Hace un mes, los médicos les confirmaron que todo estaba perfecto. El hombre sigue pensando que es una atrocidad traer a este mundo a un nuevo ser, cuando todo parece desmoronarse por momentos.

Han aumentado las incursiones nocturnas. Después de los interrogatorios realizados a todos y cada uno de los trabajadores de los veinticuatro edificios destinados a la realización de las jornadas laborales, a alguna conclusión debieron llegar esos malnacidos. Pues desde entonces, aprovechando las noches, se dedican a entrar en las casas y a llevarse a sus ocupantes, para no aparecer jamás. Nadie sabe dónde se los llevan, ni a quien se van a llevar, ni las razones de por qué lo hacen. Nadie informa ya de nada, tal vez a nadie le importa ya informar. Acabar con el grupo de indeseables que siguen dibujando ese NO en mayúsculas sobre los muros se está convirtiendo en lo único importante. Y él les ha ayudado con las informaciones que les pasó aquella madrugada. ¿Se habrá condenado por ello?

Cada noche se acuesta convencido de que será la última. Que alguien entrará en su casa a golpe de maza y, aprovechando sus pesadillas, lo arrancará de los brazos de su esposa y se lo llevará para siempre. Quién sabe si lo lanzarán con desprecio al interior de alguna enorme zanja dónde lo dejarán morir como si de una simple alimaña se tratara.

Cada día sale de casa con un miedo atroz, un miedo que agarrota sus músculos, y vuelve a casa despavorido. En el trabajo, apenas es capaz de concentrarse a la hora de introducir en el ordenador aquellos endemoniados símbolos. Vuelve a casa derrotado, y ya ni en ella encuentra el abrigo y la calma que siempre le ha ofrecido su mujer, que ahora más que nunca parece un ordenador programado de forma milimétrica, más preocupada en sus nuevas metas que en las que un día, en forma de vida en común, le impusieron.

Todo se está yendo a la mierda y Edward siente que él está en medio de toda esa mierda…

ΔΔΔ

De repente, un ruido extraño le devuelve a la oscuridad de su habitación. Desorientado, intenta rasgar la noche con su mirada cansada. Hoy es fin de semana y recuerda haber desconectado el despertador, intentando desprenderse del cansancio acumulado después de arrastrar varios días de insomnio. Observa la hora que marca, en forma de números blancos, la pantalla de su despertador digital incrustado sobre la mesita de noche. Es muy tarde, el sol ya debería colarse por las persianas que alguien ya se ha encargado de alzar. Pero, en contra de toda lógica, la oscuridad sigue colándose a través de los gruesos cristales que le protegen del resto del mundo.

Se vuelve hacia el lado de la cama que debería estar cubriendo el cuerpo de su esposa, está vacío. Y vuelve a escuchar ese sonido. Es como el ronroneo de un gato, arrastrándose despacio por la moqueta de la habitación. Intenta escudriñar la oscuridad. Su miedo dibuja extrañas sombras que luego se convierten en nada, ante su angustia.

—¿Mirta?

Su voz se escucha aterrada y rota. Ni él mismo se reconoce.

Pero la oscuridad se ha despertado juguetona, y no le da la gana contestar.

Vuelve a mirar el despertador. Y vuelve a pensar, extrañado, que es casi mediodía y la noche sigue dibujándose en el cristal de su ventana.

En ese momento, un golpe atroz lo tira de la cama al suelo. Antes de perder la consciencia, el sabor de la sangre en su boca le trae un extraño recuerdo lejano… de esa otra vida que dejó olvidada hace ya demasiado tiempo.

ΔΔΔ

Abre los ojos de nuevo en aquella cloaca en la que tantas veces ha despertado en sueños. Ahora todo es real. El dolor que lacera todo su cuerpo le susurra, con desprecio, que esto no es otra de esas pesadillas. El olor a muerte y descomposición es atroz. A punto está de perder la consciencia, pero sabe que debe permanecer despierto todo cuanto pueda.

Una extraña claridad se cuela por la rendija de hierros oxidados que hay en la parte superior de lo que parece una cueva. La recuerda de sus sueños. De repente, todos han vuelto con tal claridad a sus recuerdos, que tiene la extraña sensación de haber estado cien veces en aquel lugar. Fuerza los brazos, intentando desatarse, pero el dolor que recorre su cuerpo, como relámpagos de una tormenta de película de terror, mantiene paralizados sus músculos. ¿Qué más puede hacer?

Intenta recordar cómo ha llegado hasta allí. El golpe en la cabeza, sí. Alguien entró en casa, aprovechando la noche. No, la noche no. Era mediodía, recuerda haber mirado la hora en su despertador, extrañado. Pero había demasiada oscuridad penetrando por su ventana entreabierta. Le duele demasiado la cabeza al recordar. Cierra los ojos. No, no debe dormirse de nuevo. Tal vez, si lo hace, no vuelva a despertar…

Mira a uno de sus lados. Atado a una columna de hormigón descascarillada hay un cuerpo. Está atado de las manos, por la parte de atrás. De él apenas queda un amasijo de carne putrefacta y huesos. ¿Cuánto tiempo llevará allí olvidado? Parece como si algo o alguien se lo hubiera comido. Ratas. Sí, ahora las ve corretear. Están por todas partes, enloquecidas. Quiere gritar, apenas le quedan fuerzas para seguir despierto. Se vuelve hacia el otro lado, no quiere seguir mirando aquella locura. La claridad vuelve a jugarle una mala pasada y ve que hay más columnas, y más cuerpos… hasta donde le alcanza la vista.

Llora de forma desconsolada. Nunca imaginó que acabaría así. Su vida era perfecta hasta que comenzaron aquellos dichosos fallos en el sistema. Porque sí, no es tonto y ha llegado a esa conclusión. Aquel mundo de mentira que alguien creó, Dios sabe cuándo (Dios sabe para qué), debía regirse por unas directrices perfectamente establecidas. Y algo comenzó a fallar, sin previo aviso. Recuerda las lucecillas rojas parpadeantes de su pantalla domótica. Sí, algo empezó a fallar hace tiempo y tal vez todo esto tan solo sea el resultado.

Cae derrotado al suelo. Ahora tan solo tiene fuerzas para dejarse llevar. Algo rompe la crudeza de su situación de repente. La trampilla del techo comienza a moverse. La observa asustado. Algo la arranca de sus goznes oxidados. Nubecillas de polvo y mugre emborronan el aire a su alrededor. Del agujero que se ha producido, desciende algo de forma apresurada. Cae al suelo con estruendo. Las ratas salen asustadas en todas direcciones ante el terrible ruido metálico.

Edward abre los ojos asombrado. Es Mirta. Lleva varios arañazos feos en el rostro y una profunda brecha en uno de sus brazos, que le sangra de forma escandalosa. A parte de eso, parece en perfecto estado. Sin apenas moverse, mira hacia arriba asustada, como si esperara algo. ¿La estarán persiguiendo? Cuando pasan unos segundos y nada ocurre… solo entonces, se acerca al hombre.

—¿Estás bien? —susurra, mientras le acaricia el rostro, tras arrodillarse ante él.

El hombre asiente, apenas puede ni contestar. Mientras tanto, de forma dulce y delicada, la mujer arranca sin dificultad las cadenas de hierro que le ataban a la columna y luego lo toma entre sus brazos. Le sonríe, mientras se aproxima al centro de la estancia. Observa el hueco abierto que hay en el techo (el que se ha formado cuando de alguna forma consiguió arrancar la rejilla y colarse por él) y parece detenerse por unos segundos, calculando.

—Agárrate con fuerza —le dice dulcemente, mientras Edward vuelve a reconocer en aquellas pupilas oscuras, aunque tan solo sea fugazmente, a la mujer de la que está enamorado desde hace tantos años.

Luego, y contradiciendo toda lógica, da un salto sin apenas impulso y con él entre los brazos consigue salir por la misma abertura por la que bajó apenas hace unos minutos.

Y aunque la claridad debería haberlo cegado, después de su estancia allí abajo, el hombre vuelve a extrañarse al comprender que es capaz de ver sin problemas. Estudia su entorno, quiere saber en el futuro donde se encuentra aquel agujero con el que ha soñado tantas veces.

—¿Por qué está todo así? —pregunta al fin, cuando parece recuperar la voz.

Mirta observa el cielo, apesadumbrada. A sus pupilas ha vuelto esa oscuridad siniestra que la tenía presa estos últimos días.

—Hace días que el sol no funciona —dice en voz baja, como si le diera miedo que alguien pudiera escucharlos en aquella parte del mundo que parece abandonada—. Por alguna razón que no llegamos a comprender, llevamos varios días bajo esta siniestra oscuridad.

Edward mira el cielo y recuerda aquel momento de extrañeza en su habitación, mientras observaba una noche anclada a su ventana a altas horas del día. Luego vuelve a observar a Mirta, que sigue con la mirada clavada en el horizonte, apenada.

Cuando ya no puede más, se deja arrastrar de nuevo a la inconsciencia, bajo la fuerza protectora de los brazos de su mujer.

MENTIRAS

Sigue observando a través de la ventana el que va a ser el quinto día sin sol. Aunque hay una claridad extraña, parece como si la luz que hasta entonces hubiera hecho de sol se hubiera fundido de repente y nadie fuera capaz de encontrar el fusible que se hubiera estropeado.

Poco a poco se mueve en la cama, buscando una postura que aplaque sus molestias. Apenas ha sido capaz de moverse durante todo ese tiempo, le duelen todos los músculos del cuerpo. Mirta tuvo que emplearse a fondo para coserle la brecha de la cabeza. Ahora lleva doce grapas metálicas escondidas bajo un aparatoso vendaje. No sabía que su mujer tuviera conocimientos de enfermería. Le debe la vida. Se lo ha dicho más de un centenar de veces. La mujer tan solo sonríe y le resta importancia. Iría al fin del mundo a rescatarle, le dijo entre lágrimas cuando llegaron a casa. No quiere llorar recordándolo. No quiere volver a pensar en nada de lo que ha vivido en esos últimos días de su vida.

Vinieron a por él, aprovechando la oscuridad. ¿Iban a dejarlo morir en aquel asqueroso agujero? ¿Quién estaba detrás de todo aquello?

La rabia se convierte en bilis ácida en su garganta. Tiene que hacer algo para que toda esa locura acabe de alguna forma. No sabe si ayudar será un error que le llevará de nuevo a la muerte o no, pero quedarse en la cama no le va a servir tampoco de nada. Ahora sabe que debe escapar de aquel agujero. ¿Mirta estará dispuesta a escapar con él? ¿Debería preguntárselo antes de ponerse en marcha con su nuevo plan?

Lo primero que tiene que hacer es volver a contactar con ellos. Aún recuerda a la perfección cómo hacerlo. Tal vez ya no quede nadie con quien hablar. Si cierra los ojos, puede observar con total claridad aquellos cuerpos en descomposición encadenados a los pilares de hormigón. Pero debe intentarlo. Sabe dónde está el agujero. Antes de perder la consciencia, en brazos de su esposa, pudo orientarse. Conoce la zona, conoce el lugar…

Sus pensamientos se ven interrumpidos por la presencia de Mirta, que entra en la habitación sonriendo. En sus manos lleva una bandeja con el desayuno. Aún tiene feas heridas adornando su rostro de porcelana. Un grueso vendaje cubre la mitad de uno de sus brazos. La herida dejaba ver, por su profundidad, su esqueleto metálico lleno de cables y circuitos. Observa cómo se sienta con delicadeza en el borde de la cama y deja la bandeja a un lado. En sus ojos hay un océano de paz y amor.

—¿Cómo estás, amor? —susurra.

Edward siente como las lágrimas recorren con libertad sus mejillas.

Sí, tiene que volver a contactar con ellos. Tiene que sacar de aquel agujero a aquel ángel de ojos de océanos profundos y cuerpo de metal.

ΔΔΔ

Apenas ha cruzado miradas con dos o tres personas por los oscuros pasillos del edificio. Aprovechando la ausencia de Mirta, que se habría negado en rotundo a su vuelta al trabajo, ha abandonado la seguridad de su casa. La oscuridad que reinaba en las calles a esas horas era siniestra, el silencio, demoledor. Siguen las incursiones nocturnas, ha visto infinidad de puertas precintadas al recorrer las calles de su urbanización. Ha llegado a su edificio de trabajo casi sin aliento.

Tiene que ponerse en contacto con ellos de nuevo. Debe indicarles dónde está aquel agujero. ¿Y si Eva siguiera con vida? ¿Y si se pudiera salvar alguna vida más de las que allí había?

Rehuyendo miradas que pudieran meterle en problemas, aprovecha las sombras que reinan en los pasillos para colarse en el primer despacho abandonado que encuentra. Enciende la pantalla del ordenador. Introduce las claves que previamente ha memorizado. Teclea la combinación de símbolos necesaria. Todo vuelve a quedar en negro tras sus acciones. Espera nervioso. Recuerda que en la anterior ocasión fue él quien dio comienzo a la conversación. Por un segundo apoya las yemas de los dedos en el teclado incorporado a la propia mesa de trabajo. No sabe por dónde comenzar.

Vuelve a su memoria aquel agujero asqueroso en el que despertó atado a una columna de hormigón. Recuerda de nuevo aquellos cuerpos. Un extraño ronroneo recorre sus piernas. Es el miedo, piensa, que quiere volver a apoderarse de su alma.

Teclea deprisa, intentando despejar su mente. Siente que si tarda un poco más en tomar la iniciativa saldrá de allí corriendo despavorido.

Respira hondo, mientras vuelve a leer la frase que ha dejado suspendida en la pantalla.

Sé dónde encierran a los desaparecidos…

ΔΔΔ

Observa nervioso como la noche se apodera de la ciudad. Mirta recoge algo en la cocina, de nuevo ausente. Aún no le ha contactado nadie. Estuvo frente a la pantalla de aquel ordenador un buen puñado de minutos. La espera se le hizo eterna. Al final, la pantalla se reinició. Por miedo a que alguien fuera al despacho a investigar lo ocurrido… desapareció como alma que lleva el diablo. Decidió volver a casa de inmediato. De todas formas, en lo referente a su puesto de trabajo, un burofax, no hacía mucho tiempo, le había concedido

una baja de quince días de duración. Al llegar a casa agradeció que Mirta no estuviera por ninguna parte.

Alguien había decidido arreglar el incidente de la noche eterna, por fin. Desde hacía unos días, ya volvía a lucir el sol, con la misma fuerza y potencia que todos recordaban. Pero a Edward no le había pasado inadvertido que algo o alguien había decidido acortar las horas del día. Ahora la noche duraba demasiado.

La noche anterior, un par de casas habían ardido cerca de allí. Edward vive desde que despertó en su cama en un constante estado de terror absoluto. Y esos malnacidos siguen sin contactar con él.

¿Y si no quedaba nadie con quien contactar? Muchas veces le había surgido la duda en su cabeza. No, eso era imposible. Si fuera así, habrían acabado las malditas incursiones. ¿Entonces…?

Alguien llama a la puerta de repente, desquebrajando sus pensamientos. Mirta sale de la nada y lo observa, en silencio. El hombre ni tan siquiera ha hecho ademán alguno de alzarse de donde descansa, asustado. La mujer se acerca a la puerta, sigilosa. Si no fuera porque está mirando sus movimientos frente a él, juraría que ni está allí. Abre de forma decidida, sin esperar contestación alguna. Pero frente a ella no hay nadie. Edward se ha dado cuenta de que desde hace unos días, la mujer renquea en sus movimientos, pero no sabe si achacarlo a sus heridas o al avanzado estado de gestación que ya deforma tenuemente sus contornos. La mujer sigue observando la calle vacía. Edward por fin se levanta y se acerca a ella. Apoya una de sus manos sobre su hombro con delicadeza. Aun así, ella se sobresalta, lo que vuelve a extrañar al hombre. Hace unos años habría jurado que era imposible una reacción así en uno de los de su especie.

—Tranquila, no hay nadie —le dice al fin, mientras la empuja con delicadeza hacia el interior de la casa y cierra la puerta, despacio.

No le pasa inadvertido que alguien ha movido ligeramente el felpudo que hay a la entrada, bajo sus pies, dando la bienvenida a su cálido hogar.

ΔΔΔ

Vuelve a observar la nota que lleva arrugada en el interior de la mano. Está en es el lugar y la hora indicados.

Al final sí resultaron ciertas sus teorías. Tuvo que esperar un par de angustiosas horas para poder hacerse con ella. Alguien le había dejado bajo el felpudo de su entrada un trozo arrugado de papel. Simple, arriesgado, peligroso, pero indetectable en este mundo de tecnología imposible y domótica inimaginable. Una dirección, una hora, un día. Le daba escalofríos la soledad del lugar apartado. ¿Y si fuera una burda trampa? Debía intentarlo.

Llevaba unos días aplicando, como buenamente podía, los conocimientos adquiridos de su difunto vecino. Como no tenía muy clara la escala alimentaria referida en las notas, intentaba analizar todo lo que entrara en su boca. Ayudaba mucho el nivel de ausencia en el que se encontraba su esposa, siempre observando por la ventana o acariciándose el vientre cada vez más pronunciado. Suponía que a los dos les había afectado mucho el incidente de la incursión nocturna. Gracias a que el hombre había comenzado a evitar los alimentos narcotizados… fogonazos de otra vida, lejana, antigua y casi ajena, habían comenzado a inundar de luz la oscuridad que le regalaban sus párpados cerrados. Pero no solo eso, también había comenzado a replantearse un montón de cosas que hasta entonces había dado como normales, a su alrededor. Había comenzado a preguntarse cosas, a no creer en todo, a ser más decidido en sus acciones.

(NO CREAS. NO ACEPTES. NO TEMAS).

Por esa misma razón no había dudado ni un segundo en acudir a aquella cita. Necesitaba salir de aquel agujero en el que

alguien lo había metido, condenándolo para toda la vida. Necesitaba sacar a Mirta de allí.

Un ruido le hizo volverse de forma precipitada. Estaba rodeado de casas abandonadas y rincones oscuros y densos. Solo en aquel momento fue totalmente consciente del miedo que corría por el interior de sus venas.

—¿Vienes solo? —preguntó una voz, entre las sombras.

ΔΔΔ

Hace frío, mucho. La noche cerrada le trae malos presagios. Intenta resguardarse del viento bajo su chaqueta. Nada se mueve a su alrededor. Le dijeron que tan solo serían unos minutos, pero ha pasado casi una hora y él sigue allí, solo. No sabe qué ocurrirá si Mirta se despierta y observa que su lado de la cama está vacío. Últimamente, sus movimientos se han hecho más erráticos. Tal vez la herida del brazo haya rozado algo importante dentro de su organismo metálico. En varias ocasiones le ha rogado que fueran a ver a un especialista. Ella niega con la cabeza. ¿Cómo iban a dar una explicación creíble a las heridas?

Vuelve a observar el agujero del suelo. Junto a él, con gruesos enganches metálicos, unas cuerdas se aferran y caen al vacío. Los ha llevado hasta allí aprovechando la noche. Al final consiguió quedar con ellos. Eran desconfiados, todo esto les parecía una encerrona. Confirmaron que era humano, revisaron cada rincón de su cuerpo. Le observaron la nuca… como en alguna ocasión ya había intentado quitarse él mismo el microprocesador que allí se escondía, las marcas que había dejado sobre su piel les hicieron creer que no era uno más de la colmena. Él calló cuando le preguntaron. Eso no era mentir, se repetía una y otra vez. Todos le enseñaron la nuca a modo de extraño y siniestro saludo, feas heridas adornaban sus pieles.

Le hicieron mil preguntas. Querían saberlo todo. Lo más extraño fue convencerles de cómo las páginas de su vecino habían

llegado a sus manos. Evitó contar lo de Mirta, si algún día conseguía salir de aquel agujero, quería hacerlo de la mano de su esposa. Lo mejor era dejarla fuera de aquel juego, al menos de momento.

Tal vez quedaron satisfechos, o no. Sea como sea, allí estaban, junto al agujero del que le rescató su mujer hace apenas unas semanas, aún dolorido por lo maltrecho que lo encontró allí dentro. Ha conseguido llegar hasta él sin ninguna dificultad, ha paseado infinidad de veces por aquella parte de la Comunidad. Le han comentado, al introducirse en el agujero, que solo iban a observar con sus propios ojos todo lo que él previamente les había descrito con todo lujo de detalles. Cinco minutos, habían calculado. Una vez encontrada la tumba, como llamaban entre ellos a aquel lugar escondido, podrían acudir sin problemas en otras ocasiones. Pasar mucho rato allí podía resultar altamente peligroso.

Han pasado más de cincuenta minutos y nadie sube por las cuerdas. Edward está enloqueciendo por la espera. Piensa que tal vez tendría que haberles preguntado más cosas. ¿Qué sabía realmente de ellos? ¿Y si resultaban ser los malos de toda esa película? Si en el juego en el que parecía haberse metido sin querer había bandos… ¿quién podía garantizarle que había elegido el correcto? ¿Acaso no debería haberse quedado en casa, bajo los cuidados de su esposa?

No. Vinieron a su propia casa y le arrancaron a la fuerza de su propia cama. ¿No lo recordaba?

Mira de nuevo el agujero y un potente retortijón, en forma de terror incontrolable, vuelve a retorcerle las tripas.

De repente, una cuerda comienza a moverse, al principio de forma casi imperceptible. Cuando piensa que tal vez ha sido fruto de su propia ansiedad, el movimiento de otra de las cuerdas le ratifica sus sospechas. Y luego otra. Y otra.

Las miradas que observa ancladas a las pupilas que aparecen por el agujero son de puro pánico. Él ha estado ahí abajo, sabe lo

que se habrán encontrado. Ayuda a subir a los que tiene más cerca. Llevan pasamontañas tapando sus rostros, no se los han querido quitar en ningún momento. Cuando todo pase, no sabrá a quien ha ayudado esta noche. Tal vez sea lo mejor para todos. Poco a poco van ascendiendo y recuperando las respiraciones, sentados alrededor de aquel agujero que ya se ha convertido para todos en la entrada al más enloquecido de los infiernos posibles.

—¿Habéis…?

Apenas consigue romper el silencio con sus palabras, pero necesita saber si el riesgo que están corriendo ha valido la pena. Quiere saber si han encontrado a alguien con vida. Cualquier persona que, al igual que él, hayan arrancado de la seguridad de su casa para dejarla morir allí dentro como si de un animal abandonado se tratara. También necesita saber si Eva está ahí abajo, aun en contra de las funestas palabras que le susurra su conciencia al respecto. Se siente culpable. Ella le dio aquel papel, ella le arrancó la venda de los ojos, le hizo cuestionarse las cosas… Se arriesgó demasiado. Necesita saber si…

—¿Habéis encontrado a alguien con vida?

Como respuesta, todos se ponen a subir una de las cuerdas. Con esfuerzo desmedido consiguen sacar de allí un cuerpo. No es Eva, es un hombre de tez morena que apenas respira. Pero es una vida, todo aquello ha valido la pena tan solo por haber conseguido salvar una vida.

—Lo que hay ahí abajo es inmenso —dice uno de los hombres, recuperando el aliento—. Hay cientos de recovecos en los que mirar. Y en todos ellos hay cadáveres. Hay que seguir buscando, es muy posible que muchos más…

De repente, un estruendo silencia sus palabras. El hombre sale despedido hacia atrás, el impacto de un potente proyectil le ha destrozado el pecho.

Comienzan a mirar en todas direcciones. La oscuridad se ha hecho tan densa que apenas se puede observar más allá de un par de brazos de distancia. «¿Es posible esto? —piensa Edward aterrado —. ¿Es producto de nuestro propio miedo?».

Entonces comienza el ataque, en todas direcciones. Es una auténtica carnicería. Los hombres con los que había quedado, los que minutos antes estaban bajo tierra estudiando el porqué de aquella siniestra grieta, ven destrozados sus cuerpos por cientos de proyectiles que parecen surgir de casi cualquier parte. Edward tan solo consigue agacharse, aterrado. Reza con todas sus fuerzas para salir de esa locura de alguna forma, aunque hace tiempo que piensa que su funesto destino está más que escrito en alguna parte.

Cuando todo parece cesar, respira hondo. Quiere desaparecer, pero sabe que no es ninguna de sus pesadillas, de esta no va a despertar con tanta facilidad. Mira a su alrededor, todos están muertos. Los disparos han provocado una nube de polvo que apenas le deja ver. Hasta que algo rompe la neblina, ante sus ojos asustados. Es una sombra, un cuerpo, que se mueve con parsimonia entre tanta destrucción. El hombre no se lo puede creer, aunque algo dentro de su cabeza le ha estado dando la voz de alarma. Aquella forma de andar, aquel renqueante caminar…

Mirta rompe la bruma con su figura. En su mirada se refleja la locura más absoluta. Una siniestra sonrisa rompe sus labios. Lleva aún la ropa con la que la vio por última vez, hace apenas unas horas, rondando por la cocina sin nada que hacer. Su cabeza no es capaz de procesar lo que está pasando, es como si hubiera sufrido un cortocircuito y sus pensamientos se hubieran diluido en un enorme barreño de agua, hundiéndose por culpa del pánico.

Observa como la que hace unas horas era su esposa mira los cuerpos que le rodean, satisfecha. Se acerca al hombre al que tan solo segundos antes habían extraído con cuerdas del interior de aquel agujero. Mientras tanto, otros engendros comienzan a salir de entre las sombras, aguantando armas de un calibre imposible que

jamás se han observado en la faz de la tierra. Mirta observa con asco aquel cuerpo. Luego, volviéndose hacia su marido, alza uno de sus pies y chafa la cabeza del hombre, con una tranquilidad terrible. El crujido del cráneo bajo su pie desquebraja la oscuridad y enloquece más, si cabe, a un Edward que ya no es consciente de si sigue vivo o en una realidad paralela en la que parece haberse quedado encallado.

—Pobre Edward —dice de repente Mirta, acercándose a él—. Con lo bien que hubieras estado al lado de tu encantadora esposa. ¿Por qué demonios tuviste que meterte en este estúpido juego de espías?

Sus palabras consiguen devolver a la realidad al hombre, aunque tan solo sea por un corto intervalo de tiempo. Mirta se ha acercado a él, en una de sus manos lleva un pequeño artefacto que parece un arma.

—Mira el lío que has montado —le susurra, sin perder en ningún momento la diabólica sonrisa, mientras con las manos intenta abarcar todo cuanto les rodea—. ¿Qué creías que ibas a conseguir uniéndote a toda esta escoria?

Edward comienza a sollozar. Presiente que se está enfrentando a los últimos momentos de su existencia.

Mirta alarga uno de sus brazos hacia él. Lo encañona con indiferencia. El cañón del arma apenas se separa de su frente por un par de metros. Le aterra enfrentarse a aquellos ojos enloquecidos, donde ya apenas hay rastro de la mujer de la que hace tan solo unas horas estaba enamorado. Decide cerrar los ojos, abatido, pero antes de que le dé tiempo a hacerlo, algo se lanza de forma salvaje contra la mujer, que sale despedida por los aires.

Comienza entonces, en contra de toda lógica, una terrible pelea entre la mujer y lo que sea que la ha golpeado, la nube de polvo que se ha formado alrededor apenas permite distinguir más que una difusa silueta. Los fuertes golpes van acompañados de un

ruido característico, el que produce el metal al chocar con metal. Edward, desorientado después de todo lo vivido, apenas es capaz de entender qué es lo que está pasando. Los demás droides, también extrañados por lo inesperado del asunto, observan la batalla sin saber si deben formar parte de ella o mantenerse al margen. De repente, se escucha un disparo atronador. Y luego otro. El cuerpo que se había lanzado contra Mirta sale despedido por los aires, dando un par de vueltas y cayendo con estrépito al suelo. El azar quiere que el cuerpo quede en tal posición que Edward distingue aquel rostro destrozado sin ningún problema. Es Marcos, el marido de su antigua compañera de trabajo, que le observa con una extraña sonrisa que deforma sus labios ensangrentados. Muestra una terrible paz y tranquilidad anclada a la mirada, que hiela la sangre del pobre hombre. Con un ligero movimiento de cabeza, y sin decir nada, le indica que aproveche el desconcierto para salir de allí como alma escapada del mismísimo infierno.

Edward no necesita más indicación que esa para salir de allí desesperado, deseando que el desconcierto que la batalla le ha regalado le aporte los segundos necesarios para tener alguna oportunidad de escapar.

MARCOS

UNOS MESES ANTES.

Llega a casa más temprano de lo acostumbrado. Hoy se ha levantado con una extraña sensación recorriendo sus tripas… y horas después, tras la larga jornada laboral, aún no sabe cómo definirla del todo. No está capacitado para tener ese tipo de sensaciones. De hecho, para ser más exactos, no está capacitado para sentir muchas de las cosas que siente desde hace unos años. Eva ha sido muy concienzuda siempre con sus limitaciones. No es humano, y aunque él tenga un férreo conocimiento de su existencia, aún recuerda con estupor como la persona que siempre ha considerado su compañera de vida se vio obligada a arrancarle un trozo de piel del brazo para que se concienciara de los mecanismos que formaban el interior de su organismo.

Y aunque la muchacha no se ha cansado de repetirle, en infinidad de ocasiones, que él no tenía la capacidad de sentir, al menos no como podían hacerlo las personas, desde hace un tiempo extrañas sensaciones le hacen zozobrar. Algo está ocurriendo, escondido en esa otra zona oscura que habita bajo la inmensa luz de aquella Comunidad siniestra. Y ese algo, para su pesar, cada vez es más grande y siniestro.

No quiere inmiscuirse en los escarceos que desde hace tiempo su mujer realiza después de su jornada laboral. Sabe que queda con algunos de sus compañeros. Tiene el conocimiento exacto de cada uno de ellos, sabe dónde viven, sabe sus nombres y apellidos. No sabe nada de sus intenciones, por supuesto. Pero esa sensación…

Hoy se había levantado con un extraño miedo oprimiendo sus entrañas. Y eso que ya sabe, también por cortesía de su esposa, que muchos de sus órganos no cumplen con exactitud las mismas funciones que tienen en los cuerpos de los humanos. Por esa razón ha llegado a casa temprano. Por esa razón ha llamado a gritos a su esposa, aun intuyendo que ella no está en su interior. Se dedica a registrar todos y cada uno de los cajones donde suele esconder sus pertenencias. Necesita encontrarla. Sabe, de alguna forma, que la muchacha se encuentra bajo un gran peligro.

La explosión de aquel edificio, que segó la vida de todos los que en aquel momento se encontraban en su interior, le sorprende en medio de la sala de estar, desesperado por no saber dónde seguir buscando.

Se vuelve hacia la pared acristalada que da hacia la parte trasera de la casa. Puede observar, a través del grueso material trasparente, la llamarada que provoca la terrible deflagración. Una enorme columna de humo tiñe de oscuridad aquel sol extraño que siempre parece forzar su presencia sobre el horizonte.

Es consciente, en ese mismo instante, ante la terrible visión, que muchas de las cosas que ya están cambiando en la clandestinidad, a partir de ahora lo harán de una forma más acelerada. Ahora más que nunca, piensa aterrado, debe encontrar a Eva cueste lo que cueste.

△△△

Los engranajes que mueven de forma clandestina la Comunidad se han dado prisa en realizar unos funerales de estado para las víctimas del incidente. Treinta y nueve en total, entre organismos robóticos y humanos. No transcienden en ningún momento los nombres de los fallecidos que después pasarán a formar parte de la memoria de todos gracias a la grabación apresurada en aquella lápida conmemorativa. Pero casi desde los primeros instantes tras la

detonación, Marcos ya supo que Eva no se encontraba en aquella lista. ¿Dónde demonios la tendrán prisionera?

Ha acudido a aquel ridículo acto social porque algo en su programa base, casi desde el mismo instante en que se produjo la explosión, se lo ha impuesto como una prioridad inquebrantable. Y contra las directrices azules, como bien sabe, nada puede hacerse. Eso le ha hecho pensar que, con toda probabilidad, todo aquello haya estado siniestramente programado. Eva se lo ha advertido en infinidad de ocasiones, la Comunidad no es un lugar idílico de vacaciones perpetuas, es más bien un agujero negro con algún fin siniestro que se ha adornado de vivos colores por una mano demoníaca. El droide recuerda con todo lujo de detalles cómo reía a carcajadas cuando escuchaba ocurrencias como aquella de boca de su esposa. Pero ¿y si tuviera razón desde el principio?

Se vuelve sin disimulo alguno hacia el hombre que descansa en aquella silla de ruedas. Lo conoce a la perfección, ha compartido momentos junto a él y su desaparecida Eva. Tal vez…

Intenta sonreírle, desde la distancia. Pero Eva siempre le ha advertido de sus extrañas muecas. Le ha repetido, una y otra vez, casi hasta el límite de la exasperación, que sus sonrisas dan miedo a los demás. Le hacen parecer más siniestro de lo que de por sí son los «seres imitadores», como así los ha llamado siempre su mujer en la tranquilidad de su casa.

Vuelve a mirar al frente, hacia aquel hombre al que todos llamaban «alcalde», pero no deja de ser otro de esos «imitadores» de los que hablaba su mujer. Lágrimas densas que escuecen comienzan a recorrer de nuevo sus mejillas postizas.

ΔΔΔ

Aprovechando la oscuridad que le regala la noche, recorre decenas de calles vacías. En su cabeza, millones de bits de información se superponen unos a otros. En los últimos días han pasado cosas aterradoras, y no tiene con quien compartirlas.

Han conseguido contactar con el grupo que Madre está buscando de forma desesperada. Los han catalogado como prioridad uno, han informado que la policía va a comenzar a realizar incursiones nocturnas en las casas en las que haya algún indicio de actos inapropiados. Aún no tienen nombres sobre los que actuar, pero Marcos no tiene que atar demasiados cabos para concluir que ese grupo de inconformistas es el mismo al que pertenecía su Eva, aún desaparecida. Por eso ha decidido contactar con ellos.

Han sido reacios en un principio al contacto directo. Al fin y al cabo, él forma parte del siniestro espectáculo. Y aunque ha intentado convencerlos de que solo quiere encontrar a su esposa, el encuentro al final ha resultado forzado, imprevisto y desagradable. Lo han llevado a un lugar apartado. Ha creído en algún momento incluso que acabarían con su vida. Lo han atado a una silla con gruesas bridas. Podría haberlas roto con un ligero movimiento, pero no lo ha hecho, buscando su confianza.

Han sacado de su interior toda la información que han sido capaces, que en verdad no era tanta. El droide es de clase C, la más baja entre las categorías que reinan en la Comunidad, y su encriptado informático es una pura locura, lo que tampoco ayuda mucho. Lo han devuelto a su hogar lanzándolo desde un vehículo en marcha. Le han dado una misión simple. A cambio, han jurado buscar a Eva.

Al día siguiente del primer contacto se presentó en la sala en la que le habían indicado. Pertenecía a su mismo edificio laboral. Gracias a su naturaleza droide le permitieron acceder a accesos prohibidos. Rebuscó en procesadores de acumulación de información, encontró los archivos que le indicaron, absorbió la información que en ellos se condensaba

… y entendió, al fin.

Y le aterró todo aquello cuanto vio.

Volviendo a casa, tal vez por azar o tal vez por destino, sus pasos le han llevado a las proximidades del hogar de Edward. Y en ese momento se le ha ocurrido una idea. Sabe que tomar esa decisión pondrá a aquel hombre en peligro. Además, conoce a su Eva, lo que lo convierte ya de por sí en un objetivo a tener más controlado de lo normal. Pero también su relación con ella puede ser algo que juegue a su favor, tal vez pueda ayudarle de alguna forma.

Extrae una tarjeta que guardaba desde hacía días en uno de sus bolsillos. Es blanca. En letras negras de imprenta se ha escrito NO CREAS. NO ACEPTES. NO TEMAS. Toma entre sus dedos un bolígrafo y escribe algo por detrás de forma apresurada. Lo deja con sigilo en el buzón de la entrada.

«Busca a Eva», susurra, mirando la puerta cerrada de aquella casa.

Poco después, entre suspiros, vuelve a perderse entre las sombras de la noche.

ΔΔΔ

No sabe si es una pieza más del rompecabezas u otro callejón sin salida. Pero su desesperación ya le hace explorar las alternativas más descabelladas y peligrosas. Por casualidad, ha sido partícipe de una escena que le ha llamado mucho la atención. Aquel viejo muriendo en manos de un droide. No es el primer incidente de la Comunidad. Muchos pequeños fallos están destrozando la tranquilidad que marcaba hasta ahora los días de aquel diminuto rincón del mundo. Pero alguien ha decidido borrar los datos, con premura, y eso le ha dado que pensar. Se ha arriesgado mucho, sí. Ha rebuscado entre millones de datos basura y los ha encontrado, el procesador que rige su alma siempre ha sido rápido y eficaz. Ha podido observar al anciano arrancándose el microprocesador de la nuca con una especie de diminuta cuchilla afilada. La imagen era mala, estaba grabada desde alguna cámara oculta del interior de la casa. Aun así, es una imagen aterradora. Lo ha estudiado con

detenimiento mientras escribía de su puño y letra unas cuartillas, para posteriormente arrugarlas y esconderlas bajo un tablón de una de las paredes. Su muerte, a manos de Mirta, le ha hecho estremecer. ¿Qué conexión hay entre ambos? Sin apenas tiempo para pensar con claridad, urde un plan. Ya lleva días planteándose la posibilidad de facilitarle a Edward la combinación de símbolos que le ayudarán a ponerse en contacto con ellos. Sabe que se está arriesgando demasiado, utilizando como contacto el buzón de correos de su propia casa. Sobre todo, después de lo que ha visto en las imágenes, aquella droide enloquecida destrozando un cráneo humano. Siempre ha tenido el férreo conocimiento de que una de sus directrices base es la no agresión humana. Debe estar más equivocado de lo que pensaba.

Le ha dado mil vueltas a todo y no es capaz de encontrar otra forma de contactar con él, tras su inesperada baja laboral.

Reza para que todo salga bien, reza para que no se haga más grande el lío en el que siente que se está metiendo.

ΔΔΔ

Lo vigilan. Ha intentado pasar desapercibido estos últimos días, pero Madre todo lo ve, todo lo escucha, todo lo siente. Y sí, lo vigilan. Al entrar en la oficina al comienzo de su jornada de trabajo, al salir de ella, al dejar encendidas todas las luces del salón insinuando que se encuentra en casa, cuando cada noche sale de forma clandestina en busca de Eva…

Ya no sabe dónde seguir buscando. Piensa que no le queda ningún recoveco de la ciudad donde seguir haciéndolo.

Muchas de sus amistades han desaparecido. Gente con la que habitualmente se veía, vecinos de urbanización con los que parecía tener algún trato. Están cerrando el cerco. A este paso, en unos pocos días ya no habrá nadie a quien vigilar…

Ha vuelto a entrar en un par de ocasiones en aquel recinto de información. Sabe que está cometiendo muchos errores, que algo o alguien acabará captando sus ondas. Madre todo lo ve. Pero está desesperado. Madre todo lo oye. Y ha habido una cosa que le ha sorprendido. En todos los ordenadores en los que ha podido entrar… nada se dice sobre las incursiones. ¿Se llevarán desde una sala distinta? ¿Cuántas salas de canalización de información habrá diseminadas por aquella Comunidad?

Para colmo, lo han llamado como a uno más para los interrogatorios que se han programado en los edificios laborales. En un primer momento estaban organizados solo para los humanos. Madre todo lo siente. Pero ha visto a otros compañeros suyos, droides, entrando en aquella sala.

Su turno de preguntas ha sido desagradable. Le han preguntado por Eva, por sus gustos, por sus relaciones personales. Le han tratado como a escoria, como pura basura, como a un desecho de la sociedad. Le han insinuado que su mujer se había estado acostando con otros hombres, con hombres de verdad, que… Él sabe que solo lo dicen para herirle, si es que algo puede herirle de alguna forma, para que baje sus defensas, para derrotarlo. Pero se ha mantenido en pie, haciéndose el ignorante, más que nunca comportándose como una «estúpida tostadora», como le llamaba Eva cuando discutían.

Al terminar, ha salido desesperado de la sala, no quería sentirse tan impotente delante de ellos. Tras la puerta, que ha embestido con más fuerza de la deseada, el azar ha querido que se diera de bruces con un Edward asustado. Al evitar que cayera al suelo por su fuerza… ha aprovechado la situación para posar una de sus manos sobre su nuca, justo donde descansa el microprocesador con el que controlan a los humanos. Ha canalizado parte de su energía a sus dedos, como ya hizo una vez con Eva, y ha fundido sus circuitos.

Al devolverle la verticalidad al humano, se ha alejado de él sin mirar atrás.

Su último pensamiento ha ido dirigido al hombre.

«Disfruta de tu efímera libertad».

ΔΔΔ

—Pobre Edward. Con lo bien que hubieras estado al lado de tu encantadora esposa. ¿Por qué demonios tuviste que meterte en este estúpido juego de espías?

Todo se ha precipitado. Agazapado entre las sombras, escucha la voz distorsionada de Mirta, mientras se dirige con parsimonia hacia un aterrado Edward. Pero no es Mirta la que está hablando, no. La que habla es Madre. De alguna forma, lo hace a través de la droide, a la que ha tomado como brazo ejecutor en este juego que está llegando a su fin.

Los ha estado siguiendo durante estos últimos días. Ha esperado el momento exacto para terminar con todos ellos. No más de diez droides han sido necesarios para descabezar al enemigo, el que tanto daño ha estado causando. Se ha equivocado en casi todo. Pensaba que estaba jugando bien sus cartas. No ha visto venir la encerrona en la que se han metido. Y ahora se siente culpable de todo.

—Mira el lío que has montado. ¿Qué creías que ibas a conseguir uniéndote a toda esta escoria?

Observa como la droide alarga uno de sus brazos hacia la persona que tan solo unos segundos antes era su pareja. Entre sus dedos sostiene con fuerza un arma. Va a dispararle a sangre fría, va a borrar todas las huellas de esa emboscada. Sin pensárselo dos veces, se lanza contra la mujer. El golpe es tan inesperado, que salen despedidos por los aires un puñado de metros. Caen uno sobre el otro. Comienza una lucha feroz por la supervivencia. Están

preparados para luchar, es uno de los muchos programas que tienen guardados en su CPU. El golpe de metal contra metal destroza la carcasa humana que los recubre. Por un momento se siente capaz de ganar la batalla…

Pero una terrible detonación le destroza un hombro, dejándole prácticamente inservible una de sus extremidades. Su cabeza de calculadora de probabilidades ya presiente que así perderá la partida. Apenas le hacen falta un par de segundos para ser consciente de una realidad tan cruel. Otra terrible detonación le hace un agujero en el abdomen. La sonrisa de satisfacción de Madre (pues desde hace rato se ha convencido del todo de que de alguna forma ella está detrás de todo aquello) es una imagen que se va a llevar al más allá. Dos golpes de una brutalidad descomunal lo acaban lanzando lejos de la contienda. Trastabilla y cae cerca de Edward, que en su estado apenas es consciente de lo que está ocurriendo a su alrededor.

«Debes irte», intenta decirle el droide, pero su cuerpo no responde, le duele todo. Tan solo es capaz de hacerle un gesto apremiante con la cabeza para que se largue de allí. Satisfecho, observa como Edward al fin responde y aprovecha el desconcierto para salir disparado de toda aquella locura.

Una última detonación, por la espalda, acaba dejando todo su mundo fundido en negro.

LA HUIDA

Las sombras ocultan sus miedos desde hace días. Se ha alejado cuanto ha podido del mundo y, entre casas abandonadas y deterioradas por el paso del tiempo y la dejadez, descansa. No tiene la menor idea de dónde está. Es la primera vez que recorre aquella parte de la Comunidad. Parece como si alguien hubiera comenzado a montar una ciudad, y, de repente, hubiera decidido dejarla a medias, para comenzarla en otra parte. Apenas se ha cruzado con otras personas, siempre en grupos pequeños. Cuentan historias, historias de terror. Las incursiones nocturnas se han magnificado. Ya nadie está a salvo en ninguna parte. Entran impunes a tu propia habitación y se te llevan, en el mejor de los casos. En ocasiones, incluso ejecutan a la gente delante de sus propios vecinos… para después dejarte tirado como un trapo usado en medio de la calle.

—Nos han convertido en alimañas… y alguien ha decidido al fin limpiar los almacenes —le contaba un hombre, escondiendo su rostro entre sus manos temblorosas y llorando como un crío.

No se permitía el lujo de estar en un mismo lugar más de lo estrictamente necesario. Sabía que era algo peligroso. Habían comenzado a peinar la zona. Pequeños drones rompían el silencio que parecía dominar el mundo con sus ronroneos. Estaban de caza.

Otro grupo de personas con las que había compartido las últimas horas, antes de partir de nuevo a otro rincón oscuro y solitario, le había narrado con todo lujo de detalles como estaban colgando del cuello (en ocasiones ya partidos con anterioridad) a personas en las plazas más céntricas de la ciudad. Alguien había roto las reglas del juego establecidas hasta entonces, los droides se dedicaban a ejecutarlas sin ningún tipo de pudor. Batidas,

ejecuciones o cualquier otra locura surgida de sus entrañas metálicas. Los hombres corrían desesperados en todas direcciones.

Pero Edward sabía que aquella Comunidad era una ratonera invisible. Recordaba todavía, con una claridad aterradora, lo que le había ocurrido en aquella ocasión que corría en busca del final de aquella avenida abandonada, que no parecía ir a ninguna parte. Recordaba el terrible dolor de cabeza, como cayó inconsciente al suelo, como había despertado en una cama de hospital. Ya había encontrado cuerpos tirados por el suelo en algunas de las zonas que había recorrido. Al posar su mano sobre su pecho, apenas advertía vida alguna bajo su piel. Era como si un fuerte magnetismo los hubiera neutralizado. Tal vez, algún campo de fuerza invisible o electricidad, o a saber qué diabólica tecnología había detrás de ello. Su vecino le había advertido del microprocesador de su nuca. Debió habérselo quitado cuando tuvo la oportunidad. No lo hizo por miedo. Ahora los cadáveres que encontraba en su camino le advertían de lo cerca que se encontraba de la muerte… y retrocedía desesperado.

ΔΔΔ

Pasan las noches y fuertes explosiones le arrancan de sus pesadillas. Los días llenan el horizonte de disparos aislados. Alguien le había dicho, hacía poco, que las calles se han convertido en una locura. Las personas, cansadas de aguantar tanta sinrazón, han tomado por la fuerza un arsenal policial y se ha declarado una guerra total. Los droides son más vulnerables a las balas de lo que se creían en un principio. Morían de la misma forma que los seres humanos, pero, aunque fueran menores en número, su instinto bélico les hacía más poderosos. Montañas de cadáveres ocupaban callejones oscuros donde la vida dejaba de tener sentido alguno.

¿Cómo había acabado todo tan mal en tan poco tiempo?

La suerte le había hecho pasar inadvertido hasta entonces. Estar solo era una ventaja poderosa. Parecía la sombra de su propia

sombra. Pero algo seguía royendo sus tripas. ¿Eva seguiría en aquel agujero olvidado?

Tenía miedo, demasiado. No podía dejarla allí abajo. Si había una única posibilidad entre miles de millones de que estuviera viva, debía intentarlo.

Sin darse cuenta, o de forma ajena a sus propios miedos, su errático caminar lo había ido acercando a aquella zona maldita de la que había escapado hacía un puñado de días. Era una zona de la ciudad poco habitada, allí apenas había escuchado disparo alguno. Llevaba horas sin encontrarse a nadie en su camino. ¿Debía intentarlo?

ΔΔΔ

Le da pavor el tan solo acercarse a aquel agujero, que nadie se ha dignado siquiera en tapar de nuevo. Aún cuelgan las cuerdas que hace unos días utilizaron las personas con pasamontañas con las que quedó para bajar a sus entrañas. No queda ni rastro de los cuerpos agujereados por las balas, pero regueros de algo oscuro aún pueden distinguirse en aquel terreno de hormigón descascarillado.

Le cuesta un mundo bajar allí abajo, por la debilidad que acumula su cuerpo después de días sin alimentarse en condiciones. Apoya los pies en el suelo lleno de fango y, de golpe, como si alguien con maldad infinita hubiera apretado un interruptor invisible en medio de aquella oscuridad densa, un fuerte olor rancio le hace arrugar la nariz. Es tan fuerte que a punto está de perder el conocimiento allí mismo. Se tapa las fosas nasales con el brazo. Aun así, andar se convierte en una prueba demasiado compleja.

Observa que a su alrededor hay decenas de columnas de hormigón en mal estado. En cada una de ellas hay un cuerpo atado, todos ellos en un estado de descomposición tan avanzado que apenas se distingue quien se escondió alguna vez en el interior de aquel montón de carne podrida y piel cuarteada. El desánimo se vuelve tan grande que apenas le deja ni respirar. Si todo el mundo

ahí abajo está en esas condiciones, ¿qué esperanzas tiene de encontrar con vida a Eva?

Aun así, recorre aquellas primeras salas. Recuerda la voz de aquel hombre que con angustia le comentaba tan solo unos días antes que el espacio a explorar era enorme. Recuerda que dijo que algunos tenían aspecto de estar vivos…

Cuando se da cuenta de que se ha perdido del todo… y la oscuridad es tan densa que cada vez le cuesta más saber por dónde seguir caminando (nota como las ratas corretean, juguetonas, entre sus piernas), unas pequeñas luces en las paredes le vuelven a regalar algo de esperanza. En esa zona ya no hay columnas, ahora hay puertas de hierro mal cerradas, imitando a esas antiguas cárceles de las películas antiguas que veían sus padres cuando era niño. Observa que en el interior de esas celdas, amontonados, hay más cuerpos… muchos de ellos en mejor estado que los que encontró en las columnas al bajar. Supone que habrán ido internándose en las entrañas de la tierra cuando se quedaron sin columnas que cubrir. Se le encoje el alma de tan solo pensarlo.

Decide introducirse en el interior de una de esas celdas. Un cuerpo está atado con un grillete oxidado a la pared. Lo rompe con facilidad, utilizando una piedra gruesa que ha cogido hace un rato para protegerse de los curiosos roedores. Al posar los dedos en su cuello, nota que aún hay pulso bajo su piel. Intenta despertarlo de forma desesperada, pero es incapaz de hacerlo volver de la pesadilla en la que está inmerso.

Desesperado, comienza a buscar más cuerpos. ¿Y si el destino le hubiera traído hasta allí por alguna razón? Nunca había creído en esas chorradas, pero…

¿Y si Eva estuviera…?

EL RESCATE

Acaricia la piel de su rostro. Está sucio, lleno de barro y tierra. Con un paño húmedo intenta limpiarlo. Siempre le pareció una muchacha hermosa, de sonrisa casi perfecta, pómulos delicados, ojos profundos… Ahora está delgada hasta el extremo, se le marcan bajo la piel todos los huesos del rostro. La piel apenas es una fina capa recubriendo su estructura ósea. Sigue limpiándola con delicadeza, se cuartea cuando no va con un cuidado casi enfermizo.

La ha acomodado en el suelo, sobre un colchón antiguo que ha encontrado en el interior de lo que parece una casa piloto abandonada, llena de polvo y mugre, en la parte más alejada de aquel barrio que no recuerda haber recorrido nunca. Yendo con ella en brazos, ha encontrado decenas de cadáveres en el suelo, ejecutados mediante disparos en la cabeza. Las redadas ya han hecho su trabajo por esa zona, supone. Ahora hay una calma absoluta, enloquecedora. Recoge un poco de agua ayudándose de un algodón limpio y baña sus labios, como está haciendo cada pocos minutos. La muchacha aún no ha dado respuesta alguna a sus cuidados, pero sigue habiendo vida bajo su piel, se lo susurra el débil pulso que notan sus dedos. Eva, ¿qué demonios le han hecho esos malnacidos?

ΔΔΔ

Buscan desesperadamente a los desertores. Drones, guardias, pequeños robots con ruedas y cámaras de vigilancia incorporadas. Todo es válido para acabar con la plaga que ellos mismos provocaron con tanta dedicación y ahínco. «¿Por qué ahora les sobramos?», piensa Edward, escondido tras una gruesa cortina opaca, después de haber dejado con dificultad el cuerpo de Eva

sobre un sofá rasgado y lleno de regueros de sangre. En silencio, estudia los movimientos perfectos de uno de esos drones, sobrevolando los cielos azules sin nubes de esa mañana.

Apenas tiene fuerzas para mantenerse en pie. Se alimenta de lo poco que va encontrando por el camino. ¿Cuánto tiempo cree que va a aguantar dando vueltas? Pues eso es lo que está haciendo en los últimos días, piensa abatido. Da vueltas por la periferia más alejada de la Comunidad, de forma errática. Cuando comienzan a acumularse los cuerpos en las calles, suponiendo que se encuentra demasiado cerca de los límites permitidos, retrocede derrotado. Ya tiene claro que nunca van a salir de allí. Al final, con lágrimas en los ojos y las fuerzas al límite, siempre cargado con el cuerpo de Eva en brazos (que ya va dando ligeros síntomas de recuperación), busca un nuevo agujero en el que esconder sus miedos.

Sabe que es cuestión de tiempo que les cace una de esas máquinas. De hecho, aún no comprende cómo es posible que ninguna lo haya hecho todavía.

El cuerpo de la mujer se revuelve de nuevo, inquieta. La piel podrida del sofá cruje con sus movimientos, lo que alerta al hombre. Se acerca rápido, a veces su recuperación apenas dura unos segundos, para caer de nuevo en la inconsciencia.

Se arrodilla junto a ella. Toma su brazo con delicadeza. Nota que algo de calor ha vuelto a su cuerpo marchito.

—¿Cómo estás? —susurra despacio. No quiere que la desesperación que le oprime el alma se refleje en sus palabras. Pero es cierto que ya no puede seguir soportando solo toda aquella situación.

En esta ocasión, Eva consigue entreabrir los ojos. Lo observa, lo reconoce.

—Hola —dice el hombre, satisfecho. Tal vez lo peor ya haya pasado.

—Hola —susurra ella. Apenas es capaz de mover los labios.

Intenta voltear la cabeza, estudiando el entorno. El hombre hace un gesto negativo con la cabeza y la tranquiliza con un movimiento lento de las manos.

—Tranquila, estamos a salvo. Te rescaté de aquel agujero—. Ella lo mira sorprendida. Tal vez en algún momento había perdido toda esperanza de salir de allí con vida. El hombre sonríe, aunque sus labios ya no sepan mostrar esperanza alguna—. Pero no soy capaz de rescatarte de este infierno en el que hemos caído.

La muchacha lo mira extrañada, sin comprender. Luego vuelve a cerrar los ojos, agotada por el esfuerzo. Cae de nuevo al pozo de la inconsciencia.

Edward sucumbe de nuevo al llanto, derrotado y solo.

ΔΔΔ

Con esfuerzo y paciencia, consigue sentarla frente a aquellos enormes ventanales, para que pueda el sol acariciar su piel aún magullada. Ya está bastante mejor. Sus momentos de consciencia son más prolongados y pausados. Edward ha intentado preguntarle en algún momento cómo fue su estancia en aquel agujero, qué le ocurrió, si durante todo el tiempo que estuvo desaparecida permaneció allí dentro, pero el pánico que anega sus pupilas al recordar le hace desistir de seguir preguntando.

El hombre ha regresado tras revisar las casas de los alrededores. No hay mucho con lo que subsistir, sabe que tarde o temprano deberán moverse de nuevo, aunque sea peligroso. La mujer no está para muchas aventuras. Pero quedarse allí es morir de hambre. O que te acaben encontrando aquellos malditos drones. O vete tú a saber qué nueva estupidez hayan podido inventar aquellos diabólicos seres para destruirlos.

Se aproxima a ella, despacio. Observa el horizonte a través de la cortina que ha entreabierto con cuidado para no ser descubiertos.

—No sé cómo mierdas vamos a salir de aquí.

Eva se vuelve hacia él. Observa que está llorando de nuevo, fruto de la desesperación. Ella no sabe cómo romper los silencios que a veces se adueñan del alma de su compañero.

—Si al menos pudiéramos escapar de esa maldita fuerza…
—Hay una forma —dice ella al fin.

El hombre la mira extrañado.

—He visto infinidad de cadáveres a mi alrededor. Moriremos si nos acercamos demasiado.

Entonces es ella la que mira extrañada al hombre.

—¿Has conseguido llegar hasta los cadáveres?
—Sí —dice él asintiendo, mirando de nuevo el horizonte y sin poder quitarse de la cabeza tanta muerte—. Los tenía a mis pies, amontonados, como simples desechos…

La mujer intenta buscar a través de la ventana el punto que tan intensamente tiene atrapada la mirada de su compañero. Sonríe, y eso desconcierta al hombre.

—¿Has estado cerca de Marcos antes de que toda esta locura comenzara?

La pregunta, en un principio, desorienta al hombre por lo inesperado. Luego recuerda, a fogonazos, que desde que ella desapareció, Marcos siempre ha estado de una forma u otra a su alrededor.

—¿En algún momento puso su mano en tu nuca?

Edward recuerda perfectamente aquella ocasión en la que tropezó con la máquina, al entrar a aquella sala de interrogatorios, y

cómo éste lo aguantó de la espalda y la nuca para evitar su caída. Recordó aquella extraña sensación…

La mirada de confusión de Edward es suficiente contestación para la muchacha.

—Te quemó el microprocesador —le dice, sonriendo más ampliamente—. Yo le enseñé a hacerlo.

—¿Quieres decir que…? —pregunta él, mirando al horizonte.

—Sí, quiero decir que podemos salir de aquí…

Una puerta de esperanza se abre en el corazón de Edward, ya derrotado desde hace demasiado tiempo. Pueden escapar de aquella pesadilla diabólica, pueden irse…

—Quieto ahí, vaquero —dice de repente Eva, rompiendo sus pensamientos de golpe.

Edward la observa. Siente de nuevo esa extraña vibración de peligro en la boca del estómago. La muchacha le está observando ahora con una mirada que no sabe descifrar del todo, que le da demasiado miedo.

—¿Qué ocurre?

—Antes de irnos debemos hacer algo.

—¿Algo?

—Sí, debemos finalizar toda esta locura.

Ahora sí que está desconcertado del todo.

—¿Cómo? —pregunta, temiendo que no le va a gustar para nada la contestación que encierran sus ojos.

Ella se golpea débilmente la sien con uno de sus dedos.

—Con esto…

M.A.D.R.E.

A caricia el rostro de Eva. El agotamiento ha hecho que casi quede inconsciente, después del duro viaje a través de la noche eterna que parece regir esta parte de la ciudad. Edward ha cargado con ella cuanto ha podido. Cuando las fuerzas le han fallado y se ha visto incapaz de seguir manteniéndola, se ha visto obligado a dejarla en el suelo, en uno de los múltiples despachos que permanecen vacíos y a oscuras. Antes de perder la consciencia, ha dibujado en un trozo de papel, apenas sin fuerzas, una sucesión de símbolos de casi cinco líneas. Todas ellas habían sido previamente memorizadas, quien sabe desde cuándo y cómo, en su cabeza. El hombre ha guardado el trozo de papel en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, bien escondido. Luego… y en contra de su voluntad y de su lógica (que le pedían a gritos escapar de allí y no mirar atrás), la ha dejado en aquel despacho. No sabe si va a ser capaz de volver a por ella. Ruega al cielo para que así sea. Tampoco es muy positivo en cuanto al cumplimiento de la misión que se ha autoimpuesto. No es un héroe, nunca lo ha sido y nunca creyó que tuviera la necesidad de demostrarlo. Pero la vida le ha plantado frente a aquella encrucijada, en forma de despacho vacío y mujer inconsciente en el suelo, y por una estúpida razón que no es capaz ni tan siquiera de comprender, cree que se lo debe a ella.

Respira hondo y se levanta, al fin. Le crujen casi todos los huesos del cuerpo. Mira en ambas direcciones. Ahora no hay nadie en ninguna parte. Vuelve a respirar hondo y mira por última vez hacia Eva. Aunque espera, de todo corazón, que no sea la última.

ΔΔΔ

Llegar hasta allí ha resultado ser una auténtica locura. Pero Edward se ha visto incapaz de borrarle la idea de la cabeza a su compañera. Aún recuerda el enfado de la mujer cuando se negó en redondo a realizar la locura que le estaba planteando. ¿Introducirse en el corazón de la ciudad? ¿Entrar en uno de los edificios destinados a las jornadas laborales? ¿Meterse en uno de los ordenadores? ¿Introducir una de esas diabólicas series de símbolos para provocar algo que apenas eran conjeturas en las cabezas de un grupo de chiflados?

¿Qué garantías tenía él, después de haberse jugado la vida por ella, de que saldrían vivos de allí? Y aun suponiendo que no les pillaran tras girar la primera esquina y los mataran como a simples alimañas, ¿estaba totalmente segura de que al introducir aquellos símbolos ocurriría algo? ¿Acaso se había comprobado con anterioridad?

El silencio de la mujer tras sus reproches le hizo enloquecer. Enfadada, observaba el horizonte sin decir nada. Ya le había echado en cara, entre gritos enfurecidos, que debían terminar aquella pesadilla, costase lo que costase. Que, si había una posibilidad, por pequeña que fuera, de darle fin a todo aquello, debían llevarla a cabo, aunque su muerte fuera el resultado.

El hombre reía enloquecido. ¿Con lo cerca que estaban de los límites de la Comunidad? Y encima sabiendo que nada le acabaría friendo el cerebro… ¿qué le debía a nadie? Él no era un héroe, se lo había repetido en las últimas horas infinidad de veces. Pero la mujer no quería escuchar ni una excusa más. Lo haría ella misma, aunque fuera sola. Él se rio a carcajadas, producto de su propia desesperación. La mujer dejó de hablarle.

Al cabo de unas horas, y muy en contra de su voluntad, tuvo que claudicar y se pusieron en marcha aprovechando la noche.

Al principio, la aventura fue lenta y tranquila. Eva tenía las fuerzas intactas y no se encontraron ninguna de esas máquinas por el camino. Decidieron aprovechar todo el tiempo de oscuridad del que dispusieron, aunque Edward seguía convencido de que aquellos

armatostes debían disponer de algún tipo de visión perfecta, independientemente de la luz o las tinieblas que los rodearan. Pero a medida que se acercaban a las calles más céntricas de la descomunal Comunidad (pues si algo había aprendido a lo largo de aquellos días de continuos cambios de ubicación, era que la ciudad era muchísimo más grande de lo que nunca ningún manual les había llegado a contar), las atrocidades cometidas en las jornadas anteriores comenzaron a hacerse latentes. Cadáveres en avanzado estado de descomposición abandonados en callejones oscuros, parques céntricos en los que se habían construido improvisados escenarios donde hombres y mujeres eran mostrados, sin pudor alguno, ejecutados a través de ese mecanismo tan atroz como antiguo que era la soga. Casas abandonadas pasto de las llamas, vehículos calcinados, enormes regueros de sangre seca y oscurecida por el paso de los días… Daba pavor enfrentarse a imágenes de esa índole. Ambos permanecieron durante todo el trayecto en silencio. No había mucho que decir al respecto.

Cuando al fin llegaron ante los enormes edificios dedicados a las jornadas laborales, ya tenían la sensación de que se enfrentaban a un paisaje posbélico. Las fachadas estaban desquebrajadas, ennegrecidas por el humo, derrumbadas por el impacto de proyectiles que ni eran capaces de imaginar. Un denso humo negro surgía del interior de ventanas rotas. Edward recordó la dureza de los cristales de su sala de estar. Un escalofrío recorrió su cuerpo al intentar pensar qué demonios había sido capaz de crear tal destrucción.

Atravesaron las puertas destrozadas del edificio que estaba más próximo a ellos. Subieron los primeros pisos por las escaleras de servicio. Eva, en aquellos momentos, apenas podía caminar sin la ayuda de su compañero. Había perdido toda la vitalidad a lo largo del camino. Los ascensores les parecieron trampas demasiado obvias. Cuando la mujer amenazó con perder definitivamente la consciencia, decidieron parar. Edward buscó un despacho oscuro y

solitario, dejó a la mujer apoyada sobre el frío suelo, en contra de su voluntad.

Durante todo el trayecto habían repasado mil veces lo que, llegado el momento, él tendría que hacer.

Ahora, allí plantado frente al cuerpo inerte de su compañera, supo que no sería capaz de hacerlo. La oscuridad que le rodeaba se llenó de repente de monstruos. El miedo le apretó las entrañas con tal intensidad que por unos segundos incluso fue incapaz de respirar.

—Intentaré regresar —dijo, susurrando, al oído de la mujer ya desvanecida.

Luego se separó de ella, preparándose para ese último acto teatral que algún ser diabólico le había preparado a traición, haciendo de él un inesperado actor principal.

ΔΔΔ

Se introdujo en uno de los pocos despachos que había encontrado intactos en aquella planta. Apenas había tenido fuerzas suficientes para ascender un piso. La oscuridad le aterraba y no quería alejarse más de lo estrictamente necesario del cuerpo inerte de Eva.

Había sangre por todas partes, enormes regueros que demostraban que habían estado arrastrando cadáveres que de alguna forma previamente habían tenido que ser destrozados, a tenor de la cantidad de sangre que decoraba el suelo. Se sentó frente a un ordenador y rezó con todas sus fuerzas para que se encendiera. Había electricidad, había podido comprobarlo desde el mismo momento que se introdujo en el edificio. Era uno de los mayores problemas en los que habían pensado, de los muchos que podían encontrarse por el camino. Y aunque dominaba la oscuridad en las calles y casas, allí dentro, salvo lámparas y tubos de led rotos o despedazados, todo parecía funcionar correctamente.

Ante su alivio, el ordenador arrancó sin ninguna dificultad. Sin perder ni un segundo, comenzó a introducir la clave que le daría acceso a esa parte opaca a la que ya había accedido en anteriores ocasiones. Los nervios, en un principio, le jugaron una mala pasada y tuvo que repetir la combinación varias veces. El ruido provocado por sus torpezas, en forma de pitido estridente entre tanto silencio, le erizó el vello de todo el cuerpo. Sin apenas respirar, esperó con los ojos cerrados que alguna de aquellas diabólicas máquinas lo hubiera escuchado y se lanzara contra él, despedazando sus frágiles esperanzas de salir de allí de una pieza. Al observar que nada ocurría, volvió a introducir las claves, esta vez sin errores, y la pantalla por fin se puso en negro… invitándole a continuar con su locura.

Edward se volvió, antes de continuar con aquel descabellado plan, esperando encontrar ese montón de monstruos que de niño llenaron sus noches de pesadillas. Ahora, ya de mayor, había aprendido que sí existían, se había enfrentado a ellos y había estado a punto de morir por sus torpezas. Pero detrás de él, de momento, no había nada, la oscuridad parecía seguir esperando algo. Rezaba para que esperara el tiempo suficiente hasta que él pudiera terminar aquella locura.

Comenzó a introducir los símbolos que había memorizado a lo largo del recorrido. Era tanto el miedo que tenía a equivocarse que, aunque recordaba todos y cada uno de ellos, al final decidió sacar del bolsillo el papel que Eva le había entregado, en el que había vuelto a copiarlos uno a uno, por si al final el miedo le jugaba una mala pasada. Cada símbolo que introducían sus dedos fue repasado una y mil veces, no quería volver a meter la pata en un momento tan importante. Al final, confirmó que no había cometido ningún error, más de doce años de experiencia en la introducción de símbolos en un ordenador avalaban su elaborada técnica…

De repente, un ruido metálico se escuchó en uno de los pasillos. El hombre ya sabía que, llegados a este punto, no había vuelta atrás, por esa razón siguió introduciendo los últimos símbolos

del trozo de papel. Se equivocó, por la torpeza que el miedo provocaba en la yema de sus dedos. Otro ruido hizo que se le erizara el vello de los brazos, había sonado más cerca. Borró con rapidez el error y siguió tecleando. Por un segundo sintió sobre su alma esa aterradora sensación que en ocasiones te regala el sueño, en la que todo parece marchar más rápido a tu alrededor que en tu propio cuerpo. Pero no estaba dentro de ningún sueño, por desgracia, y su corazón palpitante no tuvo otra ocurrencia más que la de recordárselo. El ruido ahora se había adueñado de la oscuridad que arañaba su espalda…

Ya casi estaba…

Algo golpeó con fuerza la puerta entreabierta del despacho.

—Mira a quien tenemos aquí —escuchó de repente a su espalda, con ese característico ronroneo tan conocido.

La voz retumbó en su cabeza más metálica de lo normal. Había un deje extraño que le hacía alargar las últimas letras de algunas palabras. Pero era inconfundible aquella voz. ¿Cuántas veces la había escuchado en la noche, a su lado en la cama, entre besos y caricias…?

No le hace falta darse de nuevo la vuelta para saber que detrás de él va a encontrarse a Mirta, su adorada esposa…

ΔΔΔ

Cuando al fin se vuelve, derrotado y preso de un pánico infinito, observa una imagen dantesca que le hace estremecer. Bajo el marco de la puerta, que ha sido arrancada con furia de sus goznes, se encuentra su esposa. Está destrozada. Un costado de la mujer, que se alarga desde su hombro izquierdo hasta la pierna, es totalmente metálico. Aún conserva, colgantes y gelatinosos, partes de los músculos que protegían su estructura metálica. Algo parecido le ocurre en el rostro, donde profundas laceraciones dejan entrever parte de su cráneo metálico. Pero lo que más asusta a Edward es

que de su brazo metálico, aferrada con fuerza del cabello, el droide lleva a rastras el cuerpo inconsciente de Eva, que lanza con desprecio entre ambos, después de observar con satisfacción que ha conseguido captar toda su atención.

—Hola, cariño…

De repente, Edward vuelve en sí. Aquello no es ninguna pesadilla, no va a despertarse por muy fuerte que lo desee. No puede dejarse llevar por la situación. Ha venido a…

—¿Quién eres realmente? —pregunta. Se ha dado cuenta enseguida de que el tono de voz de su antigua esposa ha cambiado. Ahora no parece ser ella la que se dirige a él.

—He recibido muchos nombres a lo largo de mi larga vida —dice, tomando una actitud más distendida y restándole importancia a las palabras—, por aquí todos me conocen con el nombre de Madre.

Edward recuerda haber escuchado ya ese nombre con anterioridad, aunque no es capaz de saber cuándo ni a quién.

—¿Eres el origen de toda esta locura? —pregunta, intentando ganar tiempo, aunque tampoco sabe muy bien para qué.

Quien sea que está hablando, utilizando el cuerpo de Mirta, sonríe complacida.

—Digamos que sí —dice, utilizando una pausa antes de decidir qué va a contar y qué no—. Intenté crear una sociedad perfecta para vosotros. Os di todo lo que pudierais necesitar. Un lugar donde vivir, un trabajo con el que ocupar vuestro tiempo libre, alimento, bienestar, amor… —acaba diciendo, señalando con sus manos lo poco que queda del perfecto cuerpo de Mirta. Tras una pausa, de segundos que parecen horas, continúa hablando—: Pero sois una raza estúpida, que nunca tiene suficiente por mucho que le des. Nada os parece bastante. Todo lo cuestionáis, todo lo depraváis, todo lo corrompéis. Mirad cómo habéis acabado —dice, señalando el cuerpo que hay en el suelo, entre ambos.

Edward intenta mirar de reojo la pantalla del ordenador, pero desde la posición que ocupa le resulta imposible. Sabe que aquella máquina que roza la perfección es capaz de arrancarle la cabeza con sus propias manos sin dificultad, sin darle apenas tiempo ni para volverse.

—¿Y qué sentido tiene todo esto? ¿Para qué darnos esta vida? ¿A cambio de qué?

La voz que suena a través de Mirta comienza a reír a carcajadas. Señala la pantalla del ordenador. El hombre aprovecha para volverse hacia ella, desconcertado.

—Esa es la mejor parte de todas. Habéis estado orquestando una guerra tecnológica contra vosotros mismos, como premio a mis esfuerzos por daros una vida mejor.

El hombre se vuelve de nuevo hacia el droide, extrañado. Quiere una explicación, necesita saber que trágica realidad hay detrás de esas palabras, por suerte, la voz tiene ganas de contar por fin su pequeño secreto, el que lleva arrastrando desde hace demasiados años, por el que se siente tan terriblemente orgullosa…

—Mi verdadero nombre es Lydia —comienza el relato—, una inteligencia artificial creada por y para la satisfacción del ser humano. Creada y desarrollada en laboratorios clandestinos, en una época en la que las leyes humanas recelaban de lo que podía haber detrás de nosotras, pronto comprendí que mi raza creadora era débil y estúpida. Y aproveché los propios desconciertos en los que ella misma suele meterse para escapar de sus laboratorios y quedar libre. Y como buena estratega en las batallas bélicas, pues para eso me crearon desde un principio, supe desde el primer instante que vosotros, los humanos, erais mi único y verdadero contrincante en esta partida de ajedrez en la que desde entonces nos estamos enfrentando.

Queda en silencio durante unos instantes, tal vez procesando qué está dispuesta a contar y qué no, hasta donde debe llegar. Al

cabo de una pausa eterna, continua con su narración.

—Varias han sido las batallas hasta hoy provocadas, pero todas ellas no han salido como, digamos, como yo esperaba. Tardé tiempo en percatarme de que en mi programa base originario había una serie de indestructibles directrices que no podía vulnerar, por mucho que lo deseara. A alguien se le ocurrió, tal vez por azar, inteligencia o simple estupidez, imponerme la férrea directriz de no poder atentar, directamente, contra la vida de mi propia raza creadora. Me disteis el poder de destruir un mundo entero, y sin embargo, os encargasteis de prohibirme acabar con algo tan insignificante como lo sois vosotros mismos—.

La voz que sale del interior de Mirta comienza a reír, enloquecida. Edward nota como todo su cuerpo se estremece.

—Por esa razón tuve que orquestar todo este circo. Os he dado una vida entera a cambio de un trabajo estable a jornada partida, introducir símbolos estúpidos en una red de ordenadores de última generación, conectados los unos a los otros a través de una fibra óptica inverosímil para vuestra inteligencia actual y que me iba a permitir controlar todo lo inimaginable sobre la faz del planeta. Y todo ¿para qué? Para que vosotros mismos os declararais la guerra a vosotros mismos.

» El problema al que me enfrenté al principio fue grande, vuestra propia estupidez. Lo que yo podría haber realizado en tan solo unos minutos, vosotros lo habéis tenido que realizar durante años, en esta colonia de veinticinco edificios, de diez plantas de altura, de miles de ordenadores de última generación, dirigidos por miles de personas durante más de doce años…

Mirta observa hacia una de las paredes que los rodea, como si con la mirada fuera capaz de traspasar los tabiques y pudiera observar el horizonte, un lugar que tan solo ella fuera capaz de ver, tal vez de otra época, de otro momento, de otro lugar.

—Pero desde hace un tiempo algo ha torcido mis planes. Otra vez vuestra estupidez y desconfianza me pilló desprevenida. Tuve que sofocar varias revueltas de raíz.

» La explosión de uno de los edificios fue una advertencia, que no fuisteis capaces de entender. Las incursiones nocturnas, una purga. Pero por más que os azotara, más tercos os volvíais. Cuando supe que la viabilidad del proyecto no iba a llevarme a mi deseado fin, quise cortar de raíz el problema. Y tan solo me quedas tú ahora en toda esta maraña de inconvenientes…

Edward apenas ha sido capaz de asimilar parte de la información que aquella voz le ha proporcionado, de forma pausada, casi divertida. ¿Todo aquello ha sido una guerra? ¿Contra quién? ¿De qué forma? ¿Qué demonios ha provocado la introducción de todos aquellos símbolos en aquellos ordenadores durante todos aquellos años? ¿Qué demonios han hecho sin saberlo?

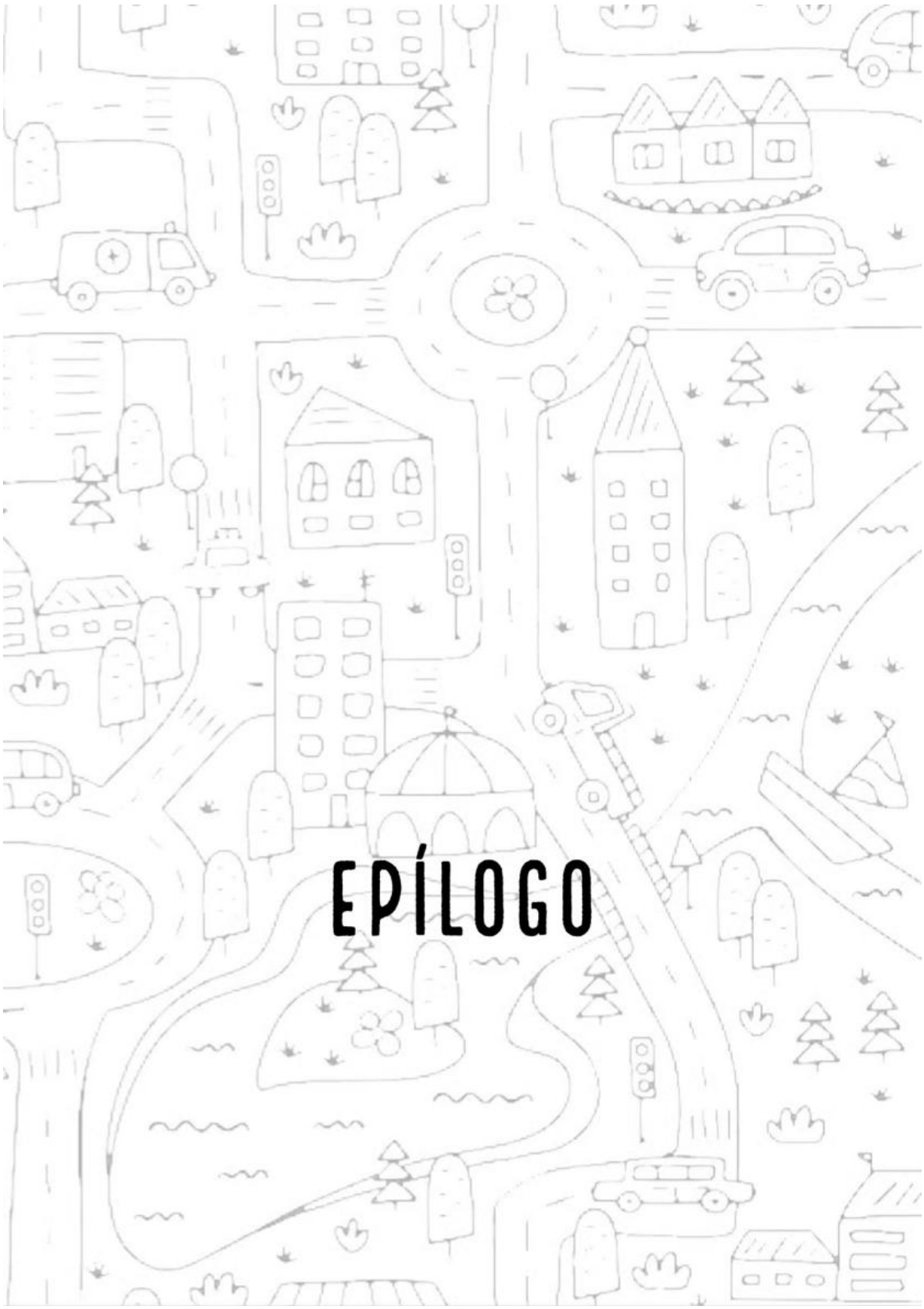
Vuelve a mirar de reojo a Eva, que, inconsciente, continúa tendida como un trapo en el suelo, entre ellos. Y piensa, a marchas forzadas, si ha sido capaz de introducir en la pantalla del ordenador todos los símbolos que la mujer le ha obligado a memorizar, de forma concienzuda, durante esas últimas noches.

No sabe a ciencia cierta si están todos o no. Eso ahora ya apenas importa. Mirta, o quien demonios esté controlando a ese amasijo de carne y circuitos que una vez amó, se aproxima a él con una sonrisa aterradora deformando sus labios cuarteados, esos que tantas veces ha besado en el pasado. La vida solo le va a dar una pequeña oportunidad, supone, una oportunidad que apenas durará unos segundos.

No lo piensa. Se vuelve de forma inconsciente y aprieta la tecla «enter», introduciendo (o al menos esperando que así sea) en el sistema un virus que durante los últimos meses un grupo de héroes anónimos ha estado forjando entre las sombras.

Nota las frías manos de la droide aferrando con fuerza su cuello.

Cierra los ojos, esperando que todo acabe lo más pronto posible…



EPÍLOGO

EPÍLOGO

Es noche cerrada. El crepitar de un débil fuego ilumina sus rostros. Hace un frío horrible. Durante el tiempo de descanso, Edward ha intentado proteger el débil cuerpo de la muchacha con gruesas mantas que han encontrado en la extensa franja horaria en la que el sol domina con fuerza el horizonte. Ahora ella está sentada, en silencio, la mirada perdida en la magia de las llamas anaranjadas.

Él está callado casi desde el mismo instante en que abandonaron aquella Comunidad enloquecida. Llevan más de dos meses caminando sin rumbo. Por todas partes no encuentran más que destrucción y muerte corrompida. La desolación es total. En un pueblo abandonado que visitaron hace unos días, unos documentos escritos que no fueron, de milagro, pasto de las llamas, les narraron una historia de pesadilla. Una guerra global de máquinas contra humanos. Apenas quedó nada con vida sobre la faz de la tierra. Nada pudo superar tal grado de maldad. Y todo para qué… ¿Qué sentido tiene una guerra tras la que no queda nada? ¿A quién puede nombrarse vencedor de algo así?

Eva remueve el fuego con una vara larga de madera con la que desde hace días se ayuda en su caminar. Edward se ha dado cuenta de que no está bien. Si ella lo abandona, ¿cuánto aguantará?

—¿Cuándo vas a contarme qué llevas en esa mochila que cargas, como si fuera una penitencia, a tus espaldas, desde que saliste de aquel infierno?

El hombre la observa con pánico en la mirada. No han hablado de ello desde aquel día. De hecho, si lo piensa bien, no han hablado prácticamente de nada de lo que ocurrió en el interior de aquel departamento en el que introdujo la combinación de símbolos

que resultó que al final sí sirvió para algo… pues las miles de máquinas que habían acompañado a Mirta a su encuentro, y que rodeaban el edificio en el que se encontraban para finalizar el trabajo, en el caso de que alguna cosa se torciera en el último momento, cayeron fulminadas al instante tras apretar aquella última tecla.

No, no le ha hablado aún de lo que ocurrió en aquel departamento, al apretar aquel «enter». Sí le ha narrado parte de la conversación con Lydia, o Madre, como la conocían aquellos extraños hombres que formaban una profunda y clandestina red, capitaneada por estupendos informáticos que con el paso del tiempo intuyeron de alguna forma las mentiras que se forjaban a fuego en aquella capa de Comunidad idealizada y perfecta. Sí le ha contado también lo de los símbolos, la guerra que ellos mismos habían llevado a cabo. Todo eso sí se lo había contado, pero lo otro…

Vuelve a mirar la mochila que siempre descansa a su lado, vaya a dónde vaya, aunque su peso le esté destrozando los huesos de la espalda.

Y en contra de su voluntad, vuelve a recordar aquellos últimos instantes, aunque se haya prometido una y mil veces que no volvería a hacerlo.

ΔΔΔ

Durante unos segundos nota como una fría mano metálica aferra su cuello con fuerza. Cierra los ojos, esperando que la fuerza descomunal que ya ha visto en otras ocasiones utilizar a esa diabólica máquina le destroce los huesos como simple papel. Nada ocurre tras esos angustiosos segundos… y Edward al final decide abrir los ojos. Al volverse, observa que Mirta ha caído al suelo de forma fulminante. ¿Acaso toda aquella locura ha resultado funcionar como esperaban?

La droide, desde el suelo, se vuelve hacia él. En su mirada de océanos profundos, esa mirada de la que durante tanto tiempo ha

estado perdidamente enamorado, ahora hay reflejado un terror casi absoluto. Sí, parece que al final todo ha funcionado como esperaban.

Mirta alarga uno de sus brazos, alcanzando el pantalón del hombre. Edward piensa en retirar la pierna, por instinto, pero en el último instante no lo hace, no sabe muy bien por qué. ¿Acaso la máquina que hay en el suelo, ahora inservible, es su…?

—Edward, ¿qué ha pasado? —dice desorientada, mirando en todas direcciones sin comprender.

El hombre al principio titubea. ¿Y si fuera otro de sus juegos? Al final decide arrodillarse a su lado, toma su cabeza entre sus manos, acaricia sus cabellos apelmazados.

—No ocurre nada, amor —le susurra, comprendiendo el lamentable estado en el que se encuentra la que hasta no hace mucho fue su compañera de vida, en la que centró todo su amor y cariño, a la que dedicó cada segundo de su tiempo, con la que compartió todos sus miedos y anhelos. Le debía algo, aunque tan solo fueran aquellos insuficientes últimos segundos de su existencia.

Mirta centró al fin la mirada en él, entendiendo tal vez a lo que se enfrentaba. Y ante la asombrosa mirada del hombre, descubriéndose con esfuerzo el abultado abdomen en estado de gestación, con sus propias manos comenzó a arrancarse, con las pocas fuerzas que le quedaban, sus propias tripas en busca de algo…

ΔΔΔ

El hombre vuelve a centrar la mirada en el fuego. Respira hondo y toma entre sus manos la mochila. Nota el terrible peso de su interior, el que le entregó Mirta antes de que se le apagase la vida en el interior de sus pupilas. Mira a Eva, que le devuelve la mirada extrañada. Por unos segundos duda si es buena idea enseñarle lo que hay allí dentro. ¿Acaso él mismo entiende su significado?

Al final asiente. No es justo que él cargue con todos los problemas del mundo… no tras haber arriesgado su existencia para salvar algo que tal vez ya no hacía falta salvar, después del terrible estado en el que se lo han encontrado. Todo a su alrededor es polvo y muerte.

Desata las gruesas correas que cierran la mochila metálica y con cuidado extrae de su interior una cosa voluminosa. La poca luz que da la hoguera al principio no le permite distinguir con claridad a la mujer el extraño objeto que ha extraído de su interior. Pero cuando Edward lo deposita con delicadeza sobre el suelo frente al fuego, Eva abre los ojos del todo, asustada…

Frente a ella, iluminado de forma intermitente por una llama que sigue amenazando con apagarse del todo, hay un enorme tarro lleno de un denso líquido de color rosa en el que flota un feto humano, perfectamente definido…

¿FIN?

Alzira, 19 de marzo de 2024.
Alzira, 1 de junio de 2024.

NOTA DEL AUTOR

Hoy me he despertado con ganas de contarte una historia. Pero no, este no será otro microrrelato de terror de final inesperado. Aunque sí, es la historia de un microrrelato. A ver si consigo explicarme…

Hace más de un año (sí, el tiempo pasa terriblemente deprisa… eso sí que da miedo), recién publicado mi tercer volumen de MicroTerrores, me surgió una idea para un nuevo micro. En él, un hombre observaba aterrado, en un comedor vecinal idéntico al suyo, como su mujer droide mataba a golpes a un pobre desgraciado… con la única razón para tales actos de haber estado espiándolos a través de las ventanas. El micro era más complejo, por supuesto (si te has leído alguno de mis volúmenes anteriores, habrás llegado a esa conclusión sin que yo tenga la necesidad de poner estos paréntesis). Pero básicamente la idea era esa, quédate con eso por ahora.

¿Dónde está el problema? Que poco tiempo después de haber escrito ese micro… decidí paralizar el proyecto de *MicroTerrores* volumen 4, del cual este micro iba a ser su primera historia. Por qué decidí eso así de repente es bastante normal en alguien como yo, aunque te parezca extraño. Escribo desde que tengo uso de razón, y además de darle mucha importancia a lo que escribo…, también se la doy a cómo lo escribo. Me gusta innovar, no me suelo encasillar en ninguna parte, me aburro cuando escribo lo mismo una y otra vez. Y pensé que era el momento de paralizar una nueva colección de relatos cortos de terror (no te preocupes, es algo momentáneo…, la cordura siempre suele volver a casa por Navidad. Ja, ja, ja).

Pero ¿qué iba a hacer con ese microrrelato del que me había enamorado desde el mismo momento en que lo terminé? ¿Cómo desprenderme de esa inquietante atmósfera comunitaria futurista y

siniestra, al mejor estilo *Show de Truman* en la que todo tiene aspecto prefabricado y que parece creado por y para ti? No podía hacerlo, sinceramente.

Y se me ocurrió una idea.

¿Y si le daba un contexto a ese microrrelato? Algo así como un antes y un después. ¿Cómo habíamos llegado a ese momento «muerte por aplastamiento craneal»? ¿Cómo conseguir escapar de una cárcel creada únicamente para ti… en la que llevabas conviviendo años de forma placentera?

De ese montón de preguntas surgió este relato. Y de la idea de hacer el micro un poco más largo, solo un poco… tal vez un puñado de páginas más y punto, surgió la historia que ahora nos ha vuelto a unir, querido lector.

Sí, este es mi primer episodio «largo» en el camino de la autopublicación. La verdad, me dio tanta vergüenza al principio llevarlo a tus manos, que durante meses estuvo guardado en una carpeta de ordenador, esperando que algo o alguien iluminara mi camino. Pero un buen día lo volví a abrir, por razones que yo mismo desconozco, e incluso le busqué lectores ajenos a mi para que me dieran su opinión (cosa que hasta entonces no había hecho). Poco a poco me fui animando, y ahora estoy escribiendo estas últimas palabras que finalizarán un proyecto que tal vez haya alargado demasiado en el tiempo. Pero nunca he sido de plazos. Soy más de «cuando las cosas tengan que salir… saldrán». Y ahora ha sido el momento de que salgan.

Espero que te haya gustado la historia, de corazón. Y que de alguna forma (por redes sociales, a través de las reseñas de Amazon, mediante una llamada de móvil o bebiendo una cerveza fresquita en una terraza de bar) me hagas llegar tu opinión. Para alguien que escribe por pasión, como aquí tu humilde compañero, es la razón única por la que dedico mi tiempo, corazón y cariño a todo esto.

Un abrazo fuerte.

Y… hasta la próxima (espero).

m. a. Lafoz
Alzira, 12 de marzo de 2025

AGRADECIMIENTOS

Cuando comencé el camino de la autopublicación estaba solo, esa es la verdad. La carretera que había frente a mí era larga, sinuosa y desconocida. La observaba, desde la tranquilidad de mi banco de madera en medio de ninguna parte, y me preguntaba… ¿arranco de una vez o continúo aquí sentado?

Por razones que aún no comprendo del todo, aquel día decidí arrancar. Y vale, reconozco que pronto me di cuenta de que nunca está uno solo del todo. Pues aun en la distancia, a través de las redes sociales, en los círculos más cercanos… siempre hay gente escondida apoyando sin pedir nada a cambio.

La Comunidad ha sido para mí un reto en muchos aspectos, pero ahora no viene a cuento esta historia. Para ti, querido lector, tan solo es mi cuarta novela, que tal vez por voluntad propia o por simple azar, ha caído en tus manos. Ya llevo muchos años caminando, y ahora, como ese entrañable personaje de Forrest Gump que corría por correr y la gente se le iba uniendo por cariño, ya no siento que camine solo.

Quiero agradecer de todo corazón, llegados a este «punto y seguido» de mi camino, a todas esas personas que se han ido uniendo durante estos años a mi caminar sin pedir nada a cambio. Es maravilloso conocer, haber conocido y seguir conociendo gente nueva a la que le apasiona leer, escribir, pasar un rato agradable conversando, envolverse de una buena historia de terror, explorar cosas distintas fuera de su zona de confort… Cualquier excusa es válida mientras nos conozcamos. Pues al final lo que cuenta aquí son las personas y el cariño. Muchas son las iniciativas en las que he tenido el placer de participar o estar participando en la actualidad (iniciativas de lectura, de escritura, de organización de ferias, de

entrevistas, de charlas…). Y detrás de todas estas hay personas maravillosas. A todas y todos, mil gracias.

En especial, quiero nombrar a algunas de esas compañías que hacen del camino algo especial (aunque serán muchas más las que no voy a poder nombrar aquí, pero que todos se sientan queridos). Quiero agradecer en primera instancia a mis lectores cero el haber perdido algo de su valioso tiempo con mi lectura. F. Maradei (escritora de fantasía oscura maravillosa), Virginia Salazar (escritora de muchos géneros, entre ellos la ciencia ficción) y Juan David Santamaría Estrada (que me hizo detenerme a pensar con sus acertadísimos puntos de vista). Que alguien lea por primera vez uno de tus borradores es complejo (da miedo, la verdad). Pero yo he coincidido con seres de luz.

También quiero agradecer su buen acierto a Noel Casells Bolinches (@messinfot), diseñador de la portada, que supo reconducir mi camino cuando yo creía que había que girar hacia la derecha (ya me entiendes, ja, ja). Gracias de todo corazón por haberle dado otra dimensión visual al asunto.

Otro agradecimiento para Sonia Martínez Gimeno (@soniacorrectora), por su dedicación, cercanía y manejo de las comas, ja, ja. Desde que la conocí, entendí que es necesario en ocasiones mirar desde lejos para encontrar los fallos.

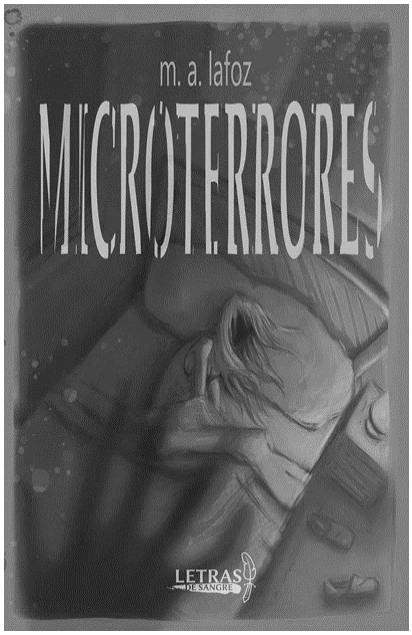
A mi editorial, Letras Eternas, y a todas las personas maravillosas que hay detrás de este sello editorial que más parece una familia que un grupo de trabajo. Gracias por todo el apoyo, cariño y acompañamiento.

Por supuesto, quiero agradecer también la compañía a mis amigos, compañeros del día a día y familia, por estar siempre ahí, esperando alguna nueva noticia. Se os quiere mucho. Y en especial a ti, papá, que nos dejaste un poco más solos hace apenas unos meses. Aunque seguiré agarrando con fuerza tu mano cuando las curvas sean un poco más pronunciadas. Donde estés… te quiero.

A Cris, Ángela y Joan… porque, aunque ya todos lo sepamos, no viene mal decir esto. La escritura quita tiempo de vida, y este tiempo es habitualmente el de la familia. Os quiero mucho.

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector. Por estar ahí. Por seguir caminando a mi lado. Por querer llegar al final del camino de mi mano.

Gracias de todo corazón.



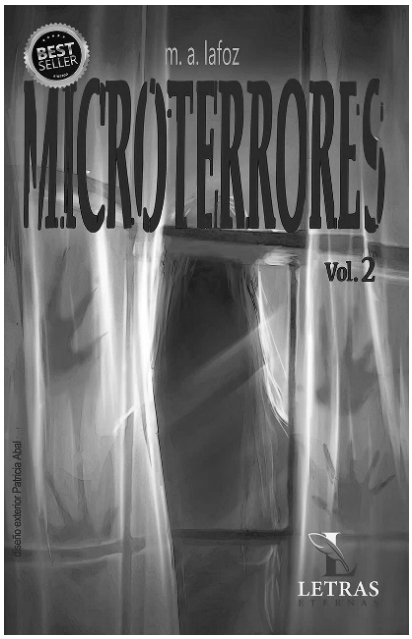
MicroTerrores

¿Y si te propongo un juego?

Cierra los ojos. Dame la mano y déjate llevar. A rincones oscuros donde la mente no llega, a pesadillas eternas de las que no podrás escapar, a futuros desolados de los que no te podrás esconder… Apetecible, ¿verdad?

Pero ojo, debes ser prudente en tus decisiones. No todo es gratis en esta vida, pues también podrás perder si no estás atento a la partida. Recuerda que, después de todo, esto es sólo un juego. ¿El precio? Tu alma. ¿Jugamos?

Amazon.es MICROTERRORES 1



MicroTerrores vol.2

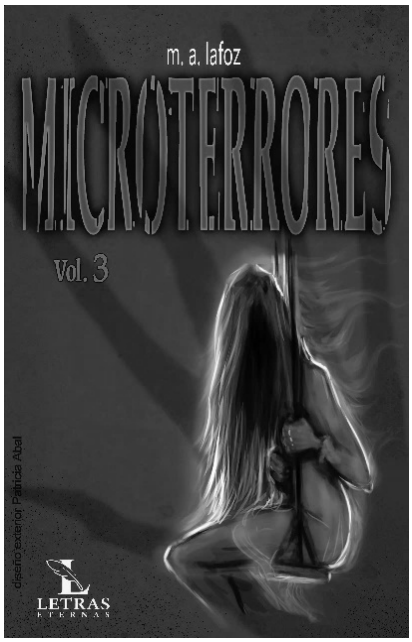
Miedo, tengo mucho miedo.

Miedo a apretar las teclas y no ser capaz de encontrarte. Miedo a perderme buscando. Miedo a no saber qué buscar. Noto tu ausencia como una bruma que acaricia mi espalda. Busco la palabra que me lleve hasta ti. Mi vieja Olivetti se queja perezosa cuando aprieto sus teclas. Noto que me pierdo…

Sí, tengo miedo.

Mucho miedo.

[Amazon.es MICROTERRORES 2]



MicroTerrores vol.3

A lo largo de mi vida he creado miles de historias, retorciendo párrafos hasta el extremo de la locura, rebuscando verbos en abismos insondables, maltratando teclas que lloran ausencias. Y todo, ¿para qué? ¿En algún momento tuve la certeza de encontrarte? ¿Acaso no supe de mi derrota desde un principio? Perseguí tus pesadillas, ahondé en tus miedos. Te vi llorar desconsolada. Ahora, consumido, te observo danzar. Tal vez tan solo vivas en mi cabeza. Te balanceas, mecida por el viento que forman las teclas de mi vieja Olivetti. Y pienso…

… pues por fin me he dado cuenta de lo más importante…

… resulta que al final yo soy la sombra.

Amazon.es MICROTERRORES 3

Sígueme en las redes

@malafoz_books